La historia de la ciencia ficción uruguaya

(2013, Llantodemudo)


…el chiste que siempre supimos…

David Bowie, “Slip Away”

1

La pornografía y la ciencia ficción están separadas por milímetros —dijo Alfredo Kowak de espaldas a uno de los cuatro o cinco paisajes postapocalípticos de Montevideo. Me pareció que miraba hacia el otro lado, hacia el centro o hacia el monumento a los Caídos en la Guerra Civil.

Estábamos tomando una cerveza en la estación de servicio de Rondeau y Libertador, ante una intersección ballardiana de paredes enormes que se levantaban a modo del vasto panorama y desfile de todas las amenazas contra el cielo registradas por la ciencia ficción distópica.

—El mundo en que transcurren los relatos porno es fantástico —continuó Alfredo— es otro planeta, el planeta del porno, donde todas las minas están buenísimas y el sexo es la cosa más fácil. Sos un repartidor de pizza que va a entregar una muzza, te abre la puerta un minón con unas tetas hasta acá; entonces sacás la chota y la mina te la va a chupar automáticamente porque es un alien, es de otro planeta, ¿entendés? Nada de emociones, nada de explicaciones, nada de nada… sacás y slurp…

Me serví otro vaso de cerveza.

—Entonces —continuó— me pareció natural escribir también porno, y todavía más escribir porno de ciencia ficción. Siempre se puede pensar que eso no es en

realidad ciencia ficción, o sea cambiando ahora de manera de definir las cosas, pero paga mis cuentas. Algunas.

Agarró mi libro. Me pareció que indagaba en el índice y en la bibliografía; pasó las páginas como si buscara un apellido en la guía telefónica y, tras una pausa teatral destinada, supongo, a darme a entender que estaba calibrando sus palabras con cuidado, cerró el libro y me miró a los ojos.

—Le estás dando cabida a gente que no se lo merece —dijo—, todos estos pendejos que mencionás, el del libro ese, ¿cómo se llama?... Arnor… Endor…

— *Gandor,* el libro de Pablo García…

—Ese mismo. Estará muy bien escrito y lo que quieras, pero como ciencia ficción es patético. Ni siquiera me parece bien escrito. O sea, es ingenuo, no tiene sustancia, parece que el tipo nunca leyó nada posterior a Bradbury. Y tampoco daba para meter a esta mina, la Fernández; está claro que eso no es ciencia ficción. Es una pajereada *hipster.*

Tomó otro trago.

—¿Voy a buscar otra? —le pregunté, haciendo el ademán de levantarme.

—Yo no tengo un peso más; ando justo.

—No importa —le dije— invito yo.

Me levanté, tomé la botella vacía, caminé hacia el interior de la estación de servicio y le dije a la chica que atendía, bastante interesante y con pinta de trola,

que le dejaba el envase porque iba a buscar otra cerveza. Asintió y miró el Msn en la pantalla. Por un momento pensé en pescar su dirección de correo, pero dada mi miopía ella habría notado el esfuerzo y mis intenciones y yo no tenía ganas de pasar por esa situación, cualquiera fuese su resultado. Ya ante las heladeras abrí la de las cervezas y tomé la que me pareció más fría. Regresé al mostrador, dejé un billete de cincuenta; la chica me dio el vuelto y sonrió. El equivalente de esta escena en el planeta del porno hubiese incluido una guiñada, una bajada al baño y una buena chupada mirándome a los ojos con esa cara que ponen las actrices porno cuando tienen una pija en la boca. Y paja, escupida, golpecitos con la cabeza de la japi en los cachetes, garganta profunda y arcadas. A la vez, como porno de ciencia ficción, hubiésemos intercambiado pautas genéticas para originar una especie demente que dominara el universo, le cambiara las constantes como supremo acto de destrucción… o sería exterminada en el intento. Y dejaría su memoria grabada como una nota a pie de página a la radiación de fondo de microondas.

Alfredo seguía ojeando mi libro cuando volví con la cerveza. Ya sin disimular leía con atención el capítulo dedicado a su obra.

—Hiciste bien en no decir nada en el libro sobre la guita de la convención o *El sueño de Tesla*; tampoco se trataba de ajustar cuentas. Y con respecto a mis cuentos, está bien lo que ponés, me gusta que marques esa evolución de salida. Yo me di cuenta tarde, pero ahora me parece totalmente lógico que no vale la pena

escribir desde un género, que tarde o temprano hay que salir. No podés morirte en la ciencia ficción, como no podés morirte en el policial, el terror o el fantasy. Hay que trascender, hacer buena literatura. Dolfer tiene razón. Pensar así a Scarone le parecía una estupidez, pero yo ahora lo veo como algo coherente. Lo de los géneros es un tema comercial, a mí ya no me interesa en lo más mínimo si escribo ciencia ficción o fantasy o steampunk o cyberpunk o qué. Lo único que te digo, y te tiro otra más porque somos amigos y nos entendemos: me gusta que hayas dicho que la primera historia de la ciencia ficción uruguaya la escribí yo… la tuya será la más completa, pero me gusta que la reconozcas como la segunda.

Llené su vaso y el mío; brindamos.

—Por la ciencia ficción uruguaya —dijo—; por el arte y la amistad. Por El Planeta Con Una Sola Calle.

—¿El qué? —pregunté, con la cerveza en alto, sin beber.

—El Planeta Con Una Sola Calle; ¿no te acordás de aquel cuento de Andreoli? Bueno, no se llamaba así, se llamaba de otra manera, pero la idea estaba genial. Era un planeta con una calle sola. Imaginate que la calle va de A hasta… M, ponele. Vos querés ir de A a F o de D a L, y vas por la calle, ¿no? Caminás ponele hacia el oeste. Pero resulta que es flechada, entonces si querés ir de M a B o de G a E, si querés moverte por la calle hacia el este, no podés. Y tenés que seguir al este, dar toda la vuelta al planeta, meterte en las junglas, los desiertos, los océanos, las

cordilleras, todas las cosas raras que te puedas imaginar, todo, todo, y recién ahí, dando la vuelta al mundo, que aparte es enorme, recién ahí llegás a A o B o C. Bueno, con Andreoli decíamos que la ciencia ficción uruguaya es el planeta de una sola calle. Si querés que te den bola, si querés llegar a algo, tenés que recorrer todo el mundo. Y ahí, recién ahí, parece que te leen. O que te tienen en cuenta las editoriales… Justo cuando te chupa un huevo, ¿no?

Bebió un traguito de la cerveza y agregó:

—Pero parece, acordate de eso: *parece*. Si no mirá al viejo Morales o a Migliano…

Iba a decir algo cuando me detuvo.

—Y hablando de recorrer el mundo… ¿se sabe algo de Scarone?

Antes de dedicarse a la pornografía Alfredo había trabajado en Los libros de Babel, una librería por 18 de Julio donde nos conocimos a fines de 1994. Yo tenía dieciséis años recién cumplidos y un par de meses atrás me había autoeditado un librillo de cuentos de ciencia ficción, alentado por un profesor de teatro de mi liceo, veterano *loser*, con ínfulas de vedetonga literaria y sin otro público que un montón de pendejos aburridos, para colmo afiliado a uno o varios de esos grupejos

de escritores llenos de viejas pitucas a las que los maridos ex milicos les financian los libros horribles. El librito se llamó *El ataque del señor de los insectos* e incluía cuatro cuentos cortos y uno más largo, todos ingenuamente derivados (entiéndase *copiados*) de algún estándar del género. Armé un sistema de preventas y llegué a casi tres cuartas partes del precio de la impresión, con el resto cubierto por mis ahorros. Se imprimió en la imprenta que quedaba justo al lado de la casa de Marcio, uno de mis amigos de entonces, sobre quien valdría la pena escribir una novela (a sus dieciséis tocaba maravillosamente bien el piano, supongo que al nivel de un prodigio, vivía con sus abuelas, era alcohólico y visitaba todos los días a su madre, quien las noches de luna llena salía con una pistola a su jardín y le disparaba a una pared habitada por espíritus) y lo presenté con mis compañeros del grupo de teatro. Representamos la única obra de teatro que escribí y escribiré (*La máquina de soñar universos* era el título; por suerte no la conservo) y, ya cerca del final, mientras dedicaba libros a mis compañeros de clase, apareció Juan Carlos Migliano, a quien yo jamás había leído y era amigo o conocido de mi profesor de teatro. Me saludó con un apretón de manos, se llevó mi libro (gratis) y pronunció unas palabras de tipo *espero que siga con esta vocación literaria pasada su juventud, joven escritor.*

Una tarde entré a Los libros de Babel y le pregunté al primer vendedor que me atendió si tenía a la venta *Dune*, de Frank Herbert. Alfredo, entusiasmado, lo sacó

de un estante y me lo ofreció, la edición de bolsillo de la editorial Ultramar. A partir de ese momento me convertiría en cliente fiel de esa librería, y no pasaría mucho tiempo antes de que empezáramos a hablar de la mínima presencia del género en Uruguay, de que sería genial que existiera una revista en la que publicar, al modo de las célebres *Galaxy*, *The magazine of fantasy and science fiction*, *Asimov's* y todas las que conocíamos por los copyrights de los libros que repasábamos vibrando en fiebre.

—Decime una cosa, ¿vos escribís? —me preguntó un día. Por ese entonces mis padres tenían un comercio en una galería a dos cuadras de donde trabajaba Alfredo; le dije que si me esperaba unos minutos podía ir a buscar algo de lo que había escrito para pasárselo. En el local tenía algunos ejemplares del librillo; tomé uno y casi corrí de vuelta a la librería para regalárselo. Prometió leerlo esa misma noche y lo cumplió: al día siguiente, cuando me aparecí en Los libros de Babel, lo primero que comentó fue que en realidad el cuento que abría el libro no era de ciencia ficción sino "una buena historia de fantasmas". Sentí que había llegado la primera lectura inteligente de mi libro. Hasta el momento sus únicos lectores habían sido compañeros de liceo y familiares; llegué a dejar algunos ejemplares en librerías pero ante el grosor mínimo del librito, apenas un cuadernillo de 45 páginas sin lomo, las reacciones variaron desde el rechazo puro y duro, con la mirada de cómo podés atreverte mocoso insolente a pedirnos que vendamos esta

porquería, hasta el discurso condescendiente, a veces bienintencionado, de pero no, pibe, eso acá desaparece en los estantes, salís perdiendo si lo dejás y además… a ver… no, pibe, ¡además es de ciencia ficción!

Pero eran los noventa.

Los otros cuentos no le habían gustado tanto, y el más largo —que yo sentía como el plato fuerte del libro— le parecía muy inacabado (curiosamente no detectó la copia evidente de "Los reyes de la arena", de George R.R. Martin).

—La verdad —dijo—, tendrías que haber esperado, no haberte apurado tanto en publicarlo. Los cuentos están bien, para alguien de tu edad están muy bien, pero yo no hubiese sacado un libro.

Tampoco había recibido ese tipo de crítica hasta el momento. Fingí que estaba de acuerdo.

—Mirá —añadió— yo tengo dos proyectos; uno es armar una antología de la ciencia ficción uruguaya pero de verdad, ¿entendés? no las basuras que sacó hasta ahora la gente de la cultura, la gente que en realidad de ciencia ficción no entiende un pomo. Pero igual para eso falta mucho, falta investigar, falta reunir cuentos. Vos pasame lo que tengas y cuando me guste alguno lo separo para incluir en la antología, ¿te parece?

Asentí. Ya imaginaba que en máximo seis o siete meses aquel libro saldría a la venta y allí estaría mi nombre y mi mejor cuento.

—El segundo proyecto no es solamente mío; de hecho yo me enteré hace un par de días. Es la idea de otro escritor, el que para mí es el mejor escritor uruguayo de ciencia ficción, Emilio Scarone. —Hizo una pausa, como testeando si acaso lo conocía o lo había oído nombrar— Bueno, Scarone y otra gente están por sacar una revista. Habían publicado un número en el 89 y se terminaron peleando, pero eran otros en ese momento, no el mismo grupo de ahora. Estaba pensando que vos podrías colaborar; si te parece le pido a Scarone que se venga un día por acá y conversamos los tres. A la hora que salga nos vamos por ahí a tomar una cerveza.

Le dije que sí, que por supuesto. Supongo que los ojos me brillaban con la luz que brotaba de las ventanitas en un acelerador de partículas a punto de explotar. A la semana siguiente nos encontramos los tres y, para decirlo como se diría en una novela (aunque en una novela seguramente la aparición de Scarone se haría esperar un poco más, se inflaría de expectativas de lector, se adornaría, se volvería casi épica, todo para apuntalar más y mejor la desilusión por el medio y la especulación mística al final), fue así *como hice mi entrada a la historia de la ciencia ficción uruguaya*. De hecho, si pensara en una ucronía personal, en un punto de divergencia a partir del cual, negando el acontecimiento real, derivara una historia totalmente diferente de mi vida, aquel día de diciembre del 94 sería el indicado para un trabajo al menos interesante. Pero ahora apreto el FF: siguieron reuniones, discusiones, traiciones y decenas de cuentos y novelas fallidas, editamos dos

números de la revista, logramos que el movimiento creciera, se diversficara, incluyera gente dedicada a videojuegos, al cine, a la música, y, hacia fines del 96, todo terminó. Todo, justo cuando empezábamos a soñar con una convención a nivel latinoamericano, porque habíamos ganado un concurso de eventos del Ministerio de Educación y Cultura, obtuvimos 5000 dólares de premio y, en un plazo que no fue mayor a un mes, todo el dinero desapareció y junto a él el movimiento, los dibujantes, los animadores, los roleros, los músicos, todas las capas externas de la estrella perdidas en su explosión final que dejó, como siempre, el núcleo ennegrecido y apagado. Mezquino, comprimido en sopas subatómicas de rencor y dibujitos feos.

Así fue que abandoné la ciencia ficción; otros dejaron de dibujar o escribir, yo opté por escribir y publicar libros que tenían poco y nada que ver con el género y —no puedo evitar que todo esto suene como un *mea culpa*— empecé a ganar visibilidad, a ser leído, a pelearme con idiotas, a llamar la atención de esa manera que funciona, en Uruguay, para que te odien pero te recuerden siempre; entonces, hace ya unos cuantos años, pensé que la historia de la ciencia ficción uruguaya, patética y absurda, cómica e imposible, debía ser contada en un libro. Me reuní con Matías Andreoli, Alfredo Kowak, Marcos Giménez y todos los que habían orbitado alrededor de Emilio y su visión, su tonta, entusiasta, ingenua visión de un movimiento de ciencia ficción en Uruguay; los entrevisté, investigué sus cuentos y

sus comics publicados a lo largo de revistas y fanzines impresas y online de todo el mundo; establecí sus biografías, sus bibliografías; los relacioné en dos, tres líneas temáticas que iban desde Quiroga y Piria hasta los últimos textos cienciaficcioneros aparecidos en antologías o en ediciones de concursos literarios; los agrupé, los clasifiqué y los ponderé como héroes de las guerras culturales, felizmente pasadas, porque este tipo de historias, como las de las bandas de rock, se escriben desde el alivio, desde el presente de nubes que se disipan y el subsuelo en descomposición.

El libro apareció en mayo de 2007 con el título de *Cual retazo del espacio: Historia de la ciencia ficción uruguaya*, y desde entonces me ha quedado claro que quedan cosas por decir, que están allí apenas la cáscara y los huesos y la promesa de sustancia mientras que la carne, la verdadera carne, está ausente. Indefectiblemente, entonces, me encontré escribiendo algo más, el otro lado de la historia, si se quiere, y así este libro, que ha de ser leído ante todo como una novela pese a que todos sus protagonistas son “reales”, es parte de la experiencia de haber pertenecido a aquel grupo y por lo tanto mi crónica de sus días; es también una confesión, y una pregunta que, hasta ahora, carece de respuesta. Y, como se ha dicho tantas veces en tantos libros, estoy escribiendo ahora (digamos por ahora que esa es la razón) para encontrar esa clave perdida, esa vida de la memoria, ese

espíritu artificial de los tiempos capaz de llenar los huecos vacíos de tantos días, meses y años y darnos la tibia sensación de un sentido, de un significado.

La primera de las entrevistas se la hice a Matías Andreoli en abril del 2005. Matías había conocido a Emilio poco después de la aparición del primer número de *Vermilion Sands*, en 1989, y con la partida de Pablo Arismendi —nunca quedaron del todo claros los motivos—, el puesto de mano derecha pasó a ser ocupado por él. La de Pablo no fue la única deserción, además, y dado que el grupo original se había dispersado por todos los nichos diminutos que empezaban a abrirse en el recién recuperado ambiente cultural uruguayo, Emilio y Matías, solos, no pudieron seguir adelante; cuatro años más tarde, sin embargo, el movimiento resurgiría de sus cenizas, como diría Emilio en su versión heroica de los hechos.

Cuando nos reencontramos para la entrevista fue inevitable cagarnos de la risa de algunos viejos chistes de las reuniones del movimiento, las historias inverosímiles que contaba Emilio todo el tiempo incluyendo mujeres que caían a sus pies saturadas de admiración, puertas de taxis que se abrían y *femmes-fatales* despampanantes que lo invitaban a subir para acelerar de inmediato hacia el hotel más cercano, tipos a los que golpeaba hasta casi matarlos en algún rincón sombrío

de una galería desolada, más el larguísimo desfile de idiotas, en su mayoría dibujantes, que pasaron por la revista aferrándose a sus hojas A4 arrugadas y arriesgando sus irreconocibles superhéroes garabateados a lápiz.

Matías, por otro lado, era el único del grupo que pasaba casi tanto en el gimnasio como leyendo comics o libros de ciencia ficción; su teoría era que la inteligencia debía estar acompañada de un desarrollo físico análogo, intentando desmentir el cliché del genio escuálido y nerd al que acosan los giles del liceo. Supongo que en algún momento de su vida lo habrían cagado a golpes con demasiada frecuencia y que eso lo llevó a la determinación de devolver con intereses cada piña y patada recibida. Para ello se dedicó con una aplicación obsesiva a las pesas, el karate, el aikido y el taekwondo, disciplinas en las que alcanzó un nivel importante. Otra teoría es que los comics de superhéroes y las proezas de los jedi terminaron por calar demasiado hondo en su conciencia; sea como fuese, Matías decía admirar a Arthur Machen porque además de un gran escritor había sido levantador de pesas y a Thomas Disch porque en la foto de la contraportada de *334* posaba mostrando unos antebrazos enormes; de hecho la violencia física era, no siempre en broma, su recurso favorito para terminar discusiones. Los científicos de sus cuentos se abrían camino golpeando a los que contradecían sus teorías, por ejemplo, y proclamar “te rompo todos los huesos” era su manera favorita de imponer un punto final. Aquello funcionaba de un modo

bastante deliberado como *punchline* o remate chistoso, y a la vez, además, como uno de esos segmentos —tan evidentes en Emilio— que iban articulando su personalidad y su leyenda personal. Cuando nos conocimos, en la primera reunión del movimiento, me quedó mirando con el ceño fruncido.

—Pero Emilio, este pibe no será un enclenque, ¿no?

Y el aludido, que nos había presentado, me aclaró que para Matías (en su "personalísima manera de entender el mundo", dijo) un "enclenque" era una persona, generalmente delgada y frágil, que carece de la fuerza necesaria para luchar por sus convicciones.

—No, claro que no —le dije— ¿cómo voy a ser un enclenque si estoy acá, con ustedes?

—Ah, respuesta inobjetable —dijo, palmeándome con fuerza la espalda.

—Matías es el único escritor uruguayo contemporáneo al que respeto de verdad — comenzó Emilio—, que escribe ciencia ficción dura pero sin caer en los típicos pastiches de mongochos como Asimov y Clarke.

—Pará —lo interrumpió Matías—, decí lo que quieras del memo Asimov, pero con Clarke no te metas o te rompo todos los huesos. ¿Dónde más que en Clarke vas a encontrar el sentido de la maravilla en estado químicamente puro? Como en *Rama* o *La ciudad y las estrellas* o "El muro del fin del mundo".

Emilio replicó que a él le gustaba Ballard, quien para Matías era un farsante, y que no por eso dejaban de estimarse como escritores o amigos. Yo asistía a aquella charla deslumbrado: estaba conociendo a personas capaces de discutir con pasión sobre paradigmas de la ciencia ficción. Esa noche, terminado el encuentro, Matías –que vivía con su esposa y su hija en un apartamento sobre Boulevard Artigas, a unas siete cuadras de mi casa– me propuso compartir un taxi. A lo largo del viaje declamó el relato abreviado de su vida y opiniones, desde su militancia durante la dictadura pegando carteles de los sucesivos plebiscitos (y huyendo en más de una ocasión de las balas, cuando la cosa recrudeció en 1984) hasta la novela que estaba escribiendo, titulada *El sueño de Tesla*, sobre una invasión extraterrestre en la que los aliens modificaban la historia humana con ayuda de máquinas del tiempo, enviándose señales (se establecían en estaciones dispersas por distintos momentos del tiempo y los universos paralelos) a través del arte y la literatura, especialmente la ciencia ficción, y triangulando posiciones en una compleja trama de realidades paralelas que divergían en puntos específicos, como nodos en una red.

—Mirá —decía—, acá el tema es Emilio. No hay nadie en este país de mierda que sepa más de ciencia ficción que Emilio Scarone. Eso lo tenés que tener claro. Pero más allá de eso, el tipo tiene fallas. Grandes fallas. Resentimientos de muchos tipos, sociales y literarios. Esa tendencia a estar siempre mintiendo historias pelotudas y no darse cuenta de que nadie le cree todo lo que cuenta que le pasó

antes de llegar a la reunión o el sábado de noche, porque es total, absurdamente inverosímil. Es más: una vez le dije Emilio que si algún día él ve una nave espacial de la que bajan cuatro alienígenas iguales a Pamela Anderson que lo invitan a recorrer la galaxia con ellos, por más que sea verdad es obvio que no lo va a poder contar jamás, porque se cae de maduro que nadie lo va a creer. Pero el no entiende. *Pero si es verdad, Matías,* agarra y te dice. Le tenés que romper todos los huesos para que entienda. Y es elemental, a vos te debe parecer absurdo hasta tener que decirlo, pero él no lo entiende, aunque parezca mentira. O sea… lo entiende, con la cabeza, porque mongólico no es, pero no lo comprende, no lo asimila. Va y lo cuenta, *pah, y los aliens eran minas con flor de culo, estuve garchándomelas todo el viaje hasta Regulus V y las hice gritar*. A él le falla eso: darse cuenta de que nadie le cree, que todo el mundo lo escucha y no dice nada porque es buen tipo y la mayor parte de las veces no importa que diga tantas estupideces, y mucho menos señalárselas. O que escribe bien, tiene buenas ideas y escribió los mejores putos cuentos de ciencia ficción que se hayan escrito en este país de mierda. Pero cuando te hable de literatura, más allá de la ciencia ficción, ahí menos que menos le hagas caso, o tomá lo que te diga con pinzas. Hay cosas que vas a tener que leer que él jamás en su vida las tuvo en cuenta, y que sin embargo son fundamentales. Nadie puede ponerse a escribir novelas sin haber leído a Proust, para empezar, y tenés todo el universo de la poesía, aunque Emilio te diga que es cosa de putos: lo

máximo es T.S.Eliot, que tenés que conseguirte ya, *Cuatro cuartetos,* ya mismo. Y todo eso nos lleva a Borges. Mirá, yo puedo cagar a patadas a cualquier estúpido que piense que lo que escribo es basura, pero si viniera Borges y me dijera que mis cuentos son una idiotez, bajo la cabeza, le digo sí señor y me voy a mi casa a borrar todo y a empezar de nuevo. Una mente privilegiada. Es más: si pudiera perderme en la mente de alguien, en todo el universo derivado de la mente de alguien, la que elegiría sería la de Borges, sin dudarlo ni un solo instante. *La mente de Borges,* ahí hay un cuento. Un tipito viaja a la mente de Borges. Lo voy a escribir.

Años después, mientras reunía material para *Cual retazo del espacio,* di con un libro que había aparecido en medio del bache de cinco años entre el primer número de *Vermilion Sands* y la reestructuración del grupo. Era una colección de cuentos compilada por Amadeo Marinari, un idiota de la escena pseudoliteraria pseudojazzera pseudocool, casi sobreviviente de los años ochenta y autor de una columna sabatina para el diario *El país* a la que era una especie de lugar común detestar, de una manera totalmente justificada por cierto; sin embargo, pese a integrar la lista de las figuras más despreciadas de la "cultura" nacional, Marinari se las había arreglado para convencer a alguno de los dueños o editores en jefe de

la editorial Nuevo Siglo de publicar *No más futuro*, proyecto que había arrancado en una de las tantas reuniones lloronas en el Sorocabana con todos los escritores cuyos cuentos habían quedado inéditos después de que quedara claro que no iba a haber un segundo número de *Vermilion Sands* (y no lo habría sino hasta cinco años más tarde, cuando entré al movimiento) y que por lo tanto todos los cuentos "en lista de espera" habían quedado huérfanos. ¿Quién iba a publicar cuentos de ciencia ficción, entonces, y para colmo pésimamente escritos? A alguien, entonces, se le ocurrió la idea de poner plata entre todos, armar un libro con todos esos cuentos y buscar a alguien "conocido" o alguien "de la cultura" que lo prologara.

Nunca supe cómo fue que dieron con Marinari –o por qué terminaron por elegirlo a él–, cuyas conexiones con la ciencia ficción eran poquísimas o ninguna; lo que sí está claro es que el proyecto pasó a sus manos y lo mejor que se le ocurrió, como la rata que era o es, fue cagarse en los giles que lo habían convocado, descartar los cuentos cuyos títulos le parecían demasiado *de género* (por ejemplo "Temporada de caza alienígena" o "Los cruceros interdimensionales"), llamar a un montón de amigotes o chupamedias con cuentos "fantásticos" que nadie más quería publicar, fugados todos de los tallercitos literarios y las tertulias en el Mincho o cualquiera de los barcitos frecuentados por los aspirantes a literatos, y llevarlo todo a Nuevo Siglo, donde se las arregló para

que lo publicaran sin pedirle un peso (y, por tanto, embolsándose la plata que le habían entregado los incautos).

Finalmente, en el índice de *No más futuro* los autores de *Vermilion Sands* quedaron en clara minoría; Emilio, sin embargo, tuvo algo así como *suerte*. El diagramador de la editorial lo llamó tras encontrar una palabra que no comprendía y que podía ser un error; se pusieron a conversar, el diagramador repasó la lista de escritores incluidos y, ante la merma evidente en el número de escritores vinculados a *Vermilion Sands*, Emilio preguntó si pese a esos cambios el dinero reunido por los escritores todavía era suficiente.

–¿Dinero? –imaginemos que preguntó el diagramador– ¿Qué dinero? Lo pone todo la editorial...

Emilio *montó en cólera*, como decían los literatos, y de inmediato procedió a llamar a todos los afectados por la "estafa". La opción era, por supuesto, buscar a Marinari, cagarlo a patadas en el orto, sacarle toda la plata y buscar otro prologuista, aunque eso implicara demorar todavía más el libro. Parecía razonable, por supuesto, pero lo gracioso o lamentable fue que, pese a que parecieron indignarse y putearon de manera convicente, ninguno de los estafados hizo nada de lo sugerido por Emilio. Ninguno retiró su cuento, Marinari siguió al frente del proyecto y nadie vio un peso de aquella colecta.

Emilio se enteró de la fecha y la hora de la reunión en la que sería repartido el libro y entró al Sorocabana justo en el momento en que Marinari abría los paquetes. Tuvo lugar entonces su más brillante pieza de oratoria, la larguísima puteada ante la concurrencia atónita (se contó después que Marinari trató de escapar hacia el baño pero fue interceptado por el índice señalador de Emilio y su peor mirada de demente) en la que desde la exposición de la crapulencia, lo acomodaticio, lo chuverga, lamescroto y sorbesperma, la debilidad moral, la estupidez y la cornudez flagrante de todos los participantes del libro, contentos como las vacas que pastan a la sombra del matadero, pasó a referirse al país completo, nido de roedores, atajo de micos aulladores, de hijitos de mamá incapaces de hacer lo que corresponde y bancársela, país de hipócritas, país de canchas limpias y baños abyectos, poblado por mentes mezquinas, paralítico, cuadripléjico, deshonroso, contaminante, país que odia todo lo bueno y lo brillante, que decapita a todo aquel que sobresalga, que arruina toda iniciativa que amenace con renovar la galería de fósiles y tomar por asalto el reino de los mediocres.

O al menos así fue como él lo contó.

En cualquier caso, fue gracias a *No más futuro* que Matías publicó sus primeros relatos: todos ellos variaciones tributarias de temas de Borges, todos ellos pastiches del estilo de Borges, todos ellos ridículos leídos en retrospectiva. Pero él nunca dejó de defenderlos ni de creer perfecto y genial aquel estilo

pseudoborgesiano del que se había movido apenas algunos milímetros cuando lo conocí —es decir, ya no empleaba palabras como “fatigar” o “verbigracia”, pero todavía estaban, fundidos en una lógica de ciencia ficción dura, los laberintos, las traiciones, la infamia, las falsas reseñas, los libros perdidos y los eternos conjurados.

—¿Ahora estás escribiendo? —le pregunté.

—No, ni ciencia ficción ni fantasía ni nada literario; viste cómo es la docencia… te hace afinar la puntería en lo que realmente te importa. Me quedo con la divulgación científica. Ahora estoy administrando dos foros y un blog sobre astronomía y física. Y milito en el gremio.

—¿Así que nada de ficción? —insistí.

—Nada.

—¿Sos el Asimov uruguayo entonces?

—Poné eso en tu libro y te rompo todos los huesos.

Pese a que su soñada antología jamás fue publicada, Alfredo Kowak se las arregló para escribir una historia de la ciencia ficción uruguaya que estableció a la crítica social y política como eje del género en el país, a la vez que dejó muy clara

cierta hipervaloración de la vertiente distópica entendida como respuesta literaria al desfile de calamidades políticas entre mediados de los sesenta y el comienzo de la década del noventa. Era fácil, despúes de todo: se respondía a la Guerra Civil con guerras interplanetarias, se reconstruía el régimen de la Junta con tiranías intergalácticas y cosas por el estilo.

Pero una conclusión lógica del proyecto de Kowak, pese a que no la explicitó y que, de hecho, su artículo deja claro por todas partes el enorme esfuerzo conceptual que hace falta para entronizar a Emilio Scarone como el escritor de ciencia ficción uruguayo por excelencia, era que el único de los antologados que optó por explotar al máximo y programáticamente esa esa línea política fue Washington Damián Morales, especialmente en cuentos largos como "La guerra escondida" o "Montevideo 2100 DC".

Claro que tanto Alfredo como Emilio sostenían que, en realidad, Morales era un escritor malísimo y que, además, era el responsable de que la primera reacción ante el concepto de *ciencia ficción uruguaya* fuese *marcianitos tomando mate.*

Las circunstancias en que conocí al viejo todavía me resultan divertidas, y siento que vale la pena la pena contar acá esa historia que, por supuesto, no incluí en *Cual retazo*. Fue en abril de 1995, cuando estaba ya el número dos de *Vermilion Sands* en kioscos y librerías y empezaba a emerger una lista posible de relatos para la entrega siguiente. Teníamos además algo de dinero disponible porque todavía no

habíamos pagado a la imprenta (por cierto, dado que la impresión de la revista fue encomendada al taller gráfico de un grupo de inserción laboral para discapacitados, el que no hubiésemos pagado un peso motivó no pocas deserciones de escritores y dibujantes cercanos al grupo, que pasaron a engrosar las filas de los "enemigos" de Emilio añadiendo al clásico "Scarone está loco" un —entonces— novedoso "Scarone es un hijo de puta cagador de rengos y mongólicos"), y añadiendo que, para nuestra sorpresa, el número dos había logrado cierto éxito de crítica que nos envalentonó todavía más, sobre todo cuando aparecieron los primeros elogios al estilo de "mucho más que *marcianitos tomando mate*", empezamos a creer *de verdad* que podíamos llevar adelante nuestra pequeña revolución literaria. Fue entonces cuando se volvió un estribillo de todas las reuniones proclamar que atravesábamos los Años Milagrosos de la ciencia ficción uruguaya y que el género regresaba del olvido y las tinieblas con un cuchillo entre los dientes y mucha sed de sangre. Entre los miembros del grupo en ese momento de plenitud estaba Marcos Giménez, que, si bien escribía relatos (en su mayoría microficciones o cuentos ultracortos del tipo "creamos el virus perfecto: donde hay átomos se los come. Ahora lo tenemos encerrado en lo más hondo de una mina de sal; según los modelos de proliferación se habrá abierto camino hacia la superficie dentro de tres meses. Ya pensaremos en algo"), el grueso de sus colaboraciones a las páginas de *Vermilion* eran artículos sobre *Star Trek The Next Generation* y el mundo del

comic de superhéroes. La primera vez que entré a su casa quedé petrificado ante las paredes atravesadas por estanterías llenas de revistas, ediciones *prestige*, colecciones encuadernadas y figuras de acción que iban desde el capitán Jean-Luc Picard hasta el villano menos conocido (por mí al menos) de las aventuras de Linterna Verde. No era especialmente generoso a la hora de prestar (excepto las revistas baratas, de las que, supongo, tendría varios ejemplares de cada número), pero, dado el amor que sentía por las historietas y los complejos multiversos Marvel y DC, estaba siempre dispuesto a pasar horas explicando las líneas argumentales más complejas.

Yo sabía poco y nada sobre comics. En la primera reunión de *Vermilion Sands*, por ejemplo, fue toda una sorpresa ver a Matías intercambiando Pepsi Cards de los héroes Marvel con Marcos como si tuvieran 8 años y uno pasara revista — tengo, tengo, tengo, falta— a las figuritas del otro. Además no pude evitar poner cara de hoja en blanco cada vez que alguien aludía al Simbionte, su relación con Spiderman y su “obvio” parecido con tal y cual cuento de A. E. Van Vogt. Así, mi ignorancia, que pronto quedó en evidencia, me convirtió en el receptor perfecto para la vocación docente de Marcos; de hecho, su manera de acercarse para conocerme fue preguntándome lo que él entendería como una cuestión básica (en oposición a cosas más de erudito), es decir qué opinaba yo del uso de Green Arrow en el *The Dark Knight Returns*, de Frank Miller.

—No sé, nunca lo leí.

El pobre Marcos se ruborizó.

—¿Cómo que no lo leíste? —preguntó. Me negué con la cabeza— ¿Y *Sandman* y *Secret Wars* y *V de vendetta* y *Año uno* y *Age of Apocalypse* y *Arkham Asylum* y *Gotham Luz de Gas*, y…?

—No, cero —le dije— no leí ninguno de esos comics.

Se cruzó de brazos. —Algo va a haber que hacer para solucionarlo. ¿Por qué no te vas a lo del viejo Morales? Si querés yo te acompaño y te ayudo a elegir.

Como tampoco sabía quién era "el viejo Morales" Marcos procedió a explicarme: Morales era uno de los escritores "clásicos" de ciencia ficción uruguaya, un tipo bastante jodido, se decía, al que se le había muerto un hermano en la Batalla del Cerro y, años después, terminó preso por los militares hasta el 78. Hacia el fin de la dictadura abrió la primera librería especializada en comics y ciencia ficción de Uruguay, "La cueva del aficionado", ubicada hasta 1999 en el garaje de su casa en el barrio Sayago y después mudada a la Ciudad Vieja. Era en La cueva, concluyó Marcos, donde yo iba a encontrar todos los comics que necesitaba leer.

A último momento, un sábado por la mañana, mi improvisado docente de historietología debió cancelar el viaje, pero igual fui solo, después de que Marcos me explicara cómo llegar. Me presenté como amigo de Marcos Giménez, le

expliqué al viejo que era nuevo en el mundo del comic y que empezaba a armar mi colección. Se portó muy amablemente; incluso me invitó con unos sándwiches que tenía en su mesa (era su gesto con los clientes jóvenes; a los mayores les servía whisky barato) y me orientó entre las estanterías laberínticas de su librería/garaje. También solicitó mi nombre y teléfono para su base de datos; cuando se lo dije, y por aquel entonces ya estaba usando Stahl como "apellido artístico", puso cara de estar indagando en su memoria. ¿Dónde leí ese nombre antes?, me preguntó o se preguntó.

—Quizá en *Vermilion Sands* —le dije— Estoy colaborando con la revista, y en el número dos hay un cuento mío.

—¡Ah, sí, sí! Muy buen cuento, conciso, redondo, y es cierto que en la nota biográfica decía que su autor tenía dieciséis años. ¡Felicitaciones, joven! Le auguro un futuro brillante en la ciencia ficción uruguaya, si es que tal cosa existe. Pero también le doy un consejo: tenga mucho cuidado con Scarone, mire que está loco, loco de remate, perdidamente loco. Tenga ojo, le digo; y ojo con dónde lo sigue, ojo con lo que repita, mire que ese hombre, y no exagero, es peligroso. Se lo dice un veterano que ha pasado por la picana eléctrica, ¿sabe? Y por cigarrillos apagados en la piel y por el submarino. Así como me ve, esta cabeza fue sumergida en más de una ocasión en agua cargada de vómito y excrementos. Creo que eso hace mis consejos atendibles, ¿verdad?

Asentí, un poco nervioso, y el viejo, que se dio cuenta de que me había hecho sentir incómodo, me palmeó un hombro en una buena simulación de afecto.

—Esperá que te traigo algo de tomar —dijo—; ¿Coca? ¿Sprite? —Coca, le respondí, y, añadiendo un enseguida vuelvo, abrió la puerta que conducía al resto de la casa y desapareció.

En ese momento entendí que aquel era el lugar perfecto para robar libros. La idea me asaltó como el abordaje de un buque fantasma que se ha vuelto visible de repente. Hasta el momento jamás se me había pasado por la mente la idea de robar, libros, comics, lo que fuese, y, de hecho, nunca me había siquiera quedado con el cambio de los mandados, pescado algún chicle cuando el almacenero miraba para otro lado o hecho desaparecer en un bolsillo las figuritas de algún amigo despistado. Sin embargo, entre aquellos comics supe que si quería hacer mi colección (y ponerme a la altura de gente como Marcos y Matías y todos los del Movimiento, fanáticos, cruzados y obsesos del comic), dado que claramente no tenía el dinero suficiente para comprar todo lo que me hacía falta, debía ponerme en ese mismo momento a afanar todo lo que pudiera. Y no menos claro estaba que aquel viejo no tenía manera de vigilar a los clientes que se perdían entre las estanterías. El único dispositivo de seguridad era un espejo convexo colocado en un ángulo más o menos estratégico, y no fue difícil darme cuenta (me moví entre los libros antes que Morales regresara con la bebida) de que había por lo menos

dos puntos que resultaban inaccesibles a la vigilancia, la sección de libros viejos de ciencia ficción y el pasillito de comics porno. Con el viejo sentado en su escritorio, entonces, no había manera alguna de ser visto, y para salirme con la mía bastaba con deslizar el libro por debajo de la ropa, prensado por el cinturón y lo más cercano al pubis que fuese posible. Claro que la técnica no servía para tomos grandes, de tapa dura, pero sí para el formato *prestige*. Ya había dejado sobre el escritorio el *Dark Knight Returns*; quizá me daría el tiempo para conseguir algún otro y disimularlo bajo mi ropa. El viejo todavía no aparecía, así que, casi corriendo, agarré un ejemplar de *The Killing Joke*, me senté en el silloncito ubicado en la sección porno y, sin mayores dificultades, lo escondí contra mi piel. De inmediato (había escuchado los pasos del viejo) me levanté del sillón, atravesé la puerta que separaba las estanterías de la "oficina" –es decir el escritorio, la caja registradora y un par de armarios con puertas de cristal que guardaban los tesoros del viejo– y retomé mi lugar ante el escritorio. Debí ruborizarme, ya que cuando me encontró no pudo evitar sonreír de oreja a oreja y hacerme una guiñada en plan "conque mirando el porno, ¿eh pillín?", a la que respondí bajando la mirada tímidamente y tratando de sonreír yo también. Morales había traído una coca y dos vasos; los llenó y brindamos.

—¡Por la historieta, joven! —dijo— ¡por la ciencia ficción! —y, tras beberse su coca de un trago, abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una revista. —

Tome, se lo regalo. Es un número de *Nueva Dimensión*, la mejor revista hispanoamericana del género. Si usted y sus amigos la leyeran con atención, como me consta que Marquitos ha hecho, seguro su *Vermilion Sands* podrá mejorar en el futuro. Si mira el índice verá que ese número en particular tiene un cuento mío.

En efecto, número 120, Febrero 1980, "Cacería superlumínica", por Washington Damián Morales. Una hermosa tapa de Boris Vallejo, con una especie de ciudad flotante sobre un desierto rojo al estilo marciano. Agradecí al viejo y le prometí que la próxima vez que viniera a su librería haría mi reseña de su relato. Se rió.

—¿Ah, usted es también un crítico en potencia? ¡Gran valor! —y volvió a palmearme los hombros. Guardé la *Nueva Dimensión* en mi mochila, junto a *The Dark Knight Returns*, y le pregunté cuánto era. Dijo un precio bastante superior a lo que había esperado, pero con el otro libro quemándome la piel y los nervios no podía demorarme más. Saqué la billetera y le pagué. El viejo me saludó con un apretón de manos.

—Lo espero en cualquier momento, joven, y espero también su comentario; ansiosamente.

Me condujo a la puerta y se despidió una vez más.

Al otro día visité a Emilio y, en la deriva de la conversación, terminamos hablando del viejo Morales, que pertenecía a la enorme lista negra del movimiento

pese a que todo el mundo —Emilio incluido— le compraba historietas, al menos porque no había otra tienda de comics tan bien surtida.

—Lo que no sabía —dije en algún momento— es que el viejo militó en la guerrilla. Me contó que lo torturaron y todo.

Emilio frunció el ceño.

—¿Te dijo eso el viejo de mierda? No le creas una sola palabra. Te lo digo muy en serio: no le creas una sola palabra. Es todo mentira. Te explico, ¿sabés qué hacía el viejo de mierda? Vender compañeros, eso hacía. Era y es un hijo de puta traidor. ¿Así que te contó que lo torturaron? Qué hijo de puta. Qué viejo mico y careta. Gordo puto. Por culpa suya quién sabe cuánta gente de la guerrilla terminó en cana, torturada o muerta. Ojo vos con creerle las cosas que te cuenta; te va a hablar de política y de historia y de cómo siempre denunció la dictadura en sus cuentos. Totalmente falso. ¿Vos leíste algún cuento suyo?

—No, ni idea. Me pasó una revista ayer pero todavía no la miré. ¿Qué escribe?

—Boludeces. Marcianos tomando mate, eso escribe. La frase la inventó él, ¿sabías? El tipo tiene el descaro de decir que inventó la “ciencia ficción criolla”. Nos cagó la vida a todos. Naves espaciales en el campo, miré usté, don Zoilo, un ovni. Esa mierda. Lo que escribe el viejo del orto, puto escondido, ¿sabías?, es más ordinario que la más infame de las murgas con toda la negrada del candombe chupándoles el maquillaje de la caripela en el fondo del tablado, *ya se*

marchiaaannn los murguiiiistaaaas las bombiiiiitasss amarisssshaaaas. Puaj. Los murguistas son todos gordos y lentos, ¿sabías? Los amenazás y se hacen popó encima. Una vez en la UJC le hice creer a uno que tenía un bufo… hacía un ruido patético… squitter… squitter… Pero te explico, lo que hace el viejo marica es agarrar y engatusar a pendejos boludos… no digo que vos lo seas, ojo, es que es lo que hace el viejo puto, les cuenta esas historias de la ciencia ficción como compromiso social y su trayectoria de denuncias a los milicos, de cómo le mataron al hermano la Batalla del Cerro y a partir de ahí… ¡a partir de ahí nada! El viejo estaría cómodo en su casa el día de la Batalla del Cerro. ¿Y sabés donde estaba yo? ¡En el Cerro! ¡Donde viví toda mi vida! Y tenía diez años, me acuerdo perfecto de todo, cómo mi viejo nos contó lo que estaba pasando, cómo nos encerramos con mi vieja mientras él se quedó con la escopeta atrás de la puerta de calle. A mí no me van a llevar los milicos mugrientos, me acuerdo que dijo. Por eso, ¿qué te puede contar el viejo Morales? ¡Nada! Y yo no sé cómo se le murió el hermano, pero para mí que fue peleando por el ejército o de los marinos que se sublevaron… para mí que el viejo oculta ese detalle, justo ese detalle, claro. Un hermano vendido, vendido como él. Viejo puto. Y se sabe, se sabe que fue un buchón durante todo lo que duró la puta dictadura, ¿me entendés? Se sabe. Mirá, la única cosa a su favor, la única de verdad, es que por lo menos siempre defendió que escribía ciencia ficción; todas las veces que algún pelotudo de la cultura le preguntó qué escribía, él

siempre dijo ciencia ficción, no "literatura fantástica" ni ninguna de esas mariconeadas: eso es lo único, lo único que ha hecho bien en su vida…

Uno de los principios básicos del grupo de Vermilion Sands era el orgullo del escritor de género. Actitudes al estilo de *yo escribo narrativa a secas, no me gusta ponerle etiquetas*, o *para mí los géneros son ante todo un asunto comercial, no artístico* eran entendidas como síntoma de debilidad mental, en el mejor de los casos, o un ejemplo evidente de traición. De eso se desprendía que cualquier persona que prefiriese el término "literatura fantástica" a "ciencia ficción" (o a "fantasy" o "fantasía heroica") pasaba de inmediato a integrar ese enorme conjunto de escritores con el cerebro reblandecido que, al decir de Emilio, terminaban escribiendo *mariconeadas sobre tipos que se transforman en cascarudos*. Del mismo modo que si alguien decía "tomar elementos" de la ciencia ficción o la fantasía para incluir a sus narrativas, también debía ser sospechoso de estupidez o sabotaje.

Había algo así como un gulag soñado en el que todos esos escritores eran maltratados día a día por Emilio, entre la nieve y el barro. Es fácil imaginarlo en lo alto de una torre, con su uniforme hipersoviético, subiéndole el volumen a los altoparlantes que repartían su credo por el predio alambrado y lleno de trampas y letrinas cagadas.

En cuanto a lo dicho por Matías sobre la relación entre Emilio y los vastos dominios de la literatura que quedaba por fuera de la ciencia ficción, poco a poco fui descubriendo por dónde venía la mano. Emilio conocía algunos clásicos, *Moby Dick* por ejemplo, que había parodiado en su cuento “Viaje en crucero”, en el que una versión alternativa y futurista de Ahab capitaneaba un “crucero tempoespaciodimensional” para destruir a un monstruo alienígena, acompañado por una tripulación pintoresca que incluía a Hemingway, Lewis Carroll y Michael Jackson. A la vez, manejaba apenas dos o tres nombres de narrativa del siglo XIX tardío o del XX.

Matías, que era el único del círculo íntimo de Emilio que solía hablar de otras literaturas, tenía la misma convicción con respecto al rótulo “narrativa fantástica”, aunque matizaba un poco la cosa al entender la designación clásica como un eufemismo malintencionado que minimizaba a la ciencia ficción en cuanto literatura de masas, de entretenimiento, de interés comercial, mientras que lo “fantástico” mantenía el aura iridiscente de la buena literatura. Yo en aquel momento no tenía elementos para discutirles; en retrospectiva, podría haberles señalado la larga tradición “fantástica” de E.T.A. Hoffman, Maupassant, Poe o incluso Algernon Blackwood, Lord Dunsany y Arthur Machen, pero ellos se hubiesen cruzado de brazos, agitado la cabeza en negación y enunciado a coro “eso es fantasy, punto final”.

El caso de Alfredo —el único, además de Emilio y de mí, que siguió escribiendo después de la muerte del movimiento— era diferente. De hecho, su obra —hasta la fecha, más o menos— podría entenderse, desde el punto de vista de Emilio Scarone, como un largo y sinuoso camino hacia la traición.

El primero de sus cuentos que leí fue el publicado en el número dos de *Vermilion Sands*, "Esa última aventura". La trama incluía a un grupo de caballeros en plan victoriano o quizá (como había dicho Emilio) "veteranos tomajohnnyetiquetanegra", que, en virtud de algún tipo de artefacto o encantamiento no explicados en el relato, habían alcanzado la inmortalidad siglos atrás. Su única actividad era el "saboreo" de las singularidades de todas las épocas, el arte, el pensamiento, las mujeres y la arquitectura. Pero, como era de esperarse, llegado cierto punto lo único que lograban era aburrirse. El hastío se apoderaba de sus vidas y todo ese desfile pintoresco de cuadros, música, libros e ideas se volvía una mascarada vacía o un montón de espuma; entonces se embarcaban en su *última aventura*, es decir el suicidio, comiendo el único fruto capaz de matarlos. Se sugería que la hermandad seguía recibiendo miembros, que tenía incluso ciertos mecanismos o pautas de selección, de modo que perduraba pese a las muertes de sus miembros más antiguos. Con qué propósito, si es que había alguno, el cuento no lo decía. A mí me pareció simpático, aunque no me gustó el estilo dizquepoético, además del tono afectado de los diálogos. Emilio al principio no

quería publicarlo, pero terminó cediendo ante las presiones de Marcos, quien argumentaba que el cuento podía no ser ninguna maravilla pero ya que estaba entre los mejores disponibles (por supuesto, el principal y más extenso sería de Emilio, cuya inclusión —como la del texto de Marcos— jamás podría ser cuestionada), no tenía sentido dejarlo de lado. Creo que, años después, Alfredo se arrepintió de aquel debut literario, cuya pretensión poética no podía más que avergonzarlo, pero jamás dijo nada. A lo mejor no se arrepintió, es decir[1]. En cualquier caso, pronto terminaría dos relatos más largos que gustarían a Emilio; uno de ellos era una visión de Montevideo anegada por el aumento del nivel del mar, convertida en una pseudovenecia decadente en la que un detective privado investigaba los últimos rastros de unos alienígenas que habían visitado la Tierra hacia 1935. El otro, "Carnaval del fin de los tiempos", inauguraba su exploración programática del concepto de *escritura salvaje*, que, en palabras de su propio creador, "debe indagar en los arquetipos del inconsciente colectivo y liberar toda la fuerza y agresividad potencial en el ser humano, vuelta arte por los procedimientos alquímicos de la literatura". Todo ese asunto de la escritura salvaje en realidad no era más que un surrealismo de gama baja cuyos mecanismos incluían registrar sueños y jugar a la

[1] Una vez el editor argentino Ernesto Cañada, que publicó el primer libro de relatos de Alfredo, me contó que cuando estaban planeando el segundo tuvo que bancarse unos cuantos berrinches en relación a tres o cuatro textos que Alfredo proponía para la selección y que él consideraba muy inferiores al nivel promedio de los otros. Nunca le pregunté de qué cuentos se trataba, pero a juzgar por unos comentarios que le escuché después se trataba de trabajos muy tempranos y "Esa última aventura", u otro cuento con un argumento muy similar, estaba entre ellos. El libro, que iba a titularse *Océano sobre las nubes*, jamás fue publicado.

escritura automática como método para generar ideas, imágenes o tramas. Alfredo había cursado un par de años del profesorado de literatura y, por lo que siempre dio a entender, sacó en limpio apenas que había existido un movimiento llamado dadaísmo y otro llamado surrealismo, ambos, en su opinión, el punto más alto de la literatura a la que llamaba clásica, es decir toda aquella que no podía incorporar fácilmente a la ciencia ficción o el fantasy. Después del fiasco de la Convención —que terminó de dispersar el grupo—, Alfredo publicó en algunas revistas de España y Argentina; creo que el mejor momento de su carrera fue su participación, allá por 2003, en la edición hispana del *Asimov's*, a cargo del editor, escritor y traductor Domingo Santos. Ahí compartió un Especial Río de la Plata con Emilio y dos escritores argentinos, Eduardo Carletti y Luis Pestarini. También entre el 2000 y el 2004 colaboró junto a Juan Carlos Migliano en *Bang!*, una revista de comics retro que debía leerse — decían sus creadores— como "un homenaje a la literatura *pulp* y de aventuras, una apuesta al entretenimiento sin pretensiones y a la nostalgia, que no da la espalda a lo que busca el obrero ni lo aburre con intelectualismos baratos". Sobre lo del "intelectualismo barato" no diré nada, como tampoco de la mediocridad rampante en la publicación. Los dibujantes reclutados se esforzaron por copiar el estilo de Alex Raymond, Will Eisner y Joe Schuster en un formato y diagramación que recordaba a las viejas revistas de Isidoro y Patoruzú. Llegaron a editar seis números, y según *Historia de la Historieta*

Uruguaya, de Roberto Santoro, *Bang!* debe entenderse como “el punto de articulación entre la generación perdida de los años ochenta (Scarone entre ellos, gracias a la publicación de fanzines de historietas under en fechas tan tempranas como 1982) y la promoción que salió a la luz a principios del siglo XXI, mucho más determinada a luchar por un nicho de visibilidad en los ámbitos culturales nacionales”. Para mí era basura y punto.

Pero ese esquema de quiebre que propone Santoro sirve también, a los efectos de la historia de la ciencia ficción uruguaya, para señalar las diferencias entre la generación de los ochenta, que atravesó la dictadura —Scarone, Andreoli, Kowak, Arismendi, Linari, Custer— y los que “vinimos después”, con actitudes, códigos e incluso ideologías muy diferentes. Mi caso es complicado, ya que, pese a pertenecer por nacimiento a una generación posterior, “milité” en un grupo dominado por códigos más propios de los ochenta, para luego publicar mi primera novela en el contexto de una generación intermedia —la de Nicolás Roddi y Ariel Stella— y, finalmente, tomar cierto lugar entre mis contemporáneos estrictos, Patricia Fernández, Mariana Rías, Pablo García, Roberto Santoro, Orlando Rampallo y todos los agrupados por la crítica bajo el término tentativo de “generación postdictadura”. En todo caso, está claro que el gran problema de los que publicaron en *Vermilion* y zonas aledáneas, más allá de sus convicciones, fue padecer el liderazgo de Emilio Scarone; los autores nacidos entre 1960 y 1973 que

se mantuvieron por fuera de la revista (Alba Linari, Claudio Rodríguez) lograron tarde o temprano cierto “reconocimiento” por parte de la cultura oficial, en gran medida porque sus obras “tomaban elementos” de ciencia ficción, en lugar de *insertarse de lleno en el género*, y porque todos ellos acudían a clichés de la “uruguayidad” siguiendo las pautas de lo que en los ‘70 Morales llamó la “ciencia ficción criolla”.

Además, todos ellos decían querer escribir “literatura fantástica” y posar de lectores de Felisberto Hernández. Si les preguntaban por la ciencia ficción uruguaya, la respuesta era invariable: no habían leído nada, no sabían nada, les sorprendía que hubiera revistas.

Cuando a Emilio se le preguntaba por su opinión sobre la presencia cultural de todos sus “enemigos”, claramente opuesta al ninguneo al que lo venía condenando la prensa especializada (incluso en las reseñas positivas de *Vermilion Sands* rara vez se lo mencionaba), solía responder que ninguno de ellos había publicado en el *Asimov’s*, la mejor revista de ciencia ficción del mundo, que ninguno de ellos había viajado a Francia a una convención y que ninguno de ellos había hecho nunca nada para salir de la chacrita de mierda que es Uruguay.

—Pero yo sí —concluía—, por eso acá me odian, todos esos mamones micos soretes.

Nosotros decíamos amén y cambiábamos de tema, como cuando Emilio nos mostraba sus VHS de técnicas de combate de los *Spetsnaz,* de pruebas de vuelo de los sucesivos MIG, SU o cualquier otro artefacto volador de combate creado en la antigua URSS, de avistamientos OVNI, de “evidencias” a favor de la paleotecnología alienígena, pisadas, pelos y otros indicios relevados por criptozoólogos, o cuando pasaba horas sacando a relucir su vastísima enciclopedia de relatos de experimentación soviética con telepatía y otras habilidades psicológicas, su colección (nunca vista, siempre sospechada inexistente) de fotos de fetos deformes en Chernobyl, las variadas hipótesis acerca de qué había pasado *realmente* en Tunguska el 30 de junio de 1908, la complicada taxonomía –mejorada por sus ideas– de alienígenas invasores y conspirativos incluyendo grises, reptilianos, humanos avanzados, seres de luz, metarcángeles, mantis antiguas, arcturianos, pleyadianos y aliens antiguos, planetas escondidos en el Sistema Solar, entre las órbitas de Venus y la Tierra o entre las de la Tierra y Marte, las presuntas particularidades cromosómicas de los aborígenes australianos, la astronomía enseñada a los Dogon por los nativos de Sirio, la cara marciana en Cydonia Mensae, las diferentes teorías de la Tierra Plana y la Autoría de las Obras de Shakespeare (Emilio, que no había leído jamás una obra completa del Bardo, decía que el verdadero autor *tenía que ser* John Dee, para él un “demonólogo del renacimiento”), las conspiraciones vinculadas al alunizaje de 1969, incluyendo la

posibilidad de que Stanley Kubrick en persona hubiese dirigido una puesta en escena del acontecimiento en algún estudio televisivo, la colisión del planeta Niburu con la Tierra, las ideas de Velikovksy, los aeroplanos de la India védica, el Tríangulo de las Bermudas, el Mar de los Sargazos y el Súper Mar de los Sargazos, con la presunta "isla de basura" en la que "confluían todos los universos paralelos", el lysenkoísmo, la fusión fría, la autodinámica de Ricardo Carezani, la programación neurolingüística, la parapsicología en general, la frenología, la iridiología, los sombreros de papel de aluminio, los círculos en los cultivos, las voces electrónicas que asoman desde el ruido blanco en las transmisiones de radio de largo alcance (y su relación con la posibilidad de comunicarse con los muertos), la negación del Holocausto o su Complicación mediante la Implicación de Reptilianos, la Dianética (por poco tiempo), el Misticismo Cuántico, la Resonancia Mórfica, las ideas de Terence McKenna, los Campos de Torsión, la *Welteislehre* de Hanns Hörbiger, sus Diversas y Contradictorias Teorías sobre la "Realidad" (histórica, literaria, filosófica, demonológica) del *Necronomicon* "popularizado" por H.P.Lovecraft, las Propiedades Endocrónicas de la Tiotimolina Resublimada, más un largo etcétera. Después de dos o tres videos u otras tantas fotos desde su disco duro cruzaba las manitos sobre la panza incipiente y, mirándonos con sus ojos de ardilla nos decía *esta es mi pornografía,* con pose de postporno ballardiano,

cuando en realidad llenaba su disco duro y su videoteca de porno de verdad, en su mayoría pelis dedicadas a culos grandes, sexo anal y *footjobs*.

Releyendo lo ya escrito me doy cuenta de que muchas de las apreciaciones sobre Kowak, Scarone y el movimiento podrían haber encontrado un lugar más natural en *Cual retazo del espacio* y no en este texto que estoy escribiendo ahora. Cierto tono o lenguaje de ensayo, incluso de ensayo académico, colisiona con mis pretensiones de convertir estas páginas en una novela, pero lo cierto es que está costándome mucho más de lo que había imaginado en un principio entender qué quiero hacer acá. Siempre he tenido especialmente claro que todo narrador tiene un propósito, lo cual me lleva a preguntarme por el mío, ahora que regreso a estas historias. Es decir: ¿si un narrador exhibe sus propósitos en el texto de una novela, debe entenderse esa enunciación como parte de la ficción? ¿El propósito de *entender* ciertos hechos a través de narrarlos –de volverlos ficción– no queda de alguna manera invalidado si se menciona ese propósito, si se lo, por lo tanto, convierte también en ficción? *Supongo* que sí. En todo caso, en cuanto a los hechos, a las anécdotas que tengo ganas de contar, ¿debo narrarlas desde mi punto de vista, dejando de lado la presunta "objetividad" del crítico, totalmente imposible? ¿O debo entender que, para que resulten relevantes a los lectores, deben

ser presentadas de otra manera, íntima, sentida, *humana*? De otro modo aquí tendríamos un libro sobre un montón de nerds que se divertían discutiendo sobre ciencia ficción y fantasy y que, un buen día, decidieron sacar una revista y armar un poco de escándalo. Claro que después se pelearon de inmediato, cuando la cosa se puso más complicada y se adivinaba en el futuro muy cercano el combate real en el cuadrilátero mezquino de la literatura, y todos terminaron enloqueciendo en algún cuartito. Enloqueciendo más, enloqueciendo menos, siempre con Emilio a la cabeza. En cuanto a locura, al menos.

Entonces, ¿se trata de contar eso que a veces llaman "el revés de la trama"? ¿Exponer dos o tres "secretos" que siguen jugando a los ecos en mi mente (cosa que haré)? ¿Responder(me) ciertas preguntas cuya formulación parece haber ido configurándose o aglomerándose a lo largo de estos últimos años? No lo sé. Es una afirmación sospechosa, por supuesto, pero debo insistir —en última instancia porque si esto es una novela "yo" soy un personaje de ficción— en que no lo sé.

Aunque algo sí es cierto: yo viví con esas ficciones y con los hombres y mujeres que las escribieron y dibujaron; la historia de la ciencia ficción uruguaya es la historia de mi vida de aquellos años y quizá también de "estos", sea cual sea la imagen posible del presente (de existir, es tan ficticia como la del pasado: apenas enunciada, ya es pasado, ya es ficción), sea cual sea el lugar que tomarán en la o

las visiones de mi destino que pueda tener en el futuro, por decirlo de una manera aparatosa, por decirlo en el lenguaje de Emilio Scarone.

Y he dicho que este texto debe leerse como una novela. Quizá porque sólo en una novela son creíbles ciertos personajes o ciertos acontecimientos o quizá porque sólo en una novela parecen tener sentido, como tienen sentido para nosotros nuestros sueños y muere su importancia al hacerlos chocar con los oídos de los otros. ¿Quiero apuntalar el sentido de unos días que no lo tuvieron, como nada lo tiene? ¿Quiero inventarlo para creer que sucedió algo, que aquello tuvo importancia? ¿Para quién es esta novela? ¿Para mí, para Alfredo, para Emilio? ¿Para todos? ¿Para ese *todos* que acabo de inventar, no más real que una constelación?

2

Había dicho que la escritura de Alfredo puede entenderse como una larga traición al ideal de Emilio Scarone, en cuanto que a partir de la publicación de "Carnaval del fin de los tiempos", Kowak abandonó el discurso "militante" de la ciencia ficción para optar por una apertura a lo que él en algún momento llamó su *tratamiento particular de lo fantástico*. En rigor, el único cambio real fue despedirse de los clichés clásicos (viajes espaciales, alienígenas, paradojas temporales, choque de culturas humanas, ecologías detalladas, fluctuaciones de la realidad, ucronías y mundos paralelos) para tomar otros clichés todavía más clásicos (espíritus de los bosques, magia, viajes astrales, posesión, transmigración de las almas, secretos antiquísimos); de hecho, quizá sea posible pensar en tres épocas en la obra de Kowak, la cienciaficcionera más o menos guiada por los lineamientos de Scarone, una etapa de transición gobernada por el término "technofantasy", inventado por uno de los antiguos militantes del movimiento –y eventualmente distanciado de Scarone– y la influencia notoria de Roger Zelazny, oportunidad para Kowak de exacerbar la tendencia pseudopoética de su escritura. Finalmente (salvo que consideremos su etapa de escritura porno, posterior a 2006),

apareció el abandono de la escritura de género, entendida ésta como ceder ante un conjunto de prácticas, reglas, y estrategias de pacto con el lector y los editores.

Pero más allá de las prácticas literarias, la relación entre Kowak y Scarone siempre fue complicada. Nunca llegaron a una verdadera confianza mutua. Emilio, por ejemplo, solía criticar las actitudes de Alfredo a la hora de buscar publicaciones; Kowak igual mata o se garcha a la abuela con tal de publicar, solía decir. Lo cierto era que ante el más mínimo indicio de una revista online que sacaba su primer número, o de algún editor que empezaba a preparar su antología, allí estaba Alfredo enviando seis cuentos por correo electrónico, acompañándolos de una bibliografía, de una presentación biográfica, de su manifiesto de la Escritura Salvaje y de un par de "declaraciones" en las que él mismo analizaba sus textos y reconocía "el uso de la epifanía" o "la temática altamente espiritual de mis cuentos".

En cuanto a los juicios de Alfredo sobre Scarone, siempre fue bastante cuidadoso con las conclusiones, hasta el punto de que lo único realmente tajante que le escuché decir fue un día de 2002 en que nos encontramos de casualidad en el centro y tomamos unas cervezas en la Plaza Cagancha:

—Nuestro error —dijo— fue dejar que Scarone hablara por nosotros; yo lo quiero, pero es un demente y no sabe hablar con nadie. Lo primero que hace es ir y

golpear con la cabeza sin mirar, ¿me entendés? Alguien así no puede estar a cargo de un grupo: ese fue nuestro error, bancarnos su gobierno.

Era, por supuesto, una opinión muy difundida, pero me sorprendió oírla articulada por Alfredo Kowak, que nunca faltaba a los “bueeeeno, pero los genios son así”, en múltiples variaciones, o admitía aquí y allá que sí, siempre con una sonrisa, que Emilio estaba un poco alterado, innegablemente, pero que era un genio, el mejor escritor de ciencia ficción de Uruguay, y que había que tratar de entenderlo. Aquel día del 2002, en cambio, llego a afirmar que todos lo habíamos sobrevalorado, que escribía pésimamente, que no era capaz de colocar bien una coma y que, en resumen, su prosa sonaba a una traducción mal hecha.

En algunos puntos tenía razón: Emilio no era un escritor cuidadoso en cuanto a la llamada “perfección” formal; estaba claro, de hecho, que su interés estaba en otra parte, en los climas, en las imágenes, en las ideas y la complejidad de sus tramas, siempre cargadas de sugerencias que no conducían a ninguna parte, cabos sueltos y derivaciones truncas. Porque había en realidad algo más allá, una cierta cualidad de encantamiento o persuasión; no se lo leía admirando su estilo: en todo caso, se terminaba una de sus historias y, al tiempo, uno se asombraba de seguir rumiando una imagen o una situación. De hecho, todas sus obras parecían arrojarse líneas entre sí, como si en el futuro, una vez que ciertos procesos de proliferación actuasen en el lector, estuvieran destinadas a configurarse en una red, en una

estructura mucho más amplia que superase las fallas de sus partes individuales y diese respuesta a esa sensación de “¿pero qué es lo que está faltando acá?” que casi todos los lectores de Emilio hemos experimentado, como si pudiésemos proyectar en el futuro el momento en que apareciese esa novela definitiva firmada por Emilio Scarone, ese compendio de sus paranoias y de todos sus hábitos que, sin embargo, no sonara como el intento de un escritor parásito de parodiar a su maestro en lo superficial del modelo.

Eventualmente él mismo actuó en respuesta a esa interrogante y reformó su personaje en relación a esas dos ideas largamente alimentadas: que había accedido a algo, a ciertos conocimientos ocultos, conspiraciones, secretos terribles, y que tarde o temprano daría a conocer su Gran Obra, en la que todo saldría a la luz.

Dos ideas en las que todos quisimos creer.

En realidad, lo del “conocimiento oculto” siempre lo tuvo a mano, aunque creo que jamás lo explotó. Entre 2002 y 2004 trabajó de policía, y si bien empezó como fuerza de asalto –decía que como venía del Cerro y no había terminado el liceo le resultaba indispensable chupar una pija para que le dieran un escudo “como la gente”– y siguió como patrullero, al final lo reasignaron a la imprenta. Allí debió escuchar el tipo de conversaciones que termina enseñando cierta cara oculta de las instituciones, por decirlo así, de modo que después de su abandono del puesto escribió un artículo –publicado en *El País* y probablemente el texto que más dinero

le reportó en toda su carrera– donde contaba la vida lamentable de un policía del montón y sugería conocimiento de chanchadas, corrupción, abusos y etcétera. Después de publicada esa nota me llamó por teléfono, cagado de miedo, porque decía haber visto pasar frente a su casa a dos *pesos pesados* de la *corruptela*, disfrazados de policías del montón. También había llamado a Andrés, por lo que pronto quedé enredado en una especie de plan de resistencia que implicaba que se me pasara a buscar en auto para, después, ayudar a Emilio a *marcar un perímetro de vigilancia* alrededor de su casa. Andrés y yo terminamos recorriendo las líneas que Emilio nos había trazado en un mapa de la zona, dibujado por él con bastante exactitud. Compramos unas cervezas en un súper abierto las 24 horas y nos las tomamos en lo de Emilio después de convencerlo de que la amenaza ya se había dispersado y que probablemente sólo habían querido hacerse los gallitos.

El susto no se le pasó sino hasta un mes después, más o menos. Y después empezó a hablar con orgullo de las *listas negras* en las que figuraba su nombre, listas de la policía, del Ministerio del Interior, de los masones, de los judíos, de la CIA, del pentágono y, por supuesto, de los Illuminati.

Y no menos predecible fue el relato que armó para un mail que envió a todos sus contactos: había vuelto un jueves por la tarde a su casa para encontrar la puerta violentada, su cuarto revuelto y la computadora prendida. Como en la famosa anécdota de Philip K. Dick, las fuerzas de la oscuridad habían invadido su hogar

para llevarse sus archivos. *Faltaban fotocopias del primer número de* Vermilion Sands *y viejos originales a máquina de cuentos escritos en 1989*, añadía.

Su famosa aparición en el programa de TV Muñecas rusas fue, quizá, la última movida en su prolongado intento de ser una suerte de Philip K. Dick uruguayo. Y dos meses después desapareció.

3

No puedo dejar de pensar que esto podría –o debería– convertirse en una novela mucho más larga, formateada al estilo de las clásicas historias de formación, con más escenas narradas de cerca, más intriga y más acción; ese libro posible desarrollaría los hechos de *Vermilion Sands* en el contexto de una narrativa de mi adolescencia, en la que junto a mi primer cuento publicado me refiera a mi primer polvo o aquellos meses del 94 en que me pasé enganchado a Jim Morrison y The Doors, cuando escribía por todos los pizarrones de mi liceo las letras de “The end” o “When the music is over”. Un fragmento, es decir, de la larga escritura autobiográfica que acecha en la oscuridad, el proustazo definitivo, *Por los tiempos de Emilio Scarone* y *Tierras de la ciencia ficción noventera*. Sin embargo, es mucho más probable que esto, más breve y desarticulado, termine convirtiéndose –con algo de suerte y viento a favor– en un *Citizen Kane* unipersonal y esquizofrénico.

Pero a la vez está claro que si hay un eje en todo esto ese eje debe ser Emilio, o Emilio y su *misterio* (es decir, partiendo de la idea de que existe tal cosa como un misterio de Emilio Scarone diferente al “misterio” que pueda reconocerse en cualquier personalidad); y, a la vez, que nada podrá jamás decirse sobre el tema,

nada que no se cancele a sí mismo, nada que tenga salida, nada que nos lleve una vez más a aguardar la obra definitiva, la última carta, la última señal de vida de alguien que ha desaparecido hace tanto tiempo, alguien que, en rigor, nunca estuvo allí.

Nada se puede afirmar sobre los otros, nada con pretensión de verdad; todo lo que logremos articular será una mentira, porque hablará, en última instancia, de nosotros, de nuestros hábitos, de nuestros esquemas, de nuestra visión del mundo y las personas. Hablando de otros, intentando hablar de otros, intentando hablar de Emilio Scarone, por tanto, sólo hablaré de mí, y lo que diga no será una biografía de Emilio, ni siquiera la que incluí en *Cual retazo del espacio*, sino una radiografía de mi mente y mi pasado. Pero –quiero creer– no del modo ingenuo en que lo hacen las autobiografías, que en rigor no hacen más que inventar otro personaje, ese “yo” escrito y del que se pretende que cubra a quien fuimos o recordamos que fuimos y que ya se ha convertido en otro, sino configurando una imagen con un método análogo al que hace aparecer una flor en 3D desde un caos de rayas y colores. Hay que torcer la mirada y tener paciencia, esforzarse y buscar sin buscar, justo allí, la imagen que en rigor no está.

Es decir: sobre los otros no hay nada que podamos decir, porque todo lo que logremos armar o aglomerar será una ficción, la invención de un *alguien* que sólo coincide con su modelo, ese otro inalcanzable, por caminos que, en rigor, conducen a nosotros. Al *nosotros* que sentimos y tampoco podremos jamás comunicar, más allá que gritando de montaña en montaña y aguardando, con una fe estúpida, que alguna vez sabremos más de Emilio Scarone, que llegarán algún día las respuestas, las postales desde Rwanda o Tunguska, fotos de un Emilio que mira la exhibición de las atrocidades sin parpadear una sola vez.

4

Dos límites, dos polos para Emilio Scarone; el primero, la tarde en que nos conocimos. Alfredo nos presenta a la salida de su trabajo; Emilio lleva una chaqueta de cuero negro gastada, lentes oscuros, una remera con una espada y el nombre *Excalibur* en letras plateadas. Me sorprende que sea un gordito de apenas un metro setenta, con escasos rulos canosos rayándole la calva incipiente y una sonrisa fácil de ardilla. Anda con una carpeta Byblos cubierta por adhesivos del Frente Amplio y Pepsi Cards de superhéroes Marvel; en unos meses cumplirá treinta y un años, así que no es mucho mayor que yo al tiempo que escribo esto, aunque él ya se había casado dos veces y tenía tres hijas mientras que yo vivo solo en un monoambiente, sin mujer que no viva a quilómetros de distancia o a demasiados años en el pasado, sin hijos, perros o gatos, en compañía de libros y discos. Aunque Emilio está desempleado en el momento en que lo conozco, pronto me contará que ha pasado por casi todos los trabajos imaginables (estuve en la construcción y en la estiba, dirá docenas de veces) y, para el pendejo de dieciséis años que soy, todavía satisfecho prisionero del mundo de clase media de sus padres, con sus cenas a las ocho y media, telenovelas brasileñas, películas de acción, política de centro, honradez y trabajo, más la discreta montaña rusa de la

vida de los comerciantes y una desvaneciente herencia de inmigrantes italianos, gallegos, baskos y catalanes, no tardaría en convertirse en la ventana averiada por la que vislumbrar una fuga. Después de un saludo que siento cálido (ah, vos sos el niño prodigio del que me habló Alfredo; che, ¡vienen altos los pendejos de esta generación!) y con el mínimo toque de ironía necesario para que no lo calificara inmediatamente de otro estúpido sin remedio, empieza a contarnos sin preámbulos que está leyendo *Neuromante* y que avanza despacio. Alfredo asiente a cada sentencia de Emilio; Gibson es un virtuoso, dice, mirándome. Yo jamás lo he leído y apenas sé quién es, más allá de una vaga referencia a los conceptos de ciberespacio y —no sé por qué, supongo que sería a partir de alguna película o serie de TV— la idea de "fusionarse con la red", final típico, como me enteraría después, de los cuatro cuentos cyberpunk que iba a escribir Emilio y, también, de gran parte de mis relatos hasta el año 1998. Esperamos que Alfredo salga de la librería y vamos a una pizzería; me da vergüenza pedir coca cola y no cerveza, pero será la última vez.

Segundo límite: octubre de 2004, nuestro último encuentro, en su casa del barrio Casabó vaciada de libros (ha ido vendiéndolos primero por colecciones completas o casi completas: Acervo, Ultramar, Nueva Dimensión y su adorada El péndulo, finalmente especulando —casi siempre en La cueva del aficionado, pese a su proverbial odio al viejo Morales— con títulos raros o ediciones inconseguibles),

llena apenas con su computadora y sus dos televisores, el equipo de audio repitiendo una y otra vez “Eyes without a face” en la corpórea y artificial voz de Billy Idol mientras que un Emilio mucho más gordo y con el escaso cabello canoso cortado a máquina baraja, entre otros temas, su desprecio por los yanquis (“hasta la Segunda Guerra Mundial sabían lo que era pelear, pero después, ya en Corea, se volvieron unos micos mamones”), lo pésimos escritores de ciencia ficción que son los argentinos (“la culpa es de eso de andar copiando a Borges y a Cortázar”), el argumento del cuento en que estaba trabajando (una ucronía para la que dijo haber investigado durante meses pero derivada notoriamente de *El hombre en el castillo*), los “bobos” del comic nacional (“ese Santoro es un mediocre que no puede contarte ni la Cigarra y la Hormiga), sus años de guerrilla en el interior del país con la cuenta de catorce hombres muertos por sus manos (“diez milicos, un traidor y tres civiles que habían querido afanarnos la comida en Valle Edén”), la lista actualizada de avistamientos OVNI incluyendo uno la semana anterior, durante uno de esos atardeceres “químicos y cyberpunk” del Cerro, la enorme nómina de antiguos amigos y colaboradores que han terminado por pasarse al enemigo, desde el equipo entero de *Remolque* y *Arrakis*, sus primeros fanzines, hasta sus socios en un reciente —y fallido— intento de armar una empresa dedicada a la animación 3D que pudiese, una vez instalada en el mercado, lanzar una miniserie basada en sus relatos de Tamerlán II, el futuro líder del Renacido Imperio Soviético, fusión

de la URSS con el imperio de Genghis Khan, una visión de "lo que pudo haber sido la Europa unificada por Napoleón, más sangrienta y mejor" y la parafernalia esotérico-pseudocientífica-tecnológica del tercer reich.

Y no deja de parecerme una vez más un replicante moribundo que ha ido juntando todos sus pedazos dispersos a lo largo de su corta vida para unirlos con cinta adhesiva atacada por la humedad del barrio Casabó. Entonces gira hacia mis ojos los papeles pegoteados para mostrarme el lugar que ha dedicado a la noche en que casi lo fusilan los milicos y el otro para los recuerdos de su padre, escopeta en mano en la "sentada" del puente del Pantanoso, muriendo de cáncer, vomitando sangre en la misma habitación en la que conversamos. Brinda con sus fantasmas: levanta del piso una cerveza caliente, su vaso lleno, el mío ya vacío.

Cuando lo conocí estaba a punto de publicar su primer libro, un compilado de cuentos que iba a titularse *Mundo de dragones*[2] y sería lanzado por la editorial Banda Oriental; o al menos eso *decía* Emilio, porque cuando me puse a investigar su biografía para *Cual retazo del espacio* y consulté en la editorial, nadie recordaba que hubiese pasado por ahí con un libro de cuentos. Aquella tarde nos fuimos a un bar de 18 y Convención; apenas ocupamos la mesa Emilio abrió su carpeta y sacó

[2] A Matías no le gustaba, decía que era un llamador de hippies. "Mundo de drogones", entonces, se convirtió en el nombre código del libro en las reuniones del movimiento.

una impresión en papel satinado de la que sería la portada del libro, aerografiada en acrílicos por Daniel Fonti. Representaba una mujer muy hermosa (entonces no me percaté de que era Ava Gardner) sentada en las rocas de un farallón muy parecido al de Punta de Piedra, en la costa de Rocha (supe después que Fonti tenía una casa ahí, en el balneario en que pasé con mis abuelos todos los veranos de mi infancia), con un dragón posado pocos metros por encima de su cabeza. Ambos parecían *escrutar* la lejanía, un mar crepuscular pintado en una paleta que parecía robada de la pintura prerrafaelita[3]. En la parte más alta del farallón aparecían los perfiles de una mansión con terrazas múltiples, hinchadas por los tonos anaranjados del ocaso. Admiré la técnica y la destreza en la representación del dragón, ante todo su mirada, que me pareció serena y llena de sabiduría, como rellena de todos los clichés de la fantasía heroica. Nunca más vería a Emilio tan entusiasmado como ese día; confiaba en que su libro saldría de la imprenta en un mes, como mucho, y que por fin sería reconocido en el mediocre mundillo de la literatura nacional. A la semana lo llamé por teléfono; estaba furioso.

—Recién vengo de la editorial —dijo— y no quieren pagarle a Daniel; si es por estos micos el libro igual sale con un collage hecho en el Paintbrush —y añadió un *la puta que los parió* que más que por furia sonó atravesado por tristeza

---

[3] Más tarde supe que Fonti no tenía ni la más remota idea de quienes eran Dante Gabriel Rossetti, John Everett Millais y William Hunt. Para él y Emilio cualquier pintura colorida y figurativa y "fotográfica" era *renacentista*.

y desilusión. La puta que los parió, repetía. Yo no supe qué decir; le ofrecí acompañarlo a la editorial a protestar pero *protestar un carajo*, dijo.

—Ya los mandé a la mierda, que se metan el libro en el fondo del orto. Lo saco en otra editorial o lo financio yo, ¡me chupa un huevo Garcha Oriental o cualquier otra mierda de este país mediocre lleno de maricas pelotudos que no saben lo que es una ilustración!

Después me contó Clara, su ex esposa, que aquello no había sido del todo cierto, que Emilio sí había tratado de convencer con los editores, cuyo único argumento contra la ilustración de Fonti era el precio un poco exagerado que el dibujante quería cobrar por su trabajo[4], de modo que, dijeron, sólo si había alguna manera de minimizar ese gasto iba a poder ser publicado el libro con esa portada. La versión de Emilio era, por supuesto, que los mediocres editores quisieron ahorrarse ese gasto e infringirle una tapa espantosa.

—…y cuando me negué a esa posibilidad —diría demasiadas veces— y les expliqué que la tapa de Daniel seguía la estética al uso en todas las publicaciones de ciencia ficción se hicieron los boludos y me hablaron de que "en Uruguay" las cosas se hacían distinto, que los lectores de su editorial estaban acostumbrados a otra cosa… ¡a la mierda que ellos les venden y que leen como si fueran Ballard o Herbert, están acostumbrados, la puta que los parió a todos!

[4] Cuando entrevisté por mail a Daniel me enteré de que Emilio y él habían planeado repartirse el dinero 50-50, de ahí que pidieran una cantidad importante.

Finalmente, pasado un par de días de planes abortados y puteadas, el proyecto fue cancelado, o, mejor, pospuesto indefinidamente. Alfredo intentó meterse en la discusión y convencer a Emilio de usar cualquier otra imagen (habían muchas en el archivo de la revista —es decir, las carpetas de Emilio—, remanentes de un proyecto primario del número dos, comenzado e interrumpido en 1990), pero, aparentemente, era la Gardner con su dragón o nada.

Por esos días hice mi primera visita a su casa. Yo vivía con mis padres y mis abuelos en una casa de dos pisos en el barrio Atahualpa; mis movimientos estaban acotados por el liceo, a pocas cuadras, y el centro, donde mis padres tenían su boutique. Me había aventurado en contadas ocasiones a Pocitos, al Prado (la Rural, el museo Blanes, el Parque Posadas), pero siempre acompañado por la familia, así como también a la casa de mis abuelos paternos en Colón y a la del hermano de mi abuela en Melilla. Mis amigos vivían todos cerca; lugares como Malvín, Carrasco, el Hipódromo, la Gruta de Lourdes, La Teja y el Cerro eran casi equivalentes a Birmania o el Congo, o, a lo sumo, recuerdos débiles de alguna vez que acompañé a mi abuelo a comprar un lechón para Fin de Año en quién sabe qué carnicería alejada de nuestro barrio y quién sabe por qué. Cuando le dije a Emilio que no tenía la menor idea de cómo llegar a su casa me explicó que debía tomarme el 306 con destino Casabó o Nuevo Casabó y esperar a ver el Cementerio del Cerro; su casa estaba dos paradas más allá. Ese sábado dije a mis padres que iba a visitar a

un compañero de liceo y me planté en la parada esperando el ómnibus. Asumía que el viaje duraría como mucho media hora; a los veinte minutos, todavía del lado de acá del Pantanoso, empecé a paranoiquear. ¿Y si el ómnibus tomaba otro camino por cualquier razón, un desvío por ejemplo, y jamás veía el Cementerio? Cuando cruzamos el arroyo y entramos al Cerro supuse que faltarían como mucho diez minutos. El 306, en cambio, se sumergió en un laberinto de calles diminutas y casas abandonadas que parecían perderse en el campo.

¿Me había pasado? Pregunté al guarda cuánto faltaba para el Cementerio. Como diez paradas, respondió. Volví a sentarme (el ómnibus estaba casi vacío) y aguardé. Emilio había mencionado un par de canchas de futbol; creí determinar cuál era la primera pero de inmediato apareció otra y no había rastro alguno del cementerio. Me puse más nervioso. No puedo haberme pasado, me repetía, *no puedo ser tan imbécil*. Entonces el ómnibus giró por una callecita y vi una gran manzana sin construcciones guardada por una muralla blanca y alta, con una puerta semiderrumbada en la que podían leerse marcas de cañonazos. Era el cementerio. Más allá se expandía la bahía y, del lado interno de la muralla, una amplia y variada colección de nichos cuadriculaba el espacio grisáceo de revoque pintado a la cal.

Quisiera pensar que *algo se estremeció en mi interior*, que aquel paisaje —insólito para mí, ya que mi única referencia sobre cómo lucía en verdad un

cementerio (por alguna razón asumía que los que veía en la TV o en las películas eran falsos o anacrónicos) era el espacio institucional del Central, con sus panteones de los caídos en la Guerra Civil y las estatúas de ángeles del novecientos— dejó su marca en mi sensibilidad y logró que se abriera camino en mí cierta conciencia de que existía otra realidad, otro mundo si se quiere, subyacente al nuestro, a pocos quilómetros del área que había cubierto con la pintura espesa de la costumbre. He leído demasiadas veces relatos de escritores o artistas que se refieren a momentos señeros al estilo de *la primera vez que escuche a Mozart* o *mi primer contacto con un lienzo de Van Gogh*; por mi parte, ninguna lección inaugural resplandeció con un brillo diferente al de la expectativa que yo mismo le había construido, y casi todas brillaron mucho menos. En cuanto al Cementerio del Cerro, lo que sí llegué a descubrir con el tiempo, asombrado y nadando en la sensación de haber dado con la clave de un misterio que, aunque no lo comprendiera del todo, bien podía afectarme, fue que parte de la ominosidad de algunos cuentos de Scarone, entre ellos mi favorito, "La muñeca marciana", se desprendía claramente de aquella muralla, de los nichos y las pocas tumbas desperdigadas que él transfiguraba en el paisaje de las Ferias de sus cuentos, con alienígenas atrapados en lagunas a las que había que arrojar el tributo de una virgen cada luna nueva. Y señalo esto porque cuando comencé a escribir sobre Montevideo, o teniendo a Montevideo como escenario, dejando de lado cierto

prejuicio hacia lo local derivado de los modelos narrativos de la gente de *Vermilion Sands*, sentí la necesidad de transfigurarla, de convertirla en una ciudad diferente al lugar común de Durazno y Convención, Isla de Flores y Gonzalo Ramírez, la Playa Ramírez, Barrio Sur y Palermo, los bustos de Gardel, la estatua de Herrera, el Memorial de la Guerra Civil, la Diligencia y los Cuernos de Batlle, tarea que ya había comenzado Emilio, a partir del Cementerio del Cerro, en cuentos como "Las mansiones silentes" o "Las tumbas de la oscuridad". Quizá me guste pensarlo ya que haciéndolo puedo establecer un nexo entre la escritura de Emilio y mis propias ficciones; lo cierto es que nada de eso cruzó mi mente, más allá de cierto asombro o escalofrío, cuando rebasé aquel sábado el Cementerio y me bajé, equivocadamente, una parada antes de la correcta, ante el panorama de la Bahía y las casitas de Casabó que mediaban entre la calle de Emilio y la costanera, un enorme conjunto de techos de chapa, baldíos, paredes descascaradas, basurales, caballos paciendo y niños correteando. Un paisaje que parecía tomado de una esa recurrente y montevideana película postapocalíptica en la que todas las cosas aparecen bañadas en una luz color sepia y polvorienta, una luz de amanecer ballardiano, un amanecer terminal. Seguí la numeración hasta dar con la casa de Emilio. Llamé a la puerta y me atendió Clara, que todavía vivía allí junto a sus dos hijas menores.

—¿Vos sos el niño prodigio? —me preguntó, mirándome de arriba abajo.

—Federico —le respondí—, vengo a ver a Emilio, ¿está?

En ese momento se abrió la ventana que daba a la calle y la cabeza de Emilio se abrió camino para gritar *puuuuutooos puuuuuuutoooooooooos* a las casas de la vereda de enfrente.

Ella asintió (“se pone como loco cuando los vecinitos escuchan cumbia”) y me dejó pasar, o al menos así es como lo recuerdo. En varias reuniones posteriores Clara siempre contó que yo me ruboricé ante la puteada y repetí ¿Es-tá-e-mi-lio?, balbuceando y mirándome los zapatos, aplastando con la punta del derecho una colilla de cigarrillo imaginaria. En cualquier caso, pasé a la casa un poco desordenada y venida a menos y fui recibido por Emilio (“perdoná, viste cómo es, los negros estos con la cumbia te vuelven racista”), que me presentó a Clara diciendo esta es mi ex mujer y concubina, el mejor culo de Montevideo. La aludida rió.

—La historia nos llamará *esposas* –dijo, y no pesqué la referencia.

—Culo… gran… de… gor… do… yo… meter… banana… —dijo Emilio, imitando a un robot de dibujos animados.

Al rato estábamos hablando de mis cuentos. Clara sirvió un café instantáneo aguado y dulce.

—Están bien para tu edad, pero… —dijo.

—No, *bien* no no seas mala, para su edad son excelentes —la interrumpió Emilio.

—…pero en realidad son una cagada; yo no los hubiese publicado nunca, pero bueno, por algo se dio como se dio, y si no capaz que no estabas acá.

—Pero no todos son tan malos… —creo que dije (eso es lo que siempre recordó Emilio, que yo traté de defender uno o dos de los cuentos)

—Sí, hay uno que pasa, el de fantasmas, con la ciudad subterránea sacada de *Bóvedas de acero* —y Emilio la interrumpió una vez más para *explicar* que yo escribía de un modo “muy clásico y lineal” y que, si quería *hacer algo mejor*, debía dejar de leer a *mongochos* como Asimov y Clarke y conseguir la obra completa de Dick, Spinrad, Ballard, Aldiss, Disch, Gibson y, por supuesto, Frank Herbert.

—A Herbert ya lo leí —le dije—, o al menos *Dune*, el primero. Tengo que conseguir los otros.

—*Dune* es excelente —dijeron casi al unísono, y Emilio añadió —¿Viste la película de Lynch?

—No, no la vi —respondí, y con una especie de grito de júbilo me condujo a su estudio- dormitorio (Emilio dormía solo en una cama de dos plazas, Clara con las niñas) y encendió el VHS.

De esa tarde saqué en limpio que *Dune* era una obra maestra —y tuvieron que pasar ocho años, más o menos, para que empezara a erosionarle esa posición—,

que debía leer a Ballard (Emilio me prestó el número 6 de *El péndulo*, el que traía "Tu: coma: Marilyn Monroe" y la novela corta "La fe de nuestros padres", de Philip K. Dick, más cuentos de Racoona Sheldon, David R. Bunch, Sam Lundwall y una serie de reseñas y bibliográficas de autores como Stanislaw Lem y Ray Bradbury), que Clara tenía definitivamente el mejor culo de Montevideo y que tenía que dejar de escribir cuentos lineales y clásicos.

En relación a eso último diré que un elemento que se repetiría en todas mis visitas a Emilio era el de abandonar su casa reventando de ganas de escribir. Me asombró, y sentí además que allí había un ejemplo a seguir, su capacidad de hablar de los cuentos que había escrito o los que estaba escribiendo como si fuesen inseparables de su vida y tan reales como las baldosas rotas de la escalerita hacia su puerta: hablaba de sus dictadores futuros como si tuviese bajo la cama una máquina óptica del tiempo que le permitía ver las batallas y las intrigas políticas que luego llevaría al papel, aunque siempre sentí que explicaba oralmente sus tramas con más lujo de detalles que lo que había escrito o estaba por escribir , y a la vez estaba claro que en lugar de narrar lo que realmente hacía era citarnos de memoria la enciclopedia completa sobre sus ficciones. Porque Emilio era incapaz de *contar* en su conversación; se perdía en detalles, descripciones, historias previas de los personajes y elementos de sus personalidades; abundaba en referencias a su parafernalia pseudotecnológica y a cierta presunta sabiduría militar y política que,

decía, iba a terminar de dar forma algún día en un *Tratado de geopolítica* que significaría un punto de inflexión en la historia del pensamiento humano.

Por ejemplo, ya hacia el 2002 o 2003, una noche me llamó para explicarme, dando por sentado mi asombro, que no sé qué ejército de su última novela empleaba helicópteros cyborg generados por ingeniería genética a partir del ganado. Esa noche, como todas aquellas tardes de 1995, yo me limité escuchar con impaciencia y una atención vacilante todos aquellos detalles irritantes; entonces asentía y nada más. Cualquier sugerencia que pudiera hacer jamás sería escuchada y Emilio siempre se las arreglaba para hacerme creer que él ya se había anticipado a todo lo que yo (o cualquiera, con la excepción de Matías) pudiera imaginar o replicarle. La única vez que me pidió algún tipo de ayuda técnica fue cuando recopiló varios de sus cuentos sobre el Resurgido Imperio Soviético, con sus tropas de *übermenschen* —o, como él prefería, *übersoldiers*— mejorados genéticamente para convertirlos en una suerte de licántropos superinteligentes que jugaban como niños con los despojos de sus víctimas, y tuvo la extraña idea de que yo escribiese un prólogo "filosófico" en el que hablara de Nietzsche y las posibilidades de evolución del pensamiento humano, por supuesto presentando a sus soldados como una predicción más que confiable. Me lo propuso en una pizzería del centro, una noche de invierno; las meseras nos miraban, y después supe que Emilio frecuentaba el lugar y se presentaba siempre como "el escritor" (*si vas a Muzza*

Bros decí que vas de parte de Emilio, el escritor). Esa noche –lo cual, por cierto, nos motivó a partir rápidamente y seguir la charla en una parada de ómnibus donde dejé pasar varios de los que me servían– había un concurso de imitadores: mientras hablábamos ensayaba a pocos metros de nosotros un Michael Jackson con el atuendo de dictador africano genérico, bajo la mirada reprobadora y fascinada de Emilio, que no pudo evitar cantar uno de los coritos de *Billie Jean*.

Jamás escribí el prólogo, y tampoco recuerdo bien con qué excusa evité el compromiso, si es que hubo algo diferente a un *sí, claro, dalo por hecho*. De todas formas, ese libro, como tantos otros, jamás se publicó.

De la *El Péndulo* que me prestó Emilio la mayor impresión fue la que me dejó "La fe de nuestros padres", que todavía hoy sigue pareciéndome, junto a *Ubik*, *VALIS* y *El búho a la luz del día*, de lo mejor de Philip Dick; y si bien para ese momento ya había leído algunas de sus novelas —*La penúltima verdad* y *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* más el tomo dos de los cuentos completos—, creo que fue esa lectura desde la revista argentina lo que terminó por incrustar a PKD en mi corazón. Emilio decía respetarlo, a la vez que aclaraba que no era uno de sus autores favoritos (en el orden cronológico de irrupción en su vida, según mis

pesquisas biográficas, H.P.Lovecraft, Ray Bradbury, Frank Herbert, J.G.Ballard), pero la verdad era muy diferente: Emilio podía hablar durante horas de Ballard y de Herbert, pero Dick fue siempre la matriz desde la que desplegó su personalidad de escritor. Quizá Ballard y Herbert le habían dado un par de consejos, por decirlo de alguna manera, pero su formateo de lo que era la literatura y lo que quería decir ser escritor era 100% Philip K. Dick; de hecho, con el paso del tiempo su pastiche dickiano lo llevó a la gnosis Valentiniana, con su visión maniquea del universo y su mito central del origen perdido y la condición de extranjeros de todos los hombres sobre la tierra, además de a otras obsesiones del Dick tardío, como por ejemplo el desarrollo de armas telepáticas en la URSS, que también lo fueron del "último Scarone". He llegado a creer que gran parte de esa imitación se dio de una manera inconsciente; cuando se le preguntaba por la influencia de Philp Dick respondía que en verdad su parecido con el autor de *Tiempo de Marte* se debía a que se había casado muchas veces (él 2, Dick creo que 5, aunque me parece recordar que con la última más que casarse de verdad hizo algo así como una "ceremonia ciberpagana" en 1988) y a que le gustaba *jugar con la realidad*, como si con eso fuese suficiente.

Por otro lado, también es posible que, en su percepción de la obra de PKD, "jugar con la realidad" fuese verdaderamente el elemento central. La escena arquetípica de ese tipo de ficciones es la que reporta al héroe de regreso a su casa

para encontrar que todo ha cambiado y ahora se vive bajo el mandato de un dictador androide, por ejemplo, o que en ese mundo paralelo reside en otra ciudad y se dedica a conducir un taxi, o que al abrir la puerta se encuentra, en la salita, con su familia completa mirando TV, él incluido, y, asustados, le gritan todos juntos en un dialecto norteamericano del ruso.

La segunda vez que lo visité discurrió durante horas sobre cine, en particular *Terciopelo azul, Alien, Dune, Blade Runner, La naranja mecánica, Solaris* y *Brazil*. Encima de su escritorio tenía dos enormes fotografías enmarcadas de *Blade Runner*: una mostraba al vehículo de Deckard posándose en el callejón y la otra a Harrison Ford aferrado a la cornisa. Se ven los autos pasando en la calle, decía Emilio, admirado, ¿te das cuenta del nivel de detalle?

—*Eso* es una obra de arte –fue la conclusión

Después del curso acelerado de cine me mostró el número uno de *Vermilion Sands* y algo del trabajo que venía haciendo para el segundo. Le pregunté si había novedades de su libro de relatos; dijo que la mejor opción sería editarlo él mismo. Había concebido el proyecto de crear Gulag XXI, una editorial especializada en fantasía y ciencia ficción que, por supuesto, editaría como libro inaugural un compilado de mis cuentos. Parte del dinero necesario, dijo, lo obtendría vendiendo manuales de juegos de rol gracias a un contacto que tenía con Enrique Richards, quien tenía entonces una librería/disquería llamada Lemuria, en Punta Carretas. Le

pregunté a Emilio la dirección exacta para visitarla; al día siguiente convencí a mi amigo Adrián de acompañarme, tomamos el 183 y nos bajamos en el Ombú, para caminar después unas cuadras en dirección a la vieja cárcel. Era una librería bastante chica, con dos góndolas enfrentadas, llena de libros una y de CDs la otra; detrás del mostrador había una puerta y un exhibidor lleno de figuras articuladas de superhéroes y otros adornos coleccionables.

—Enseguida vooooy —escuchamos: una voz de doblaje de dibujos animados insoportablemente cachonda.

De inmediato se abrió la puerta y apareció un tipo bastante alto y corpulento, con los ojos desorbitados y una sonrisa que parecía estaqueada a su rostro.

—¡Hola! —dijo, con una voz entre afeminada y psicópata— ¿qué puedo hacer por ustedes, niñas? —Le expliqué que éramos amigos de Emilio Scarone y que veníamos a conocer la librería— ¡Ah!, ¡entonces están participando de esa bobería de ciencia ficción que va a sacar Emilio, esa revistita con el título robado de Ballardo! ¿Ya se los templó a los dos con esa pijita minúscula que tiene?

—Ballardo —dije, nervioso—, muy bueno…

—Muy bueno, miren, ¡les voy a dar un consejo! ¡Se me apartan las dos ya mismo de la ciencia ficción! ¡Como de la muerte misma!¡Se me apartan ya mismo de Emilito Scarone! Esa negra tiene LOSER escrito en la frente y se los va a contagiar a ustedes. ¿Vos escribis? —Adrián negó con la cabeza, tomado por

sorpresa—, ¿y vos? —asentí—, bueno, te voy a dar un consejo: olvidate de la ciencia ficción. Mirá, este es el libro que tenés que leer…

Caminó hacia la góndola de libros y sacó un tomo bastante grueso. *American Psycho*.

—Ni idea —dije— no lo conozco.

—¡No lo conozco! ¡Ah! —la sonrisa seguía allí, fija, como si voz surgiera de cualquier lugar menos de su boca— ¡No lo conocés! Bueno, nene, ¡des-per-ta-te! Abrí los ojos, pibito, descasteate esa mist, mironeá el mundo, viajá, cogé, hacete coger, chupá una buena pijotrona, lee a Easton Ellis, actuá en una película porno con gordas camboyanas, disfrázate de Ziggy Stardust, hacete pegar por neonazis en Berlín, morite de sobredosis en Shanghai, en Sarajevo, en Groenlandia, donde puta sea, ¡pero no leas ciencia ficción! Muy lindo todo, los imperios galácticos, la ciudad del borde de los tiempos, la mano de hacerse la paja de la oscuridad, todo bien, todo muy rico, muy linda la novia, pero ahora ya es tarde, Heidi. Tu misión, si decides aceptarla, es descubrir a Bret Easton Ellis. Esta es la literatura, Chilindrina, nada de pavadas para pelotudos que arman maquetas del Enterprise. Eso está totalmente muerto. Tomá, te lo vendo —me tendió el libro—, doscientos pesos, tómalo o déjalo.

— Lo voy a dejar —dije, mirando la portada— por ahora tengo mucho de Philip Dick y J.G.Ballard.

Traté de hacer sonar mis palabras como un desafío.

—Felipe Kapito y Jaime Ballardo, ah sí, sí, veo que sabés lo que hacés —dijo, y fingió que se lavaba las manos— pero todo eso está muerto, gansomán, y más que muerto. Es literatura zombie, nene, eso es lo que es. A brillar mi amor, vamos a brillar mi amor.

Miramos algunos CDs, pregunté el precio de la colección completa de la serie de *Terramar*, de Ursula LeGuin y nos fuimos. Cuando nos despedimos me apretó la mano con demasiada fuerza, sin dejar de sonreír ni de mirarnos como si tratara de imitar a Salvador Dalí.

—Ah, y si lo ven en sus pajitas grupales al tarado de Matías Andreoli díganle que me voy a garchar por el orto a su hija en una cueva del Borro, y lo mismo a Emilia Scarone, ¿OK? A los dos les dicen eso. Borro, cueva, coger, culo. Que les voy a dejar una mancha de semen con forma de Eurasia en la carita a las dos niñas, simultáneamente, mientras chapoteo con los deditos de los pies en el charco de sangre que mana de sus culitos vírgenes.

Me encogí de hombros y asentí; vámonos ya de acá, le dije a Adrián, y casi corrimos en dirección a Boulevard España. Al llegar a casa llamé a Emilio y le conté que había ido a Lemuria y que, en mi opinión, el librero estaba completamente loco.

—Sí —dijo—, el gordo Richards está mal de la cabeza. Es por la merca; ¿viste la puerta esa que tiene atrás del mostrador? Ahí tiene un cuartito, cada media hora entra y se mete una línea. Dicen, yo no sé, pero Matías parece que tiene pruebas, que también se lleva clientes para ahí adentro y se los garcha. Le gustan de tu edad, aparte. ¿No te dijo nada, no te cargó? ¿Un filo, capaz?

—No, me parece que no; tiene una voz un poco amanerada, capaz, pero no sé, me parece que no.

No recuerdo si por aquellos días ya me percataba de la evidente homofobia en el discurso de Emilio; una vez, años después, tuve la ingenuidad de señalarle que el protagonista de “Mundo de ” se comportaba de una manera bastante gay; los malabarismos conceptuales que hizo para defenderse de semejante acusación fueron asombrosos. Su conclusión, sacada no sé de dónde, fue que los yanquis vivían en una sociedad decadente que fomentaba la homosexualidad, y que “cuando todo cambiara” el mundo se volvería más puro, soviético y heterosexual.

—Mejor, el tipo en realidad es un psicópata, tené cuidado.

—Bueno —añadí— me dijo que se iba a coger por el culo a la hija de Matías...

Emilio se quedó callado.

—Eso no se lo cuentes —dijo, finalmente— . Matías es capaz de matarlo al gordo marica; mejor dejalo así.

—Sí, qué se yo, no pensaba decirle, pero me llamó la atención, ¿tiene algo en especial contra Matías?

—Se enfrentaron en la tertulia del viejo Morales, en el Sorocacana, después de que salió el librito ese de mierda que tiene tres cuentos de Matías, de cuando Matías quería escribir como Borges y menos mal que dejo esa etapa porque ya me tenía podrido. Estuvimos sin hablarnos por varios meses después de eso, otro día te cuento. La única vez que me traicionó, ¿sabías? Te explico: a mi Borges me parece una bosta; se me cae un huevo de pensar nomás en leerlo. Mirá, escribirá muy bien, pero cuentos de gauchitos que viajan por el tiempo no me interesan. Aparte el viejo de mierda era flor de facho, ¿sabías? Y seguro que puto también.

Era curioso —aunque en ese momento no lo noté— que tildara de facho a Borges una persona que en más de una ocasión se definió como "fascista de izquierda" y que decía admirar a Napoleón y a Stalin[5]. Él encontraba, supongo, alguna escala posible en la que sus ideas políticas no desentonaban; unos años después del fracaso de *Vermilion Sands* empezó más o menos seriamente a tomar notas para su Tratado de geopolítica, al que le añadió en el título el concepto de *marketing cultural*, explicado en una suerte de prólogo que tomaba la forma de una

[5] Una vez redactó junto a Matías una "descripción" de su "forma de gobierno ideal", bautizada *inteligentocracia*. La clave de la cuestión era conceder ciudadanía (y por lo tanto facultad de votar) únicamente a quienes superaran ciertas pruebas matemático-lógicas y de destreza física. La descripción –que supongo valía como manifiesto– aclaraba que los estatutos de la inteligentocracia no podían ser revocados por el voto de los inteligentócratas y que quienes así lo sugiriesen merecerían la pena de exilio en un campo de concentración, etcétera.

lectura de la historia de la Iglesia Católica mayoritariamente inventada. Hasta la que podríamos llamar la época de sus dos "novelas finales" inconclusas (*La novela del resplandor* y *La novela de las tinieblas*, ambas inéditas hasta la fecha), que marcaron el comienzo de su etapa espiritual o mesiánica, el *Tratado* sería la obra en progreso de la que más decía enorgullecerse, la que, en su opinión, constituía más cabalmente la *summa* de su pensamiento. Tengo por alguna parte el prólogo y los primeros seis capítulos; jamás logré terminarlos.

La relación comercial con Enrique Richards terminó con la salida, en abril del 95, del número dos de *Vermilion Sands*. Richards se negó a pagar los 400 pesos que Emilio pretendía cobrarle por el anuncio a cuarto de página de su librería y eso sirvió para que "el gordo marica" pasara a la lista de enemigos y traidores del Movimiento Uruguayo de Ciencia Ficción y Fantasy. Entre mi visita a la librería y la negativa de Richards a pagar el aviso pasaron casi tres meses; lo primero que hizo Emilio después de mover al librero desde "aliado potencial" a "cucaracha execrable" fue hablarle a Matías de aquella amenaza de cogerse a su hija. Añadió, además, que Richards había intentado "pasarme para el cuartito" y que me había invitado –es decir *prácticamente encajado el polvillo a presión por mis narinas*–

con unas rayas de merca. Matías habrá reaccionado como era predecible dada su máscara deportista y antidrogas de heterosexual militante. Una noche, según me contó Emilio, él y Matías invadieron Lemuria justo a la hora en que Richards bajaba la cortina. Fue una visita en plan *pasá pa'dentro de esta no zafás qué anduviste diciendo gordo puto ahora te venís con nosotros hijo de puta te vamos a dejar la cara como al Humongus de Mad Max/te vamos a romper todos los huesos*, o al menos así la describió Emilio, claramente disfrutando cada inflexión de su voz al repasar los golpes, las puteadas, las caras de sufrimiento y los patéticos intentos de zafar/pedir perdón de Enrique Richards. *Pero no nos robamos ningún libro aunque Matías casi se lleva un CD de Vangelis y yo uno de Enya.* Quince minutos después de la golpiza *para que quedara un buen rato ahí tirado el gordo marica palpándose los huesitos que le dolían y gimoteando como una nena*, según dice la Leyenda Negra del Movimiento Uruguayo de Ciencia Ficción y Fantasy, metieron al gordo Richards en asiento trasero del Volkswagen Gol de los padres de Matías y lo llevaron a una playa desierta entre Shangrilá y Lagomar para una vez más cagarlo a golpes, esta vez no en el interior de su librería oportunamente cerrada al público (cosa que siempre me pareció poco creíble) sino en la arena y con *el agüita fría para que se termine de hacer popó encima*.

Emilio y Matías alardeaban a veces de esa actitud mafiosa; de hecho, es posible que en conjunto soñasen al movimiento de ciencia ficción y fantasy

organizado como se cuenta en *El padrino*, con los *caporegimes*, el *consiglieri* y el *don*, con Matías gustosamente actuando de Luca Brasi. De hecho, yo tampoco me libré de sus interrogatorios y sus intentos de *razonar* conmigo.

En diciembre del 96 me encontraba en el corazón de lo que retrospectivamente llamaba mi "período de la alienidad". La idea básica era que, con la excepción de *Solaris* y quizá *Alien*, la representación de los extraterrestres en la ciencia ficción era totalmente insostenible, en cuanto me parecía limitada a una simple variación de aspectos humanos. Un verdadero alienígena, pensaba yo, debía ser completamente ajeno a todas las pautas con las que percibimos el mundo en general y la vida y la inteligencia en particular. La ciencia ficción tenía la misión, la *función* incluso, de representar esa extrañeza, esa "alienidad", salvando a través del *arte* todos los escollos epistemológicos aplicables.

Con Emilio solíamos discutir estas ideas, y aunque él jamás lo admitió debió ser la primera vez que logré convencerlo de algo. Pronto, sin embargo, decidió que todo el rollo de la alienidad (que a mí me sirvió sólo para escribir aun peor y meterme en un callejón sin salida del que lograría salir recién a fines del 97) en realidad lo había inventado él, y me irritó enormemente cuando escribió, en la nota biográfica de su cuento "La muñeca marciana" para el número tres de *Vermilion Sands*, que…

> Detrás de un título inspirado en la época dorada de *Weird Tales* encontramos un relato raro, más clasificable en el concepto que su autor define como "ALIENIDAD" que en otra vertiente conocida por la humanidad. Un mundo paralelo donde la conciencia de lo incomprensible o inconcebible se alterna con situaciones convencionales.[6]

—¡Pero el concepto es mío! —le quise discutir.

—No te calentés. Mirá, te explico cómo son las cosas en arte. Sí, vos lo empezaste, pero de un modo muy tentativo, muy inseguro, muy de pendejo; yo le aporté tanta estructura y pensamiento maduro que al final lo hice totalmente mío.

¿Qué podía haber respondido? Por mi parte, estaba seguro de mi autoría en cuanto a la "alienidad", hasta el punto que, en una de mis tantas cartas entusiastas a un fanzine argentino llamado *Copérnico* (donde me aceptaron dos cuentos, los primeros que publiqué al margen de *Vermilion Sands*), hice una especie de llamado a los lectores interesados a colaborar con sugerencias –o mejor con literatura– a lo que podía convertirse en una corriente estética dentro de la ciencia ficción, como lo había sido la new wave en los sesenta y el cyberpunk en los ochenta. Emilio recibió su ejemplar un lunes; se lo prestó a Matías un martes y ese mismo

[6] También es cierto que Emilio tomó la idea de la "alienidad" y la incorporó –consciente o inconscientemente, no importa, están ahí los adjetivos y la referencia a *Wierd Tales*– a la tradición lovecraftiana. Seguramente vale más ese gesto que cualquier tonta pretensión de haber "inventado" el concepto.

miércoles me pasaron a buscar por casa en el auto. Atendimos algunos mandados y, ya de regreso, me interpelaron por aquella llamada a integrar un movimiento.

—Esas son ideas nuestras —dijo Emilio—, nosotros funcionamos de una manera que tenés que entender, porque es la organización con la que vamos a ganarle la guerra a todos los mongochos, y una cosa que no podés hacer es andar abriendo la boca por ahí.

—Y aunque eso de la alienidad no tiene sentido —continuó Matías— y hacen agua por todas partes, son del movimiento nuestro y se quedan con nosotros: con Emilio nos pareció casi una traición lo que hiciste, publicándolo en *Copérnico*.

Iba a empezar a defenderme cuando me interrumpieron.

—…pero sabemos que no lo hiciste de mala fe, así que está todo bien; solamente no sigas adelante, vos escribí lo que quieras sobre la alienidad, pero no lo divulgues a otra gente. A veces nos olvidamos de que tenés dieciséis años, que para muchas cosas sos medio pendejo todavía. Te falta mucho por vivir. Tenés que cogerte una buena mina, mayor que vos, que te haga ver algunas cosas, te explico, y así vas a empezar a entender la vida de otra manera, haceme caso que unas cuantas minas me he cogido. Ciento ochenta según la última vez que me tomé la molestia de contar. Pero por ahora, disciplina.

Matías remató la interpelación:

—La primera regla acá es que no hay que avivar giles —dijo, sin sacar los ojos de la calle.

Fuera del movimiento no sé de nadie que haya hecho así fuese la más discreta referencia a la presunta paliza que le dieron Emilio y Matías a Enrique Richards. En un ambiente tan llorón e hipersensible como el uruguayo, si algo así hubiese sucedido tarde o temprano habría aparecido algún tipo de relato indignado o apelación a la santa hermandad de los escritores en repudio a la violencia física. Pero no fue así. Nadie contó esa historia.

Poco después, además, Enrique Richards tuvo que cerrar Lemuria. Unos años más tarde, a mediados del 2000, recuerdo que acompañé a una novia a un conocido videoclub de Pocitos en busca de ya olvidé qué película japonesa inhallable, y allí estaba el gordo Richards detrás del mostrador. La sonrisa se le había petrificado, pero la intensidad psychokiller de su mirada ya no estaba allí; me reconoció, dijo dos o tres bobadas, me felicitó por mi novela *Desintegración*, me palmeó la espalda y la cosa quedó ahí. Me pareció, eso sí, que los otros empleados del lugar lo trataban con cierto desprecio.

Supe que trabajó después en una tienda de CDs en la Ciudad Vieja y, lo más interesante, que era escritor. Poeta y narrador, de hecho. Emilio y Matías jamás habían mencionado esa, digamos, *faceta*.

Uno o dos meses después de que se publicara mi novela apareció en *45* un artículo que reunía (incluso con una foto cool) a tres escritores que, en ese momento, según podía leerse, estaban practicando un "realismo" que "cortaba con la tradición uruguaya" y acusaba la "influencia" de Bret Easton Ellis, Salinger y Carver. Si bien buena parte del texto (lo había escrito María Inés Larrecreu, una especie de topo gris amarronado que frecuentaba los bares donde se reunían ciertos escritores equipada con una libretita y una lapicera, y así, dicen, escribía sus reseñas) era fácilmente aplicable a mi libro (que, de todas formas, tenía también bastante de "fantástico", sobre todo al final), la nota no lo mencionaba y mucho menos me nombraba, aunque señalaba que "otros escritores menos visibles y más vinculados al movimiento *subte*, con toda su rebeldía ingenua o adolescente, han intentado escribir bajo estos códigos e incluso publicado alguna que otra novelita".

Pasada parte de la predecible calentura noté que uno de los integrantes de aquel trío era nada más y nada menos que Enrique Richards. Vestía una camisa celeste, un pantalón blanco que le quedaba un poco corto y miraba hacia su derecha con una mueca sarcástica, a la vez que pasaba sus brazos por detrás de sus compañeros de foto, que parecían no prestarle atención alguna. Y resultó que el gordo Richards

había publicado una novela muy corta sobre un hombre que raptaba chicas de liceos privados y las cortaba en pedacitos que guardaba en cubitos de acrílico con los que ensamblaba algo así como esculturas anatómicas.

Los otros escritores del grupo de los “crueles”, como los llamaba el artículo, eran Nicolás Roddi y Ariel Stella, a quienes eventualmente llegué a conocer. No es que tuvieran relación alguna con la fantasía y la ciencia ficción uruguayas, pero en tanto frecuentaban Lemuria y eran amigos de Richards, valía la pena contar con su relato de aquellos años. Así, cuando los entrevisté para *Cual retazo del espacio*, me contaron que durante la charla con Larrecreu comentaron mi *Desintegración* y se preguntaron (bueno, sí, pero vamos a creerles) por qué yo no había sido convocado. La periodista, entonces, descartó la cuestión y cambió de tema, tras señalar que no conocía mi nombre ni estaba al tanto de que hubiese publicado una novela sobre asesinos en serie. Quizá, cabe pensar, dado que jamás escribí ni escribiré como Carver o como Salinger, mi incorporación a su tríada se le complicaba un poco.

Desde la aparición de esa nota leí la narrativa de los tres “crueles”, evidentemente un momento importante y valioso del proceso de la literatura uruguaya. Roddi se mantuvo en actividad como poeta y dramaturgo, pero Stella y Richards dejaron de escribir. Ariel se convirtió a no sabría decir qué doctrinas espiritualistas y chamánicas y viajó por Latinoamérica remedando (con más éxito,

según me contó) la búsqueda burroughsiana de la ayahuasca, mientras que el gordo Richards, según supe por Nicolás Roddi, vive en Barcelona y es dueño de una discoteca.

En cuanto a su compilado de relatos Emilio decidió, después de su ruptura con Richards, que el proyecto de lanzar la editorial GulagXXI, era inviable y que si quería publicar su compilado de cuentos debía seguir intentando en el mercado editorial. Así, cuando por fin lo publicó en 2003, el índice mostraba exactamente los mismos cuentos del proyecto original con Nuevo Siglo: "La llegada de la bestia", "Viaje en crucero", "Mundo de dragones", "El hombre en el barro", "Bicicletas", "Las tumbas de la oscuridad", "Las maquinarias del pecado" y "Las moradas silentes". La portada lucía la vieja ilustración de Daniel Fonti, pero nadie cobró un peso extra por ella. En la presentación se reunió casi todo el mundillo cienciaficcionero local, y Emilio pudo darse el gusto de ningunear a Marta Linari ("¿la ves a la Linari ahí? La lengua más rápida de la literatura uruguaya, le dicen. Adiviná cómo hizo para que le publicaran los libros los micos de Nuevo Siglo…") y a Patricia Fernández, que parecía entusiasmadísima con el libro de Emilio en sus manos. Sin embargo trató muy bien a Washington Morales; incluso le regaló un

ejemplar y pasó un buen rato conversando con él, brindis incluído. En cierto momento Emilio se me acercó con el viejo.

—Ustedes se conocen, ¿no?

—Claro —se apresuró a responder Morales—, he seguido la carrera de este joven con gran atención, aunque debo decir que esa novela que publicó hace unos años… no es de mi gusto literario, precisamente. Demasiadas palabras soeces —y sonrió.

Estaba flaco y encorvado, con cierta expresión de miedo incómodo en la mirada. Sus maneras seguían ceremoniales y aparatosas, pero con el paso del tiempo terminaron por convertirlo en la parodia de un viejo almirante arrojado a una silla de ruedas o a una suerte de pesado cyborg *steampunk*.

No lo había vuelto a ver desde mi última visita a su librería, siete años atrás. Dijo un par de tonterías sobre la gestión cultural del gobierno, predijo un nuevo mapa político para las elecciones de noviembre y, después de palmearme en el brazo derecho y hacer otra broma sobre mi novela *Desintegración*, se acercó a un mozo reclamando más vino. Regresó con dos copas; me tendió una.

—Dese una vuelta por la librería en estos días, así conoce el nuevo local, más céntrico; si mal no recuerdo, nunca terminamos sus lecciones de historia.

—No —dije, de inmediato—, pero no recuerdo en qué nos quedamos… ¿Las Malvinas? ¿Los plebiscitos?

—Qué cosa, yo tampoco me acuerdo… ¡en fin! Habrá que empezar de nuevo, ¿verdad?

En realidad me acordaba bastante bien de aquellas charlas sobre historia; eran, con pequeñas variaciones, las que el viejo arrojaba a los oídos de todos los que, por debilidad de carácter —como era mi caso— o por lástima —los menos—, le permitían monologar indefinidamente mientras se balanceaba el mal trago dando cuenta de los sándwiches y la eterna Coca Cola. Al principio todo aquello me interesaba poco y nada, pero luego descubrí que parte de lo que decía el viejo podía servirme de tema de conversación con mi padre o mi abuelo, que, habiendo vivido aquellos años desde una perspectiva diferente a la de Morales, siempre tenían alguna corrección que hacer a mis comentarios. Por ejemplo, si yo iba y decía *porque en la guerra en el interior se vaciaron las ciudades y murieron cientos de personas*, ellos invariablemente dirían sí, claro, pero eran milicos o guerrilleros, la *gente bien* no tuvo nunca nada que ver con todo eso, y aparte lo del "vaciamiento" es una exageración de historiadores zurdos; entonces yo seguía:

—Pero en muchas “casas de familia”, como dicen ustedes, también se organizaron formas de resistencia —a lo que seguía invariablemente *vos qué sabrás de esos años*…

—…había que armarse porque no había seguridad, pero no era porque uno quería enfrentarse a nada, era porque con tanto milico peleando en Tacuarembó contra los rompequinotos de siempre, acá en Montevideo la policía no daba abasto y cualquier vivito te asaltaba en la esquina.

—Pero si las estadísticas dicen que… —retrucaba, y a la tercera o cuarta objeción de mi parte la discusión se acaloraba y yo empezaba a divertirme. *Quién te estará metiendo estas cosas en la cabeza a vo*s, solía decir mi abuelo a modo de punto final a la discusión, y yo me hacía el misterioso.

—Nadie, soy yo que ando investigando por ahí —a lo cual mi abuelo, de haber sido católico, hubiese respondido persignándose.

Al otro día, invariablemente, encontraba en la mesa del comedor algún libro sobre Batlle y Ordoñez o Batlle Berres (a quien mi abuelo había conocido en persona durante su militancia en la lista 15), con una nota de mi abuelo, en su letra cuidadísima, que decía *lee primero esto y luego hablamos;* cosa que, por supuesto, yo jamás hacía.

En cuanto a La cueva del aficionado, después de haberme llevado aquel ejemplar de *The killing joke* mis incursiones se volvieron semanales. Meses

después supe que el viejo —que no podía dejar de notar como le desaparecían los libros— siempre sospechó de mí, desde el principio, y que sabía con certeza que me había llevado aquella historieta. Para mi cuarta visita (*Vidas breves*, de Neil Gaiman, y *Batman-Dracula: lluvia roja*, de Kelley Jones y Doug Moench) llevé un aliado. Mi amigo Adrián se había cambiado de liceo para poder cursar quinto científico; un día me aparecí por su casa sin aviso y lo encontré estudiando con Diego Buongiorno, uno de sus nuevos compañeros. Hicieron una pausa para comer algo y nos pusimos a conversar; resultó que Diego era un gran lector de historietas y fan de la ciencia ficción, al menos de su vertiente visual. Como para ese entonces yo ya tenía cierta idea de las líneas fundamentales de los universos DC y Marvel pudimos conversar de un modo bastante fluido. Le comenté que estaba involucrado en una revista de ciencia ficción muy vinculada al mundo de la historieta; incluso le propuse participar, y le sugerí que podía escribir reseñas o artículos sobre los personajes que seguía más de cerca.

—¿Y vas a lo del viejo Morales, no? —me preguntó.

—Voy, sí —le respondí, y puse cara de que conocía a La cueva desde el principio de los tiempos— es más, pensaba ir mañana, ¿querés venir?

—Buenísimo, yo justo andaba con ganas de comprarme la caja con todos los tomos de *Batman The Cult*. ¿A qué hora nos vemos?

Le expliqué dónde vivía y arreglamos que me pasaría a buscar a las cinco de la tarde. Llegado el momento tomamos el 306 y, en el camino, le conté que desde hacía más o menos tres semanas venía robándole libros al viejo. Había empezado por *The killing joke*, detallé, luego *Batman año uno* y, la semana anterior, *Superman: el hombre de acero*.

—Ah, ¡yo también! La penúltima vez que fui le afané *Gotham luz de gas*. ¿Vos cómo hacés?

Le expliqué que había encontrado un punto ciego a la perspectiva del espejo convexo.

—Claro —me interrumpió—, ahí con los comics porno.

Diego reía con una carcajada demasiado fuerte para mi timidez post-adolescente y paranoica.

—¿No convendrá bajar la voz? —pregunté.

—No creo que vaya ningún conocido del viejo en este ómnibus, ¿no? Bueno, nunca se sabe —dijo, y cambió de tema, pero para cuando llegamos a La cueva (había que caminar un poco después de bajarse) ya habíamos determinado qué se llevaría cada uno y cómo. El tomo de *Sandman* para mí y *Superman Kal* para él. Morales nos saludó con la misma afectación de siempre.

—¡Ah!, ¿son amigos ustedes? —casi gritó— ¡pero qué bien! ¡Dios los cría, como dice el dicho! Pasen, pasen, justo tengo un invitado de honor, les va a encantar conocerlo, especialmente a usted, Stahl.

En la oficina, husmeando en los tesoros del viejo, había un tipo bajito y pelado, vestido con un traje formal muy pasado de moda. Al principio me pareció que se peinaba con uno de esos ridículos *combovers* que más que disimular la pelada la ponen todavía más en evidencia, si es que tal cosa es posible; pero después de mirarlo más de cerca entendí, asombrado, que las líneas que había tomado por pelos en realidad estaban trazadas sobre la piel con una tinta misteriosa que lograba parecerse al cabello.

—Federico Stahl —nos presentó Morales—, Juan Carlos Migliano; Juan Carlos Migliano, Federico Stahl.

Lo saludé. —Ya nos conocemos —dije— pero no sé si usted se acordará. Migliano entrecerró los ojos.

—Sí, comenzó, me parece que sí, de vista al menos ya que no por su nombre… pero ¿de dónde podrá ser?

—De la presentación de un libro que saqué el año pasado, ¿se acuerda? —fingió asentir, como empezando a recordar—, a usted lo convocó Eduardo Peñalosa, mi profesor en un taller de Expresión Oral y Escrita. Hicimos la presentación en el liceo donde estudio, con una obra de teatro, ¿se acuerda?

En ese momento me recordó de verdad. —Ah, por supuesto, me acuerdo que pasé a felicitarlo, un poco tarde lamentablemente; Peñalosa me había hablado de un nuevo muchacho que estaba escribiendo ciencia ficción. Todavía no leí su libro, joven, pero sepa que pronto lo haré y le mandaré mis comentarios con el amigo Washington.

Morales sonreía de brazos cruzados, asintiendo con la cabeza.

—Y ahora está sacando esa revistita, *Vermilion Sands* —dijo—, con la gente de Emilio Scarone, ¿la has ojeado, Juanca?

—Ah, sí, la revista de Scarone —dijo—, no, no la he mirado. Tengo mis reservas sobre ese muchacho, como vos sabrás.

Yo no supe qué decir.

—Dejemos al amigo Federico cometer sus propios errores, Juan Carlos, que es joven y, sabemos, es la única manera de aprender. Si no miranos a nosotros allá por los tiempos negros, negrísimos de la dictadura, y ya parece como si dijera hace dos mil años. ¡Si nos habremos equivocado! Nosotros y el país, la irresponsabilidad del ciudadano de a pie y de la guerrilla altisonante que se enseñoreó con la dizque voluntad de las masas para transitar la vía armada, desaconsejada por cualquier intelecto preclaro del momento, nada más y nada menos que el Ché entre ellos. Porque no solo nosotros nos equivocamos, amigo Migliano, lo hizo todo el país. Pero la pregunta es, ¿aprendimos algo? ¿Qué

sacamos en limpio los uruguayos de casi quince años de poder copado por los bárbaros? Yo he sacado mis conclusiones, por supuesto. Y Juan Carlos también, estoy seguro —Migliano asentía, gravemente, aunque me pareció que el tema lo ponía nervioso—, pero el país… no lo sé. Usted, amigo Federico, usted es joven, todavía tiene mucho que saber sobre lo que pasó en esos años. Un día de estos véngase con tiempo y hablaremos, largo y tendido, y le contaré lo que no está en los libros de historia, ya verá.

Asentí y me excusé. Diego ya había separado los libros del plan, por un lado los que serían robados (juntos al final de la estantería de la DC) y, en la mano, las dos revistas que íbamos a comprar, un número de *La cosa de pantano* para mí y para él un *Superman*, también de Zinco, de los guionados por John Byrne.

—¿No se complicará con ese viejo de mierda ahí sentado? —susurró. Me negué con la cabeza.

—Vos disimulá —le dije, y tomé mi libro, mi revista y –para fingir que lo leía– el enorme volumen de *Las mejores historias del Joker jamás contadas*; llevé todo al rinconcito porno, donde apoyé los libros en mis rodillas, y empecé a husmear una *Kiss Comix*. Cuando sentí que no había manera de que me mirara (el viejo y Migliano estaban discutiendo sobre política) me escondí *Vidas breves* bajo el buzo. No era un libro fino, pero como estábamos en otoño y empezaba a hacer un poco de frío, el buzo de lana y la remera que llevaba por debajo lograrían disimular las

esquinas a la perfección. Me levanté y fingí señalarle a Diego una viñeta del libro del Joker, que tomó (llevaba bajo el brazo su *Kal*) para llevárselo al silloncito rodeado de pornografía. Me acerqué a la oficina con la revista de *La cosa del pantano*, sacando la billetera.

—¡A ver! —comenzó el viejo Morales—, ¿qué nos llevamos hoy? ¿Alan Moore? No me extraña. Todos los jóvenes están enloquecidos con el inglés; yo no sé qué le ven. Pero bueno, algún mérito tendrá.

Migliano asentía con su expresión lenta y grave de siempre. Pagué, esperé que Diego hiciera lo mismo con su revista, saludamos al par de veteranos y abandonamos La cueva.

El martes de la semana siguiente fui solo, dispuesto a escuchar toda la parafernalia pseudohistórica que me había prometido el viejo. Llevé una mochila, pensando que quizá podía tener la oportunidad de hacer algún tipo de *upgrade* a mi técnica de apoderamiento de comics. Cuando llegué no había nadie y Morales limpiaba la vitrina de los tesoros.

—¡Ah, Stahl, bienvenido! Me encontró haciendo las ingratas pero imprescindibles tareas de mantenimiento.

Cerró la vitrina y se sentó en su silla, indicándome que tomara la del invitado. Deje la mochila en el piso y me acomodé.

—¿Viene por sus lecciones de historia? —preguntó, respondiéndose él mismo con un asentimiento de cabeza— bueno, mire, voy a empezar con algo que usted ya sabe: la ciencia ficción es un instrumento de crítica social. Es eso ante todo o, mejor dicho, *tiene* que ser eso ante todo. No estamos viviendo épocas en las que podamos darnos el lujo de pegarnos a la candela atraepolillas del arte por el arte. De modo que si alguno de los vivarachos de siempre le dice que lo que usted escribe es evasión, siempre podrá contar con decirle no, es crítica social. El mejor escritor de ciencia ficción de este país es Juan Carlos Migliano, a quien conoció usted la semana pasada en esta cálida guarida de un servidor; ¿y sabe por qué? Por la sutileza de su crítica social. Yo, si alguien elabora alguna vez este ranking, quedaré segundo. ¿Sabe por qué? Porque no soy sutil. Yo escribí cuento tras cuento, novela tras novela, para denunciar, de la mejor manera que supe hacerlo… perdón, que sé hacerlo, a la dictadura militar y sus secuaces, ¡muchos de ellos todavía en el gobierno, disimulados bajo el poncho de estos blancos pillos! Pero usted, por supuesto, es muy joven. ¿En qué año nació?

—En 1978.

—Bueno, entonces quizá sí recuerde algo. Después de todo, tenía usted diez, once años cuando se fueron los hijos de puta.

Hizo una pausa dramática. Asentí.

—Recuerdo los cacelorazos —dije—, los plebiscitos…

—Mire —me interrumpió— por ahí se dice que pueden distinguirse tres períodos en el llamado "proceso militar". Es mentira. Hubo uno solo: el atropello, el cagarse en el pueblo, en las instituciones y en los derechos humanos. Dicen que no hubo más muertos ni presos políticos a partir del 81, que ahí comienza una "dictablanda". Mentira. ¡Vil mentira! Yo mismo fui preso, dos veces fui preso en esos años. En 1982 y 1984. ¿Qué fecha, verdad? ¿Qué habría pensado Orwell si hubiese vivido en nuestros queridos estados sudamericanos por aquellos tiempos nefastos? ¿Y sabe cuántos murieron en la resistencia, gente que hoy nadie recuerda? Todos se acuerdan de los muertos ilustres, desde el 66 hasta acá, Líber Arce, Vasconcellos, Domínguez, Sapelli, Michelini, Ferreira Aldunate… pero de los que murieron en la guerra, en la guerrilla en el interior del país, 1978, por usar justo el año en que usted nació, ¿quién se acuerda? Bueno, yo me acuerdo. Lea mis libros. Lea mis cuentos. ¿Por qué cree que los publicábamos, Juan Carlos y yo, en *Nueva Dimensión*, en *Procesos Cuasisimétricos*, en *Zikkurath*, en todas esas revistas españolas? Porque acá no se podía; no había quien tuviera los huevos de publicar un cuento mío. Juan Carlos tuvo más suerte, y aparte él escribía también novela policial y estuvo siempre metido de dibujante, pero yo, que me aferré a la ciencia ficción, que me aferré con toda la fuerza que tuve, ¿qué podía hacer? ¿Y sabe qué? Cuando mi esposa pudo visitarme en el Penal de Libertad, después que casi dos meses paséandome por cuanto cuartelcito y base encubierta de los milicos

hubiera por Colonia, Paysandú y Rocha, imaginesé, todo lleno de ratas, humedad y cucarachas, paseándome por todo el subsuelo del país, ¿sabe usted qué le pedí? ¿Ya en el Penal de Libertad, con Mujica y Huidobro, a quienes vi morir como las cucarachas que eran, y con el dignísimo Alto Mando, el alto mando completo del PCU? *Los mercaderes del espacio*, de Pohl, el *Fin de la infancia*, de Clarke y *La penúltima verdad*, de Dick… Dick, mire usted. Tengo entendido que a ustedes los jóvenes les gusta Dick, un tipo que nunca me terminó de convencer pero que en ese libro, *La penúltima verdad*, hay que admitir, le pegó justito a la cabeza del clavo. ¿Lo leyó usted? —asentí—, ah, perfecto, entenderá entonces por qué lo traigo a colación. Acá pasó lo mismo: lo mismo y al revés. Nos mintieron que no había una guerra, primero, y nos mintieron que hubo una guerra, después, con la payasada de las Malvinas, una guerra perdida que armaron los hijos de puta de los milicos de Argentina, y cuando quedaron al borde de desaparecer, los hijos de puta de los milicos de acá, al borde de la derrota, ahí empezaron los pactos, ahí empezaron los plebiscitos, ahí llegó la “restauración”, como dicen los que se llenan la boca con semejante pavada. No les crea. Lo único que se logró con la “restauración de la democracia” fue sepultar de una vez por todas a todos los muertos. Pero con olvido, no con tierra. Y se lo dice un veterano que estuvo a punto de palmar seis veces y que perdió a quince amigos, más conocidos y un hermano. ¿Sabía esa historia? ¿No se la contó su amigo Scarone? Yo tenía un

hermano en el Rio Negro, ¿conoce esa embarcación mítica, verdad?, y a un gran amigo entre los Fusileros, y los dos murieron, ¿sabe? en la Batalla del Cerro, cuando el hijo de puta de Nader traicionó a Zorrilla y disparó desde el Huracán. La Batalla del Cerro, amigo Stahl, uno de los peores momentos de nuestra historia, hermanos abriendo fuego contra hermanos, todo por seguir las órdenes de unos hijos de su putísima madre conspirados para hacerse con el poder...

Se recostó en la silla y respiró profundo, como si tratara de sosegarse.

—Ya vengo —dijo, y se levantó— voy por algo para tomar y picar. Siéntase como en su casa.

Me palmeó el hombro izquierdo y salió de la oficina. Aproveché el momento para levantarme, dar un salto hacia las estanterías y tomar *Las mejores historias del Joker jamás contadas, Sandman: casa de muñecas* y los dos tomos encuadernados de *Watchmen*, en la primera edición de Zinco. Volví a la silla –no sin un libro para hojear, lo que me parecía un elemento importante de disimulo–, metí todo en la mochila, que dejé entre mis piernas y, fingiendo que leía un tomo de *Punisher*, esperé al viejo.

Apareció con una bandeja en la que había dispuesto platitos de queso, aceitunas, papitas, maníes y salamín, más una botella de Coca y dos vasos de vidrio. Hizo lugar en la mesa apartando algunas revistas (todo el mundo le llevaba fanzines al viejo, en general revistas de historietas espantosamente fotocopiadas y

con títulos inverosímiles como *Vieja al agua*) y depositó la bandeja orientándola de modo que uno de los vasos quedase fácilmente a mi alcance. Los llenó, tomó el suyo y lo levantó, una vez más preparando el brindis. Lo seguí.

—¡Por la ciencia ficción! —dijo, como siempre— ¡por la escritura que venga la sangre de los caídos! ¡Sa-lud!

—Salud —repetí, y golpeamos los vasos. Morales siguió hablando mientras yo daba cuenta de la picada (él no probó más que un pedacito de queso y algo de maní), pasando revista a los años y años de dictadura militar. Pero yo ya no escuchaba; deseaba teletransportarme a mi cuarto, abrir mi mochila y mirar y oler y acariciar aquellos libros. ¿Pero qué si se había dado cuenta, pensé, y está reteniéndome como forma de tortura psicológica?

—Ya para el 82, amigo Stahl, los milicos habían logrado dividir, pero les faltó poco para vencer. Les faltó lo que jamás les cederá el pueblo: ese último grano de arena de la determinación inquebrantable de la libertad. Pero la división, como le dije, les dio resultado, y los que doce años atrás habían luchado contra el Pachecato, comunistas, foquistas, socialistas, guerrilleros, maoístas, peruanistas, incluso los demócratas que resistían en nombre de los derechos civiles y la libertad, todos ellos, pobre gente, terminó sospechando de quien tenía al lado, disparando primero y preguntando después. Gloriosos comunistas en cárceles de guerrilleros sucios, los enérgicos pero ingenuos independentistas de Tacuarembó

haciendo la última de sus purgas, la más sangrienta… todos, amigo Stahl, todos pasaron por los momentos más terribles, más inhumanos del siglo XX de nuestra querida República Oriental. Todos. Y el nombre del padre Artigas, querido amigo, invocado tantas veces, se tiñó también de sangre en las mazmorras, en los subterráneos de tanto grupo sublevado que no sabía sino disparar al hermano que debía asistirlo en la lucha pero que difería con la interpretación de una o dos palabritas del viejo Marx. ¡Una catástrofe, querido amigo! No sólo padeció el país la guerra civil más cruenta de su historia sino que, años después, los pocos guerrilleros que sobrevivieron terminaron matándose entre ellos… Y yo, y yo también maté, querido Stahl…

Terminado el discurso se rió forzadamente.

—Pero mire la hora que se hizo, mi amigo, debo haberlo aburrido con todas estas historias de un veterano amargado.

—Para nada, para nada —me apuré a contestar—, siempre es bueno recibir tanto conocimiento de alguien que lo vivió en persona.

Morales asintió y se levantó.

—¿Qué tiene ahí, que no le pregunté? Estaba leyéndolo cuando volví de buscar el copetín. ¿A ver? —y pensé sonamos, este es el primer paso, mira el libro y luego me pide que abra la mochila, llama a la policía y se va todo al carajo— *Punisher P.O.V.*, el punto de vista del Punisher, claro que sí. Jim Starlin y Bernie Wrightson.

¡Qué gran dibujante! *Batman the cult, La cosa del pantano*, sus ilustraciones para *Frankenstein*. Y por lo que veo lee inglés, muy bien. Mire, ¿sabe qué? Por ser un joven tan paciente y escucharme con tanta atención, le voy a regalar ese librito. Lleveseló, cortesía de la casa.

Me levanté y le extendí la mano para saludarlo.

—Pero señor Morales, muchas gracias…

—No es nada, no es nada —dijo, acompañándome a la puerta—. La próxima seguimos con la historia, que siempre es bueno que un viejo como yo, que ha vivido lo suyo, que le ha tocado sufrir más de una mala hora, pueda pasarle a un joven ansioso de aprender el fruto de sus experiencias.

Ya en la vereda lo saludé por última vez. Viejo tarado, recuerdo que pensé, me importa un carajo tu historia, me importa un carajo la dictadura, te robé tres libros carísimos y vos todavía me regalás otro. Claro que *Punisher* —sumergido como estaba en mi etapa DC a pleno— no me interesaba en lo más mínimo; terminé regalándole aquel libro a Diego.

Los asaltos a la librería del viejo Morales duraron cuatro meses, más o menos. Durante el último tercio del proceso ya estábamos robando libros que no nos interesaban y que vendíamos a mitad de precio a Marcos, Matías y más gente del movimiento. También robábamos en otras librerías, aunque con bastante menor frecuencia. De hecho, después de salir de La cueva cargados con el botín solíamos

caminar hacia un hipermercado de la zona, cuya sección de librería estaba por fuera del área flanqueada por las cajas, para llevarnos desde revistas con tablaturas de guitarra hasta los tres tomos de *El señor de los anillos*, que Diego todavía no había leído. Él había dominado la técnica mucho mejor que yo; excepto en circunstancias archisabidas —La cueva, por ejemplo— yo siempre me ponía nervioso e inseguro, así que, en muchos casos, mi función se limitó a curiosear y llamar la atención de los vendedores con preguntas, despejándole el territorio a Diego, que siempre se llevaba algún libro para mí a modo de pago por mis servicios. Recuerdo una librería de la ciudad vieja en la que fuimos atrapados gracias al error estúpido de no notar que había un entrepiso con oficinas y vista al enorme salón con las estanterías; los empleados, que amenazaron con llamar a la policía, en realidad sólo querían darnos un buen susto.

En otra ocasión, Emilio —que decía desaprobar nuestra conducta "criminal"— nos había acompañado. Íbamos a conseguirle un libro de ciencia ficción —*El jardín de las delicias*, de Ian Watson— pero, ya no recuerdo cómo, la situación se malogró y él tuvo que defendernos de los libreros. *Yo soy cliente*, repetía, como si fuera un argumento de peso, acá gasté fortunas, así que no pueden tratarnos de esta manera. Nosotros escuchábamos en silencio. Finalmente, como siempre, nos dejaron ir.

En cuanto al viejo Morales, pronto quedó todavía más claro que sospechaba algo. Llegó a pagarle a chicos del barrio para que deambularan entre los estantes fingiendo que leían comics, complicándonos la elección de puntos ciegos y la manipulación de los libros. De alguna manera u otra siempre nos las arreglábamos para llevarnos algo, pero él seguro tuvo que notar que desde que empezó con aquellas medidas de seguridad el tiempo que dedicábamos a cada visita a La cueva se duplicaba sospechosamente. Morales —que no dejaba de impartirme sus lecciones de historia, como si se hiciera el desentendido de nuestros verdaderos objetivos en su librería— lo habrá tomado como indicio o confirmación; el hecho es que una tarde llamó a mi casa —yo no estaba—, habló con mi padre y le pidió que revisara mi biblioteca en busca de *The killing joke*. El libro no apareció (se lo había prestado hacía pocos días a mi amigo Adrián, en mi cuarto o quinto intento de interesarlo en los comics), lo cual llevó a mi padre a increpar al viejo en plan *cómo se atreve a sugerir que mi hijo es un ladrón*. Morales cedió y pidió disculpas, pero dejó para mí un mensaje muy claro: ya no era bienvenido en La cueva del aficionado. Al volver a casa esa noche me vi capturado en una larga discusión que incluyó varios juramentos de "yo nunca me robé ningún comic" actuados al tope de mis habilidades histriónicas; más que creerme estoy seguro que la opción de mi padre fue dejarlo pasar. Por mi parte, cumpliendo con la orden de Morales, jamás regresé a la librería.

La restricción a las visitas a La cueva también fue extendida a Diego, que tuvo la suerte de ser quien atendiera el teléfono esa tarde en su casa. Privados de nuestra fuente de historietas y, además, del dinero que hacíamos con la venta de comics robados, Diego reaccionó jurando venganza mientras yo aprovechaba el percance para retirarme de esa fugaz pero fructífera carrera en el robo de libros, no sin cierto alivio. También terminaron, por supuesto, las lecciones de historia, que habían cubierto los quince años de dictadura, repasado la lista de muertos célebres y los acontecimientos fundamentales desde la batalla del Cerro hasta el asesinato de Wilson Ferreira, desde el despoblamiento del centro del país hasta los plebiscitos y elecciones internas de los años ochenta. No me sorprendió en lo más mínimo que, cuando lo entrevisté para mi libro, repitiera más o menos las mismas fórmulas con las que me había bombardeado. Sus tesis centrales se mantenían en el carácter político de la ciencia ficción uruguaya (nunca le pregunté a Alfredo si su idea —básicamente idéntica— había sido “inspirada” por el viejo) y, en un contexto más general, la función de crítica social de la ciencia ficción. En la entrevista se encargó de pasar revista a todos los escritores que había leído, desde Migliano, que para él seguía siendo el mejor, hasta Federico Stahl.

—¿Va a volver a escribir ciencia ficción, amigo Stahl? Lo último que ha publicado por ahí es más bien, ¿cómo describirlo? —hizo una pausa— ¿cómo lo describiría usted?

—No lo describo, Morales, lo escribo.

—Buena respuesta. Pero es una pena que no vuelva al género, ¿sabe? Usted tenía potencial; todavía lo tiene, estoy seguro. Juntarse con Scarone no lo ayudó, pero pasado cierto momento estoy seguro de que fue lo suficientemente inteligente como para saber apartarse, ¿eh?

—Emilio fue una gran influencia y un gran amigo —dije. Se encogió de hombros.

—Scarone es un escritor de segunda fila, cuya gran ventaja o gran inconveniente fue doble: el enorme volumen de su escritura, lo cual nos habla de un acriticismo flagrante, y, por otro lado, su incapacidad para pensar las cosas dos veces. O quizá ambos hándicaps sean formas de lo mismo, y fue esto último, Stahl, lo que lo condenó a su amigo tanto en la escritura como en la vida. Todos conocemos sus historias. ¿Dónde está ahora? Supe que se hizo policía; no me extraña que terminara abrazando a la fuerza represora. ¿Alguien sabe dónde terminó?

—Lo ignoro por completo, Morales. Después que desapareció, dicen, pasó un tiempo en Barcelona. Dónde está ahora es un misterio.

—Recuerdo que una vez me dijo que quería morir como corresponsal de guerra… y digo yo, ¿no se habrá pegado un tiro? Eso al menos tendría cierta dignidad. O, mejor, ¿no habrá terminado muerto a los balazos entre los gitanos de Barcelona, que si les mirás la jermu te clavan un cuchillo en la barriga? ¿No se habrá metido en Iraq, en Afganistán, igual haciéndose pasar por periodista? Mire, le voy a decir algo, la gente como él, que vive armando un personaje, una careta, siempre termina mal; me acuerdo cuando Scarone era joven, cuando tenía… qué tendría… veinticuatro, veinticinco años. Venía acá con sus fanzines, sus revistitas, y discutía con los clientes, discutía conmigo, se peleaba con quien fuese que estuviese en La cueva, compartiendo mi mesa, que como usted recordará siempre fue generosa, siempre fue hospitalaria. Lo insultaba al amigo Juan Carlos, que debe ser el alma más buena que hay sobre este mundo pavoroso. Yo ya no sabía cómo tratarlo, pero estaba claro que en algún momento, tarde o temprano, a alguno no le iba a gustar esa vocecita, esa continua, molesta perorata sobre la mediocridad, sobre los débiles, sobre los cobardes, y que alguien tarde o temprano iba a terminar pegándole una piña o algo peor[7]. Y estaba todavía más claro que la suerte que tuvo

[7] De hecho, la única que pudimos *comprobar* de tantas historias de violencia física narradas por Emilio lo incorporaba a él en papel de víctima. Alfredo y uno de los dibujantes de *Vermilion* lo habían acompañado hasta la parada de ómnibus de Uruguay y Libertador; Emilio escuchó o dijo escuchar que dos pibes parados cerca de donde ellos conversaban decían algo como *Cerro puto* o *los de Cerro putos*, y les salió al cruce. *¿Qué tenés para decir de Cerro, manteca, tarado, maricón*? Cuando Alfredo me contó la historia mi primera reacción fue preguntar qué habían hecho él y el dibujante –un gordito al que le gustaba tocar el pelo a las mujeres en el ómnibus; *no se dan cuenta,* decía– mientras le pegaban a Emilio. Resultó que no hicieron nada más que mirar, lo cual es, quizá, un comentario más interesante al personaje de Emilio Scarone (líder del Movimiento Uruguayo de Ciencia Ficción Uruguaya) que el hecho en sí de que se comiera unas cuantas piñas y, justamente, en lo que podría entenderse

de salir bien parado de toda la militancia que hizo se le iba a terminar, enseguida. Y así debió pasar, Stahl, así debió terminar.

Después aclaró que, pese a sus errores, había escrito "un par de cuentos aceptables", entre ellos "Mundo de dragones". Se lamentó del "misticismo" de su última etapa y concluyó que una persona que pasó por sus experiencias, salvo que posea una "entereza mental superior" y una "fuerza de voluntad a toda prueba", termina con "el sentido de lo real totalmente trastocado, viendo *criaturas innominadas del espacio exterior cada cinco minutos*".

—Ahora, lo que hay que reconocerle es esa cosa carismática que siempre tuvo; salvo al final, cuando su daño mental y anímico eran irreparables, cuando apareció en televisión, ¿se acuerda, Stahl?, en aquella entrevista terrible con Hugo Silvermann, claro que se acuerda, bueno, salvo en esos últimos momentos de su carrera, nunca se lo vio solo a Emilio Scarone, siempre supo ser un núcleo, atraer gente joven y valiosa, como usted por ejemplo. Pero era también gente que tarde o temprano se daba cuenta de la demencia que tenía este personaje de Scarone y se apartaba, como pasó con usted, como pasó con ese excelente dibujante Pablo Arismendi, con tantos otros… con Matías Andreoli, por ejemplo. Otro muchacho que prometía, aunque tenía también un costado negativo. ¿Qué fue de él?

---

como una simple y machouruguaya pelea de hinchas de fútbol. Mucho después, ya cuando trabajaba en la policía, Emilio contó que encontró por ahí a uno de los pibes que le habían pegado y que *la venganza fue dulce y sangrienta: lo mandé al CTI con el hígado reventado.*

—Lo entrevisté la semana pasada… se dedica a la astronomía. No sé si recuerda, Morales, que era docente…

—Claro que lo recuerdo, hablábamos de astronomía cuando venía por acá. Me explicaba las últimas teorías de astrofísica, todo eso de las supercuerdas, que nunca terminé de entender. Tenía una didáctica pésima, Andreoli, pero era un gran apasionado de esos temas. Eso, no tengo ni que decírselo, es fundamental. Y no fue mal escritor, en su momento… muy borgeano, eso sí. Publicó aquella novela, ¿cómo se llamaba?

—*El sueño de Tesla*.

—¡*El sueño de Tesla*! Un buen título, no me lo va a negar. Y muy original. Había unos extraterrestres que alteraban la historia humana… un plan similar al de *El fin de la eternidad*, del maestro Asimov, ¿verdad?

—Sí, alguna relación había. Pero eran novelas muy diferentes…

—Sí, sí. Andreoli escribía de un modo un poco enrevesado, si mal no recuerdo… oraciones largas… que pena que ya no se dedique más a la ciencia ficción. Era una cabeza original, ese sí. Se había alejado de Scarone, creo, ¿verdad?

Asentí y le conté parte de lo que sabía de aquel asunto. El viejo respondía a cada anécdota con su carota de suficiencia, como si todos los acontecimientos que le narraba siguiesen una lógica impecable, silogística, que estaba clarísima para él pero que yo aún tenía que descubrir.

5

Una semana atrás me había encontrado con Matías en un bar de Pocitos, dispuesto a arrancar con la investigación para mi libro. No hubo ninguna razón especial para elegirlo a él como momento inicial del proceso, aunque, en cierto modo, sentía que la mayor parte de las interrogantes que quedaban en el aire (desde ¿qué pasó exactamente con el dinero de la convención? hasta ¿dónde está Emilio ahora?) y para las que me sentía en el deber de dar algún tipo de respuesta en mi libro, podían encontrar en los recuerdos de Matías si no una respuesta al menos una serie de pistas.

—Ahora es demasiado tarde como para ponerse a ocultar algunas cosas —Matías se recostó en su silla y crujió los dedos—, pasaron ya tantos años que no tiene sentido ocultar qué pasó. Vos me decís de hacerme una entrevista y yo acepto. Recordamos la amistad que tuvimos, está todo bien, Freddy, realmente está todo bien. Freddy Freeloader, yo te decía así a veces, porque vos rara vez ponías para la cerveza y las pizzas, y Emilio no entendía porque no sabía inglés ni había escuchado jazz. Cosa de putos, decía. Capaz que tenía razón. A vos te tratamos mal en algunos momentos. Emilio y yo. Eso es cierto, quiero que sepas que lo he pensado muchas veces, y ahora te lo digo.

—No importa, Matías, como decís vos, pasaron demasiados años…

—Y me gusta esa idea que tenés, de escribir la historia de la ciencia ficción uruguaya. Está claro que el ambiente cambió mucho. Ya no tiene sentido la pose under que teníamos nosotros. En su momento estuvo bien, en el 89, con el primer número de *Vermilion* el país salía de la dictadura; muchos todavía teníamos ganas de pelear. La caja fuerte en la que se puso el tema de los desaparecidos, como dijo Jorge Batlle años después, la disolución del Frente, todo eso nos dejaba con ganas de más, de seguir en la lucha. Emilio se había desencantado de la política, supongo que no mentía ahí. Eso seguro te lo contó mil veces, pero yo siempre fui de los que pensaron otras estrategias. Guerra psicológica, por ejemplo. Guerra cultural. Por eso me entusiasmó tanto el número uno de *Vermilion Sands*, desde que lo vi en el kiosco, con la tapa de Fonti, la novela corta de Emilio, incluso el cuento del viejo Morales… Quiero decir, cuando armamos el número dos, cuando vos ya estabas adentro, estaba claro que las cosas tenían que cambiar. Con Emilio escribimos dos revistas en las que todo aquel impulso combativo empezaba a sonar vacío… Todo aquello empezaba a no tener la misma importancia... Es decir, la dictadura se terminó cuando vos tenías diez años. Eras un niño; nunca saliste a la calle, nunca sufriste lo que fueron aquellos años salvo de rebote o por, no sé, cuentos que te hacían, y por lo que recuerdo tus viejos eran de derecha o de centro, así que me parece que tenías un campo de fuerza protegiéndote, ¿o me equivoco?

—Es más o menos así, Matías, pero mi tío por parte de madre estuvo preso un tiempo, y se exilió a España. Esas historias llegaban, y mis viejos, si bien eran colorados, estaban del lado antigolpista, a su manera pero estaban; la noche en que entró el ejército en el Palacio Legislativo mi abuelo iba a movilizarse, mi abuela siempre contó que habría salido con una pistola si ella y el hermano no lo paraban. Yo no tenía gran idea de la historia, pero sabía de esos momentos, sabía que murieron políticos, que a otros los metieron presos hasta el 86. Es cierto que nunca salieron a manifestarse, ni mi padre ni mi madre, pero en casa también hicieron sonar las cacerolas, y yo ya era lo suficientemente grande como para preguntar qué estaba pasando. Ahora, que me haya afectado como a tu generación, eso es otra cosa. A mí me llegaron historias, vos y Emilio vivieron todo, y Alfredo, y…

—Eso. Vos y los que entraron contigo o poco después del número dos ya estaban en otra, querían hacer una revista de literatura, eso lo tengo claro; si vos le veías algo combativo a *Vermilion Sands* estoy seguro que se trataba de defender la ciencia ficción como una forma de arte que debía tomarse en serio… o capaz que ni siquiera eso, capaz que eso vos ya lo tenías incorporado y buscabas, por tu camino, otro tipo de revolución. O te chupaba un huevo todo y querías que te publicaran, que es lo más sano, me parece. Pero nosotros, en el 89, en el 90, también pensábamos en algo político. No te estoy diciendo que acepto ese verso del viejo Morales, la ciencia ficción como crítica social, pero es verdad, por otro

lado, que ahora cambió todo. Ahora vos podés escribir por ahí reseñas sobre ciencia ficción y saber que te las van a tomar en serio, ahora todos los académicos hablan de Philip Dick o de Ballard… cosas que en el resto del mundo empezaron en los setenta o en los ochenta al final llegaron acá, y todo el aparato ideológico de *Vermilion Sands*, de Emilio, del movimiento uruguayo de ciencia ficción y fantasía, todo eso se convirtió en un fósil. Había que adaptarse o dejarlo. Yo lo dejé. Y Emilio, bueno, Emilio publicó un libro, Emilio empezó a escribir otras cosas y terminó siendo conocido, terminó siendo leído y recibiendo atención y todo… pero él no cambió. Siempre fue un fanzinero, un adolescente, siempre tenía que putear, que cagarse en Batlle, en los cagones del Partido Comunista, en los Blancos, en lo que fuese. Y lo entiendo, ¿sabés? Quiero decir, un tipo que arriesgó la vida en la lucha armada, que luego viera que se termina la dictadura pero sin una izquierda organizada y, todavía, con una victoria de los colorados, otra vez… y con los blancos ganando en el 94 y… creo que me estás entendiendo.

—Claro que te entiendo, Matías, está clarísimo todo eso.

—Por eso me gusta tu proyecto. Y te voy a contar un par de cosas que en su momento no las supiste; obviamente son cosas que no podés poner en un libro… en otro momento te habría dicho “si las ponés te rompo todos los huesos”, pero obviamente, como te vengo diciendo, el que los tiempos hayan cambiado es tal cual. Yo no leí eso que me comentaste, lo que escribió Kowak, pero puede ser que

tenga razón. En parte, ¿ves? Cierta ciencia ficción uruguaya, que fue la única que se movía en aquellos tiempos, sí era eminentemente política; era la que cristalizó en *Vermilion Sands*, una ciencia ficción escrita porque nos gustaba el género pero también porque era la única manera que sabíamos cómo manejar para cagarnos en lo que estaba pasando, en la derecha en el poder, en el tema de los desaparecidos… en todo lo que hizo a aquella época, un momento que de alguna manera nos hizo a nosotros. Pero eso cambió, o la gente cambió, y ahora los autores nuevos, incluso lo que vos escribís, va por otro lado. La ciencia ficción ya no es política; el libro de Patricia Fernández, el primero que sacó, digo… Yo no te voy a ocultar lo que opino, que vos te podrás imaginar… para mí ese libro es una cagada, y como ciencia ficción no pasa de las cosas más chotas que escribieron autores olvidados de los años cincuenta, los que rellenaban las revistas entre Alfred Bester, Robert Sheckley y los viejos Asimov y Heinlein. Pero también tengo que admitir que fue el primer libro autoproclamado "de ciencia ficción", y todavía de un escritor joven, y todavía de una mina, que recibió atención, que se leyó, que se reseñó, que movió las cosas. Emilio publicó después, no antes de *Manual de instrucciones para un cosmos*. Eso dice mucho. Y también imaginate cómo pudo caerle… cómo pudo caernos algo así. Que una minita de veintipico de años que nunca hizo nada por el movimiento, por ningún movimiento, que jamás fotocopió un fanzine, que nunca había pedido presupuesto en una imprenta ni vendiendo bonos de pre-venta para

financiar una revista o, mucho menos, les hizo la prensa, les, no sé, pegó carteles por 18 de Julio… una minita que no había leído a Ballard o a Herbert o a Shepard o Watson o Gibson, o para mí Benford, Orson Scott Card, Sheffield, una mina que no tenía la menor idea de nada, agarra y hace lo que nosotros no pudimos en… ¿cuánto? ¿Veinte años?

—Pero vos mismo dijiste Matías que eran otros tiempos. Y a esos tiempos se llegó, entre otras cosas, por lo que hicieron ustedes… Quizá sin *Vermilion* o sin los fanzines y los comics, sin el Movimiento, las cosas hubiesen sido distintas…

—¿Vas a escribir una ucronía? Lo que hubiese sido de la ciencia ficción uruguaya si Emilio Scarone hubiese muerto en la guerrilla o si yo me hubiese dedicado de lleno a ser profesor de astronomía, si nadie hubiese sacado *Arrakis* o *Remolque*…

—Al menos voy a dejar claro en mi libro que sin *Arrakis*, *Remolque* y *Vermilion*, pero también sin la competencia, sin los enemigos, sin *Plus*, sin *Alfa Centauri*, sin *No más futuro*, sin todo eso ahora no habría una ciencia ficción uruguaya…

—¿Y la hay?

—Claro que la hay… si mirás las tres antologías de autores jóvenes que se publicaron este año vas a encontrar que, incluyéndome, casi la mitad de los cuentos son de ciencia ficción. O de fantasía. Y si mirás los premios más recientes, de los

últimos años, desde Gandor hasta acá, vas a encontrar que de hecho hay más narrativa fantástica, ciencia ficción o fantasía, que realista o…

—Narrativa fantástica —repitió Matías—, cómo odiaba Emilio cuando alguien hablaba de narrativa fantástica, pero está bien, te entiendo. ¿Pero es *ciencia ficción uruguaya* o *ciencia ficción escrita en Uruguay*? ¿Vale la pena que lo distingas? Pensá que los géneros sirven para ordenar librerías y poco más… ya sé, ya sé, por decir algo así Emilio me hubiese mandado a Siberia, pero mirá, tomá un dato, capaz que ya lo tenés: desde 1973 hasta 1989, o sea a lo largo de la dictadura, la única ciencia ficción publicada fue la que salió en los fanzines de Emilio y en *Plus*, o sea… 1987: cien ejemplares de los fanzines, como mucho. Despues, en el 89, *Vermilion Sands* número uno, quinientos ejemplares; *Próxima Centauri*, lo mismo. Entre el 89 y el momento en que salió el libro de Patricia Fernández, la única novela publicada fue *El sueño de Tesla*, en 1998, y el único compilado de cuentos *No más futuro*; desde el 2003 hasta acá, en cambio, salieron *Manual de instrucciones para un cosmos, Mundo de dragones, Gandor*, al menos cuatro revistas gratuitas que incorporaban comic de ciencia ficción, al menos diez comic-books de fantasía o ciencia ficción, sea por gente independiente o por la editorial de Santoro, y seguro me estoy olvidando de cuentos publicados por ahí o en antologías. ¿Es todo una mierda? Claro. Lo que hacíamos nosotros está diez mil

veces mejor. ¿Y eso importa? No, para nada. Nos importa a nosotros, y así estamos.

—Bueno, es más o menos la misma periodización que manejo.

—Perfecto. Y ahora te cuento lo que te vengo proponiendo. Va a ser bien rápido, después me hacés las preguntas. Primero: la guita de la convención nos la patinamos Emilio y yo, capaz que incluso un poco más él. Lo de las cenas con posibles invitados nunca pasó; el promotor al que contratamos no se llevó ni dos mil pesos; todo pasó a nuestros bolsillos. Emilio pagó deudas y se compró una computadora nueva; yo me compré un auto.

—¿En serio me decís? Pero…

—Dejame seguir. Sé que para vos es una cagada, sé que te mentimos, justo a vos, que era el que más metía para adelante. En Alfredo y los otros nabos me cago, pero bueno, vos sí ponías huevo, aunque recién ahora yo te lo diga o recién ahora yo me dé cuenta.

Hizo una pausa. Miré para un costado, me miré las manos. Busqué al mozo como para pedir algo.

—Pero mirá, eso no es todo. Pensalo desde nuestro lado también; yo puse mi aguinaldo entero en *Vermilion* 2. Emilio no pagaba la luz, no pagaba el agua. Tuvo que robar de la calle y bancarse las inspecciones cuántas… cinco, seis veces. Más que eso. Le cortaban el agua, se hacía el boludo, y a las dos horas la estaba

conectando de nuevo robándola de la calle. Yo no vivía mal, pero le usaba el auto a mis viejos y entre el colegio de la nena y el gimnasio y todos los gastos apenas llegábamos a fin de mes. Estaba cantado: vimos la guita y la agarramos. Pero no como un robo deliberado; pensábamos que con la guita del ministerio y buenas ideas podíamos conseguir diez veces más plata por ahí, para financiar una convención más grande, más de verdad.

—¿Alguien más sabe eso?

—Kowak sospecha, pero no sabe nada porque es un gil. Los demás ni idea, todos creen, como creías vos, que nos estafó el promotor, que se gastó demasiado en relaciones públicas, todo eso. Igual estaba claro que algo no iba bien, por algo el grupo se disolvió ahí mismo, de un día para el otro. Y si yo lo cagué a puteadas a Emilio…

—Justo eso te iba a decir… después, cuando vos te borraste de las reuniones, Kowak me dijo que era por lo de Clara, que Emilio… Y después, cuando Emilio quiso sacar *Dark City*, en el dosmil y…

—Eso tuvo que ver —me interrumpió—, pero no fue todo. Hubo más cosas feas entre los dos; y sé que igual el rumor era que por culpa mía la guita se había ido al carajo. Aparte tampoco me interesaba el proyecto. Aunque no lo creas, Emilio me llamó, me convocó. Me dijo Matías, tenemos esta posibilidad de sacar *Dark City, te explico,* una revista más política, más aggiornada, que Andrés Valenti

iba a poner la guita y que con un número o dos iba a ser fácil hacerse con el control y convertirla en una nueva *Vermilion*. Le dije que no, que ya no estaba para esas pavadas. Se habrá calentado, supongo, porque esa fue la última vez que hablamos… no, perdón, la penúltima.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Unos meses antes que desapareciera. Y es el secreto número dos de Matías Andreoli. Acá va: *El sueño de Tesla* no la escribí yo. La idea era de Emilio, yo lo único que hice fue sugerir personajes y algunos acontecimientos. Él la escribió y me pidió que la corrigiera, que la reelaborara si me parecía que hacía falta, y que después tenía que salir con mi nombre porque algunas de las cosas que se contaban, paranoia pura te darás cuenta, no debían ser asociadas con él. Porque la logia no sé qué de ex milicos y canas, porque los Illuminati y los reptilianos. Así que la retoqué un poco, le añadí un par de episodios, le discutí personajes que no me parecían necesarios… ah, y le cambié una secuencia que era muy tipo abducción OVNI, que me pareció que se volvía un poco pajera como ciencia ficción. Después se publicó. Obviamente yo costee la edición; la mandamos a una distribuidora, regalamos ejemplares a casi todo el mundo vinculado a la ciencia ficción, a gente de Argentina, de México, de España. Bueno, vos sabés la historia…

—Esto cambia muchas cosas...

—Sí, pero vos no lo vas a mencionar en tu libro. Me entendés. Es cosa de códigos. Yo lo negaría todo, además. Es lo que nos enseñó *Archivos X*. Se podrá parecer a una de aquellas imposiciones del movimiento pero yo estoy seguro de que vos entendés que acá sí hay razones. Aunque no las compartamos, ni vos ni yo, por respeto a Emilio. En eso sé que vas a estar de acuerdo. O supongo que vas a estar de acuerdo.

Fingí pensarlo un segundo y le tendí la mano.

—Su secreto, señor Andreoli, morirá conmigo.

—Más te vale.

—Pará. Ahora contame de esa última vez que viste a Emilio. ¿Qué tiene que ver con *El sueño de Tesla*, si la novela ya llevaba unos cuantos años de publicada?

—Tiene todo que ver. Emilio vino a decirme que había leído un libro, publicado en el 94, o sea antes de *El sueño de Tesla*, que tenía exactamente las mismas ideas, pero no a nivel de argumento sino conceptualmente. No sé qué querrá decir eso. Y parece que todo lo que había leído le hacía entender que el autor había pasado por experiencias como las que, dijo Emilio, le habían hecho de inspiración a él. Yo nunca creí en esas historias, lo sabés, para mí los OVNIs, la parapsicología… todo eso es algo que, la verdad, yo detesto y siempre destesté. Aparte esas historias, a vos te las habrá contado mil veces, tienen en el fondo

una… bueno, ahora me arrepiento, claro, pero ¿cómo podía saber que después se iba a ir del país o matarse o lo que fuese?... O sea, no le di ni un átomo de bola.

—¿Y qué libro es?

—*El principio antrópico*, de Gustave Mayhen. *Ah, mirá, Mayhen, qué loco, ¿no?* ponele que le dije, sí, he leído alguna cosa. ¿Escocés, no? No me llama la atención… algo así. Y él me mandó a cagar. Listo. Ese es el cuento de la última vez que vi a Emilio Scarone.

Nunca hubiese imaginado que Emilio era lector de Gustave Mayhen, un autor bastante esquivo que, según se decía, vivía en un pueblito de Mallorca cerca de Pollença. Yo no había leído *El principio antrópico* al momento de hablar con Matías (sí otras de sus novelas, como *Daphne 1980* y *Las Meninas*), pero lo busqué de inmediato y devoré en los días siguientes. Emilio tenía razón: una de las cuatro partes de la enorme novela era una variación de *El sueño de Tesla* con la ciencia ficción bastante minimizada; de hecho, la potencia estilística y la claridad de conceptos de Mayhen convertían a *El sueño* en una mala imitación.

—¿Pero te dijo algo más?

—Sí, que tenía que encontrarse con Mayhen, contactarlo, hablar con él. Ahí tenés una pista, la única que yo te puedo dar.

—Pero eso en el fondo no es nada nuevo, se sabe que Emilio se fue a España. A Karenina le mandó una carta desde Barcelona; de ahí pudo viajar a Mallorca para buscar a Mayhen…

—¿Y después qué?

—Nada, porque Mayhen murió hace dos años, se supone que está por salir la última novela que escribió. No hay salida ahí, pero al menos…

—¿Al menos…?

—Nada. Una idea, nomás —dije—, ficción.

—Ahí tenés —dijo Matías—, la ucronía sobre la ciencia ficción uruguaya se te convirtió en un policial… o sea, el gran enigma… ¿dónde está Emilio Scarone?

Me reí.

—Ah, porque… ¿no era eso desde un principio?

Del resto de la entrevista con Matías saqué pocos datos más; de hecho, su confesión sobre *El sueño de Tesla* (contarlo aquí, lo sé, implica romper ese juramento, pero siempre podremos decir que esto es una novela y que justo ese detalle integra el conjunto de Todas Las Cosas Que Inventé) y el dinero de la

convención era totalmente inutilizable; de todas formas, si bien cuando armé las bibliografías de todos los escritores incluidos *El sueño de Tesla* figuró bajo el nombre de Matías Andreoli, en la sección dedicada a Emilio sugerí que, del mismo modo que Lovecraft instaba a los miembros de su círculo a desarrollar ideas pensadas por él, se había producido cierta "conexión Andreoli-Scarone" a la hora de concebir la novela. Y Matías no protestó. Ni me rompió un solo hueso.

Nunca dejé de pensar, sin embargo, que el enunciado "Emilio Scarone es el verdadero autor de *El sueño de Tesla*" encierra un significado gigantesco. O, dicho de otro modo, que puede pensarse como una clave. Cuando se lo conté a Alfredo, aquella tarde en que hablamos de pornografía y ciencia ficción, con mi libro casi todo el tiempo en sus manos, fingió una risita y dijo que él ya se lo había imaginado.

—Fijate que había escenas, muchas escenas, que se parecían a las cosas que contaba Scarone de sus años en la guerrilla, ¿te acordás?

—Mirá vos… yo no sabía que a vos también te lo había contado…

—¿Y qué pensás, que se iba a callar justo eso?

—Sí, bueno, pero Emilio se lo había contado a Matías, ¿no? Eso fue lo que me dijo a mí… *lo sabés vos, lo sabe Matías…*

…Y vos sos el único que sabe de esto, vos y Matías, además de los que estuvimos ahí…

—Vos, Matías, yo, Marcos, las mellizas…

—Igual no había razón para no aprovecharlas, sobre todo teniendo en cuenta que la interpretación que le daba Emilio a lo que contaba siempre iba por el lado de la novela, del concepto fundamental de la novela, ¿no?

—¡Es lo que yo te digo! —rió.

Después Alfredo ojeó más de mi libro, en silencio. Estaba empezando a oscurecer y llevábamos vaciadas tres cervezas. Tenía un poco de hambre, así que me levanté y caminé hacia el mostrador donde estaban los snacks. Agarré una bolsa de galletitas sabor a jamón crudo, aceite de oliva y tomate, pagué —la chica seguía en el Msn, y ahora pude ver claramente su dirección, que traté de retener en la memoria— y, a mi regreso, lo encontré a Alfredo limpiándose los anteojos. El libro estaba cerrado.

—Hace un rato me preguntaste qué llegué a averiguar sobre Emilio —le dije—, pero, ¿algo te hace pensar que había, que hay cosas para averiguar?

—Hablaste con Andrés, hablaste con Clara, hablaste con Alia, con la madre de Alia, con Karenina, hablaste con Matías, conmigo… hablaste con el viejo Morales, con todos los que podíamos tener las piezas del rompecabezas, ¿entendés?

—Bueno, Alfredo, pero vos asumís que hay un rompecabezas, ¿no? Por qué no pensar que se fue, que cortó todo vínculo con nosotros, que sencillamente… —me detuve.

Alfredo levantó las cejas y llenó su vaso de cerveza.

—Está bien. Yo tampoco me lo creo —dije.

—Porque hay algo que nos hace creer que no puede ser tan simple… para empezar, nunca, nunca habría cortado del todo el nexo, ni con sus hijas ni con nosotros. Lo único que puede haber pasado es que se haya muerto… eso es lo que yo pienso, que lo mataron o se murió, o… no sé, se pudo haber suicidado. Pero yo no sé todo lo que vos sabés, yo no le he preguntado nada a nadie, y vos sí… Es como un laberinto, ¿entendés? Por acá llegás a este otro lado, abrís una puerta, girás a la izquierda y volvés al punto de partida o a otro lugar que parece el punto de partida, pero nunca podés saber si es o no es, nunca podés saber realmente dónde estás… por eso ahora sí, te pregunto a vos, otra vez, ¿qué sabés de Scarone?

—Mirá, yo hablé con toda la gente que vos dijiste y también con los amigos más cercanos, Julio Márquez, Martín Echeverría, hablé con Viviana, no hablé con Pablo Arismendi porque no quiso saber nada con el proyecto ni mucho menos con ponerse a recordar a Emilio, hablé con Karenina, hasta hablé con Daniel Fonti en Barcelona y sí, claro, le pregunté a todos si sabían dónde estaba, si no estaban ocultando algo importante, si él mismo no les había pedido que guardaran algún secreto … les pregunte si era verdad que estaba en España, si en algún momento les había confiado algo, algún plan, algo diferente a lo que decía todo el tiempo… y lo único claro es que en algún momento estuvo en Barcelona. Lo que me dijo

Matías, o sea, que hay alguna conexión posible con un escritor, Gustave Mayhem… no sé si lo leíste.

—No, ni idea.

—Bueno, esa es la única pista. Emilio quería contactarlo y capaz que lo logró; más allá de eso, nada. Daniel Fonti vive en Barcelona, pero dice que nunca recibió a Emilio. No sé, seguro está mintiendo. Julio dice que Emilio le confesó que había intentado suicidarse y me contó algunos detalles, pero tampoco lo creo; es muy, muy Philip K. Dick, pastillas, vino caro, una nota, todo como lo cuenta Dick en *Una mirada a la oscuridad*. Pero por otro lado me consta que los últimos meses, cuando salió en la tele, ¿te acordás?, Emilio sufrió de una depresión bastante jodida. La madre de Andrés le conseguía la medicación…

Nos quedamos un rato en silencio, comiendo las galletitas.

—¿Sólo eso? ¿En serio? —me preguntó de repente.

—Y sí, sólo eso. Lo que vos y yo supimos siempre, lo que Emilio siempre repitió, que antes que morirse de cáncer como su padre prefería que lo cagaran a tiros en un frente de guerra de cualquier parte del mundo. Debe ser la mejor opción, a la hora de ponerse a creer en algo.

Alfredo suspiró.

Me entristecí. Había llegado a despreciar a Emilio, a tomarle el pelo, parodiarlo, imitarlo con malicia, con menos malicia, con un poquito de malicia, a

asentir cuando todo el mundo lo tachaba de demente, de enfermo mental, de resentido social, de lo que fuese. Había llegado a creer en todos esos juicios yo también, de un modo resignado, dolido e intermitente, pero a la vez nunca dejé de visitarlo cuando me llamaba para hacer las paces, nunca dejé de regalarle mis libros sabiendo que no iba a leerlos o que nunca podrían gustarle, de discutir durante horas sus complicados argumentos, sus paranoias, sus teorías conspirativas y esotéricas, sus visiones del futuro de la humanidad incluyendo mejoras genéticas, razas de superhumanos, resurgimiento de la antigua Unión Soviética, ruina y decadencia en términos culturales y evolutivos de los países del primer mundo y toda su continua, delirante y monótona maquinita de ideas apenas esbozadas y luego dejadas de lado, inclusive —de hecho estuve en su casa exactamente al día siguiente de la famosa entrevista con Hugo Silvermann— cuando lo desbordó el misticismo y pareció perderse dentro del personaje-mesías que venía recortándose de todas sus ficciones, de todos sus dictadores futuros, señores de la guerra, traficantes de armas, emperadores y generales, convertido él, finalmente, en la encarnación completa de todo lo que había venido imaginando y escribiendo a lo largo de tres décadas o más, perdiéndose para siempre mucho antes de perderse de verdad. ¿Y por qué? Porque había algo en Emilio que lo volvía inevitable, que parecía llenarnos (uso el plural porque entiendo que los que lo rodeamos de verdad sentimos todos lo mismo, Alfredo, Andrés, quien fuese) de un sentimiento que era

tanto lástima por él como por el mundo, por la posibilidad de que hubiera en el mundo gente como él (o como nosotros, que sentíamos ese apego por Emilio), por el fracaso evidente, por entender que siempre se fracasa, pero también admiración por sus fuerzas, por su ímpetu, por jamás rendirse; un sentimiento que nos conducía bajo la noche de la penillanura a entenderlo como una figura de referencia, una suerte de demostración final de gigantescas proposiciones sobre la vida, el arte y el pensamiento, sobre el dolor y la felicidad, sobre la ética, ideas en las que todos queríamos creer, las viésemos o no con claridad, en las que todos *necesitábamos* creer. Aunque hubiésemos tratado de hacer todo lo contrario, aunque supiésemos que su camino no llevaba a ninguna parte, la presencia de Emilio Scarone dio sentido a nuestros esfuerzos.

Hasta que desapareció.

Hasta que se hizo el vacío de repente en nuestra estructura de pensamiento destinada a comprenderlo y comprendernos, como un vórtice abierto de un instante a otro y capaz de atraer para sí, como un agujero negro, todo lo que veníamos construyendo. Pero también cabe pensar que no podía ser otro el final, que de hecho era el único compatible con la proclama mil veces repetida sobre su voluntad de morir como corresponsal de guerra o en último caso solo, abandonado, escribiendo lo que veía para sí o para la mínima posteridad tramada en última instancia por Alfredo, Andrés y yo recibiendo (pero todavía estamos a tiempo) un

mensaje al estilo de “Emilio Scarone ha muerto, por favor firme aquí para recibir los escritos que dejó a su nombre”; y aquí voy a decir que ese es el verdadero final, que en mí, y supongo que en otros también, existe y existirá siempre esa fe mínima: que algún día leeremos más de Emilio y sabremos qué le pasó todos estos años de silencio.

6

Yo lo intenté. Tenía el pretexto de *Cual retazo del espacio* pero en el fondo buscaba otra cosa, ese último indicio, esa última pista, esa primera pista, esa convicción de que había algo que investigar, un laberinto, como había dicho Alfredo, un enigma. Intenté acercarme a Ana María y a su hermana Ana Laura; después de todo, ambas habían colaborado con los números dos y tres de *Vermilion Sands* e incluso un cuento de Ana María había aparecido en el segundo, así como también reseñas escritas por ambas (en las que se adivinaba con luminosa claridad el estilo de Emilio), justificándose, si se quiere, su inclusión a mi libro. No fue fácil ubicarlas, pero al final, cuando logré hacer el contacto, se negaron a evocar aquellos tiempos, las dos por separado, con los mismos argumentos. No valía la pena revivirlo, dijeron. Lo lamenté mucho; enigmas aparte, una biografía de Emilio (no la brevísima que incluí al libro, sino la que podría haber escrito, quizá la que todavía debo escribir) no podía pasar por alto la relación de pareja formal que mantuvo durante el resurgimiento de *Vermilion Sands*. Algo logré sacar en limpio preguntándole a Clara; sin embargo me quedó claro que todavía guardaba rencor o, en todo caso, que las viejas formas de su resentimiento ya se habían petrificado, y además de resultar inamovibles habían servido de apoyo o sustrato a tantos sentimientos, opiniones y vivencias futuras. Supe entonces que la relación

con Ana María duró más o menos un año y medio, durante el cual Emilio no dejó de convivir y cogerse a Clara. Según Emilio el final había sobrevenido cuando Ana María entendió que él no dejaría de convivir con su ex esposa y madre de sus dos hijas menores, pero Clara me contó que Emilio se había cogido también a Ana Laura y que fue en realidad la confesión de esta la que precipitó a su hermana a abandonarlo, sin vuelta atrás posible. Recuerdo que Emilio, por mucho tiempo, no se resignó al fin de esa relación y se aparecía por la casa de los padres de las hermanas tratando de robarle un instante a Ana María, quizá con la intención de explicarle, de negarlo todo, de intentar un nuevo comienzo. Un día me pidió que lo acompañara; nos bajamos del ómnibus y caminamos hacia el corazón de Punta Gorda. Me señaló una casa enorme, un poco oscura, rodeada por árboles. No sabés todas las veces que soñé, dijo, que en el fondo de la casa había una criatura del bosque, un elemental, que se cogía a Ana María y a Ana Laura todas las noches de luna llena. Le pregunté qué pensaba hacer. Nada, respondió, quiero mirar la casa, nomás, y así nos quedamos, en silencio, parados en la esquina mientras se espesaba la noche.

Y ahora es mi turno para la confesión.

Este es un secreto que he guardado desde los viejos días de *Vermilion Sands*; carece de importancia, incluso para Emilio, supongo, no significaría nada ahora, pero entiendo que es el momento de contarlo y que si tiene algún sentido el proyecto de este libro puedo añadir a esos tenues objetivos de mi narración llevar estos hechos a las palabras, quitándoles la poca vida que les queda. Un sábado de noviembre del 94 llamé a la puerta de Emilio sin haberle avisado que iba a visitarlo; no estaba. Clara me recibió.

—Pasá, pasá. Emilio se fue con las nenas y viene recién a las cinco, más o menos. ¡Pero podés quedarte a conversar conmigo, Chalchal, ¿o no?!

Chalchal era el apodo que Clara me había puesto después de preguntarme como se pronunciaba correctamente mi "apellido" —porque creo que nunca supo que era un pseudónimo—; Ssshhtalll, le dije, exagerando. ¿Cómo? ¿Chal? ¿Chalchal?, rió, y a partir de ese momento no habría manera de apartarla de un chiste que sólo a ella hacía gracia. Esa tarde me propuso ver una de las películas de Emilio; eligió *Corazón satánico*, y después de tirarse en la cama grande que había en el estudio, rodeada por los libros de Emilio, me invitó a acomodarme a su lado. Bastaron esos golpes de su palma sobre el colchón para que yo entendiera lo que iba a pasar; sin embargo, ante mi inexperiencia, los nervios de la situación y la inmensa lista de proezas sexuales de las que Emilio solía alardear (después de las

cinematográficas y las literarias sus lecciones hacia mí, su primer y único discípulo, fueron cómo inutilizar a un adversario en una pelea —*te explico: lo agarrás de la nuca cuando menos se lo esperé y le pegás en la nariz; las lágrimas lo van a cegar, vas a ver, y ahí le pegás una piña en el estómago y se dobla, porque no va a poder respirar, entonces patada en los huevos, piña en la mandíbula que le hace perder el equilibrio para que lo cagues a patadas*— y como demorar el orgasmo en una sesión de sexo especialmente prolongada —*es algo con lo que se nace, pero también lo podés practicar y mejorar; una vez una mina me dijo que seguía haciéndolo cuando fuera viejo seguro iba a tener cáncer de próstata, pero me chupa un huevo*), en ese momento me sentí bastante inseguro. Clara debió darse cuenta, porque lo primero que hizo, después de besarnos y manosearnos un buen rato, fue contarme que todas las historias de Emilio eran mentira, que últimamente tenía importantes problemas de erección y que no se aguantaba ni una décima parte de lo que decía. Yo siempre sospechaba, naturalmente, de todas esas historias en plan *cuando venía para acá me encontré con dos pichis que me quisieron robar en una esquina, así que acosté a uno de una piña y estrellé la cabeza del otro contra la pared; creo que se murió*, pero, por mi inexperiencia, no cuestionaba de la misma manera sus relatos sexuales. De hecho, es posible que el primer antecedente de Alfredo Kowak en la historia de la ciencia ficción porno uruguaya haya sido Emilio Scarone, no sólo por sus relatos (me daba

un poco de vergüenza mostrar la *Vermilion Sands* a mis padres, ya que si leían el cuento de Emilio iban a toparse con varias escenas de sexo), sino por la recurrencia continua a narrarnos (y quizá en esas ocasiones sí era capaz de contar una historia sin perderse en los detalles) sus aventuras con mujeres conocidas y seducidas en el ómnibus, en la calle, en alguna disco y en las casas de sus clientes como técnico en PC, amén de una larga memoria de proezas dignas de las Crónicas del Planeta del Porno, en lugares tan exóticos como la Fortaleza del Cerro y la plaza de los Caídos en la Guerra Civil. Clara me bajó los pantalones y los bóxers y empezó a chuparme la pija; empecé a sentir que no iba a poder aguantarme ni un segundo más. En ese momento tampoco parecieron utilizables los consejos de Emilio sobre serenarse y pensar en cualquier otra cosa; una vez, hablando del mismo tema entre todos los del movimiento, me hizo mucha gracia que Alfredo contara que su técnica particular, como buen metalero de la vieja escuela, consistía en repasar uno por uno los títulos de los álbumes de Black Sabbath: *Black Sabbath, Paranoid, Master of reality,* a modo de letanía. Intenté traducirlo a términos más personales. *Led Zeppelin Uno*: “Good times bad times”, “Babe I’m gonna leave you”, “You shook me”, “Dazed and confused”, “Your time is gonna come”, me repetía, pero poco a poco la idea de Led Zeppelin tocando en vivo, con todas las groupies sudorosas agitando las tetas o cogiendo en el backstage me precipitó una vez más hacia la cabeza de Clara con mi pija en su boca. Estaba a punto de explotar (tampoco

funcionó recordar las canciones del *Sticky Fingers* de los Stones; seguramente estaba eligiendo mal los álbumes y las bandas) cuando Clara pareció darse cuenta y dejó lo que estaba haciendo para ponerse de pie y sacarse la remera. Llegado el turno a las bermudas de jean que tenía puestas se dio vuelta y me miró por encima del hombro con una sonrisa, bajándose despacio la prenda para mostrarme el célebre culo tan alabado por Emilio.

—¿Y? —me preguntó deshaciéndose de las bermudas con los pies— ¿es o no es el mejor culo de Montevideo?

Por supuesto que asentí, pero recuerdo que no pude evitar cierta desilusión prousteana: el culo de Clara era enorme y redondo, pero estaba —como era predecible, después de todo— bastante flojo y caído.

—¿Forros no tenés, no? —me preguntó. Le dije que no; sonamos, pensé, acá se terminó todo. —Bueno, esperame un segundo, voy a ver si encuentro por ahí —abrió un cajón y empezó a revisar pantalones doblados.

—Emilio se piensa que no le reviso los bolsillos —dijo con cara de triunfo, sosteniendo entre el dedo índice y el medio lo que estaba buscando. Lo abrió y se acercó para ponérmelo. El contacto de sus manos y lo que sabía que venía a continuación, pensé, me va a hacer acabar en ese mismo momento. Iba a ponerme a repasar la discografía de los Beatles o el orden de los cuentos en *La máquina preservadora*, de Philip Dick, cuando, sorprendido, constaté que la inminencia de

mi orgasmo parecía haber retrocedido. Clara desplegó el preservativo hacia abajo y después se sacó la bombacha. Me agarró la pija y se la metió. Dejame hacer el trabajo a mí, dijo. Acabé medio minuto después, pero seguía bastante erecto, así que Clara procedió a retomar la chupada. Se me ocurrió que sería una buena idea hacerle lo mismo. Le pedí que se acostara. Nunca en mi vida había chupado una concha pero, una vez más, todas las pornos que había visto tenían que servir para algo. Supongo que podría pensarse (un argumento para Alfredo) en una especie de Quijote del cine triple X, que pretende extender sobre la aridez de La Mancha todo lo que ha visto en tantas películas. Llevémoslo a la ciencia ficción: de tanto ver películas porno sobre hombres con mujeres de especies alienígenas, el pobre Al-Honso Quijanox se lamenta en su planeta solitario de sólo poder coger con humanas y sale en su pobre nave espacial averiada a confundir hijas de vecino con nativas de Bellatrix o Betelgeuse, cuyas costumbres y particularidades anatómicas recuerda a la perfección de tantas enciclopedias galácticas y manuales de sexo cósmico. La concha de Clara, me pareció, tenía gusto al látex del preservativo; aplasté la lengua para rozarla lo más posible mientras movía la mandíbula haciendo un ruidito de cloqueo que, me pareció, la hizo reír. Al rato estaba encima de ella, sin preservativo, repasando los personajes principales de *Dune*, el orden de las Fundaciones de Asimov en la saga completa (*Preludio, Hacia*, *Fundación, Imperio, Segunda, Límites, Tierra*, a lo que agregué *Bóvedas, Sol*, *Amanecer,*

Imperio, *Arena*, *Corrientes*, *Guijarro*) y los temas en el recién salido *Mellon Collie* de los Smashing Pumpkins.

Eran las cinco menos veinte cuando recordamos que Emilio estaba por llegar. Nos duchamos (la puerta de calle estaba trancada con pasador, así que ante una emergencia siempre podíamos inventar cualquier cosa: nada, de todas formas, que me tranquilizara demasiado) y luego Clara se llevó al fondo las sábanas, para ponerlas a lavar. La ayudé a reemplazarlas.

—¿Y no sospechará?

—No, Emilio no registra estas cosas, aparte ya había que cambiarlas.

—¿Y no pensará nada raro de verme acá? —insistí.

—¿Te parece? Mirá, Chalchal, Emilio nunca en la vida te va a ver como alguna forma de amenaza o competencia; esa seguridad que tiene de sí mismo, te juro, es una de las cosas que más me rompen las bolas.

No dije nada, y de pronto cobré conciencia de que había cogido con Clara, la mujer de uno de mis mejores amigos, y que, sin tener en cuenta toda la parafernalia cuasimilitar de la "hermandad" y el "movimiento", aquello podía, *debía* ser entendido (no importaba que Clara fuese en realidad su ex esposa, no importaba que Emilio saliera con Ana María y que, o al menos eso vivía contándonos, se cogiera todo lo que se movía), como una traición. Pero se sintió bien; no pude evitar esa vanidad adolescente de enorgullecerme por haber hecho gritar a una

mujer con mucha más experiencia sexual que yo (bueno, tampoco pensé que ella podía estar fingiéndolo), por sus elogios, por tantas veces que, después del último orgasmo, me repitiera que le gusté desde el primer día que entré a su casa, que le encantaba mi timidez, mi seriedad, mis conocimientos de literatura. Cuando llegó Emilio, a eso de las cinco y media, nos encontró mirando *Corazón satánico*.

—Ah —dijo— ¿ya pasó la escena de Robert deNiro con el huevo duro?

El affaire con Clara se prolongó unos cuatro meses. Pasada la excitación de los primeros encuentros la idea de la traición empezó a desbordar y después de cada sesión con Clara la culpa me llevaba a decidir que debía ser la última vez. Pero estaba claro que jamás tendría la fuerza de voluntad de decírselo. Eventualmente conocí a una chica en una fiesta y empecé a salir con ella; esa nueva circunstancia, sumada a que la relación de Emilio con Ana María estaba deteriorándose a toda velocidad, lo cual lo llevaba matemáticamente a acercarse más a Clara, me permitió encontrar pretextos y reunir las fuerzas necesarias. No se lo tomó mal. Hasta pareció aliviada: *y bueno, Chalchal, qué le vamos a hacer*.

—Igual nunca se sabe qué puede pasar en el futuro, ¿no?.

Ella se rió y asintió. Después todo el trabajo de la convención y el posterior fiasco, que me alejó de Emilio y de los pocos sobrevivientes del Movimiento, lograron que no volviera a verla sino hasta el 2002, cuando nos reunimos en casa de Emilio para planear la revista *Dark City*. Estaba presente todo el movimiento, con la excepción de Marcos, Matías y algunos dibujantes. Marcos se había excusado alegando que tenía demasiado trabajo como para asistir a reuniones semanales y comprometerse a entregar material con plazos regulares, pero que siempre podían contar con sus cuentos ultracortos (ah, claro, eso nos salva la vida, ¡gracias, Marcos!, fue la respuesta de Emilio). La ausencia de Matías era quizá más comprensible ya que, como creíamos entonces, todo el asunto de la convención había terminado por alejarlo. Sin embargo, esa noche me enteré de que en realidad la enemistad de Matías y Emilio comenzó con el descubrimiento de que Matías había estado cogiendo con Clara desde 1994.

—Clarita se fue comiendo a todo el movimiento, uno por uno —me contó Alfredo—… A mí me tiró los galgos pero me hice el boludo. ¿Nunca te cargó a vos? Bueno, qué se yo… eras muy pendejo para ella, obvio.

Clara y Emilio tuvieron otra hija en Noviembre de 2001 y su relación duró hasta 2004; ella terminó denunciándolo por malos tratos y violencia doméstica,

cosa que nunca llegó a probarse. En los últimos tiempos, después de aparecido su libro y de comenzada su “fama” postrera, Emilio viviría con Karenina, la mayor de las tres hijas que había tenido con Clara. A principios del 2005 tuve una breve conversación con ella, mientras terminaba el primer borrador de mi libro. Nos vimos en la casa de su madre, en otro rincón remoto de Montevideo

—Me acuerdo de vos porque mamá te decía Chalchal y yo no entendía por qué —me dijo, muy seria.

—Ah, eso es un secreto —dije, haciéndome el misterioso. A Karenina no pareció hacerle gracia. Después se soltó a hablar de su padre con devoción.

—Es que Emilio era un genio —añadí.

—Lo es —respondió, y se fue sin decir nada a su cuarto. Miré a Clara, que había estado presente durante toda la charla, y casi de inmediato regresó Karenina con un papel.

—Tomá —me dijo— es la última carta que me escribió mi padre; no te la estoy regalando, me la tenés que devolver, pero podés fotocopiarla si querés. A lo mejor te sirve para algo; a mí me sirve para saber que papá está bien y que pronto voy a saber de él.

La carta estaba fechada el 20 de Agosto de 2007, un año después de la partida de Emilio. Le pregunté si conservaba el sobre, para determinar desde dónde había sido enviada. No, dijo, pero estoy seguro de que estaba mintiendo. Dos días

después (y tantas relecturas) le pedí que me permitiera reproducir parte de esa carta en mi libro, pero también se negó. Se la devolví y conservé una copia: hasta la fecha, sigue siendo la última transmisión de Emilio desde el planeta de los monstruos.

7

Y si hubiera un laberinto este sería el centro: estoy caminando con Emilio por la playa del cerro; es un día de noviembre de 1995, el tercer número de *Vermilion Sands* ha salido a la calle y estamos empezando a reunir el material para el cuarto. No sabemos que al mes siguiente alguien nos sugerirá presentar un proyecto a una iniciativa del Ministerio de Educación y Cultura pensada para financiar eventos relacionados con la difusión de los artistas locales; por el momento todos nos conformamos con poner nuestro dinero cuando hace falta, tratar de vender la revista y financiar al menos un número más; no hay mayores expectativas, más allá de las de siempre, ser descubiertos por algún editor norteamericano, ser traducido, publicar una novela, una colección de cuentos, sacar la cabeza de la laguna y mirar hacia el borde del pantano y el comienzo del área de los basurales, hacia la desolación postcyberpunk. Emilio está preocupado porque presiente el final de su relación con Ana María, que llegará en enero; estamos caminando, hablando de autores descubiertos hace poco (Lucius Shepard, Kim Stanley Robinson), música (Emilio ha estado tratando de explicarme por qué es indudable que *Zooropa*, de U2, está profundamente influido por *Neuromante*), mujeres (me explica por centésima vez que le gustan las mujeres de culo triste y mirada grande, y en cierto

tramo del camino encontramos dos ejemplos tremendos de lo primero, a las que intento acercarme pero fallo en convencer a Emilio de una estrategia a dúo) y, ya emprendiendo el regreso, de sus experiencias en la guerrilla.

—Esto no se lo conté a nadie, sólo a vos y a Matías; lo sabemos solamente nosotros y los que estuvieron conmigo, Martín y el negro Julio. Fue cuando los milicos cometieron el error más grande de la dictadura, aquella pelotudez de mover las tropas en la frontera con Argentina después de las declaraciones de Galtieri, cuando ya habían invadido las Malvinas. No sé si te habrán enseñado esto en Historia, pero lo que pasó fue que el gobernador británico de las islas terminó en Montevideo, bastante herido, y pidió que se le otorgara asilo. Los milicos aprovecharon la oportunidad para mejorar las relaciones con Inglaterra y, además, para demostrar una vez más que eran una manga de pelotudos, porque pensaban que podían beneficiarse de alguna manera, al menos por aquel asunto de las aguas territoriales, si tomaban partido en contra de Argentina. También está el tema del Segundo Plan Condor, que, dicen, apareció después de que los gringos hijosdeputa investigaran un poco sobre qué estaba pasando acá en Uruguay, con tantos años de guerra civil y guerra de guerrillas. Pero sobre eso, también, se ha dicho mucha pavada; lo que pasó fue que Galtieri rompió todas las relaciones diplomáticas, y mientras empezaba la contraofensiva inglesa movió algunas tropas de su lado del Río Uruguay, entre Rio Negro y Paysandú. Eso nos vino bárbaro, porque los

milicos mandaron también tropas uruguayas a nuestro lado de la frontera, en plan quién te creés que sos porteño puto, y hubo alguna escaramuza que otra, nada serio en realidad, aunque en Montevideo ya se estaba diciendo que había empezado la guerra con Argentina. Te explico, nosotros aprovechamos para movilizarnos por el centro del País, que era la región más despoblada después de casi diez años de guerrilla constante; Tacuarembó era un desierto, casi toda la gente había abandonado los pueblos y la capital y se habían refugiado en Montevideo, en la costa de Rocha y Maldonado o en el litoral norte. Fue un proceso largo, como te dije, casi diez años, pero para el 82 pensamos que podíamos aprovechar la mala jugada de la dictadura y recrudecer la guerra civil. De todo esto en Montevideo se sabía poco y nada, sólo lo que nosotros transmitíamos o las cosas que escapaban el cerco de información que habían levantado los milicos, una especie de muro que rodeaba todos los departamentos de la costa y el litoral. Esto que te voy a contar habrá pasado por mayo o principios de junio. Yo estaba militando hacía ya tiempo en la UJC, en el brazo armado, como decíamos; teníamos a dos Spetsnaz que habían venido clandestinamente, habían cruzado la frontera en Rivera; me acuerdo del más veterano, un ropero era, enorme el tipo, medía fácil dos metros y pico y le decíamos Kostya porque se llamaba Konstantin, y se reía cada vez que yo le decía Kostya, *y tú me dices Kostya, tovarishch Emilio, que apenas eres un ratón si te paras de puntillas*. Kostya y Rodion nos entrenaron en combate cuerpo a cuerpo,

combate con cuchillo, en técnicas de asedio, sigilo y emboscada; me acuerdo que Kostya me enseñó a tomar vodka de verdad, un vodka purísimo que habían traído de la URSS y que llevaban siempre en unas petacas de plata con una estrella roja, como los MiGs, y la hoz y el martillo en repujado; ¡*na zdorovie*!, decíamos, y nos bajábamos los vasos del vodka que habían traído, el vodka más puro de Rusia, lo tomabas como agua y después te hacía mierda. *Tú presumes de buen beber, tovarishch Emilio, pero yo te reto a conservar más que yo el alcohol, mira*, decía, y bajaba un vaso de vodka, y después yo otro, *na zdorovie*, por Lenin, por Marx, por Engels, por Stalin, por Brezhnev, y después otro vaso, y cantábamos la Internacional, y después de cinco o seis vasos me decía *tovarishch* Emilio, ¿cómo se siente usted? Perfecto, Kostya, como nuevo, y me decía ¿a ver?, párese y camine hacia adelante, y yo me levantaba y ¡tuc! derecho al piso. Nos cagábamos de la risa con Kostya y Rodion, aunque Rodion era más serio. Leía ciencia ficción y hablaba siempre de los Strugatsky, de Vladimir Savcenko, de Iván Efremov, Gurevic, Saparin y otros más que nunca pude conseguir, aunque estaba aquel librito de Bergier, *Lo mejor de la ciencia ficción rusa*, que tenía bastante material. Este día que te quiero contar habíamos salido creo que ocho compañeros, no me acuerdo de todos los nombres, pero estaban Kostya, el negro Julio, Martín y yo; te explico, resulta que por todo Tacuarembó, especialmente en los alrededores de Valle Edén, había una serie de refugios subterráneos que habían derivado de las

viejas Tatuceras de los Tupa, de antes de la dictadura, sólo que nosotros las habíamos mejorado mucho. Las Tatuceras 2.0, eran, pero con las ofensivas del 78 hubo que abandonar casi todas. Igual para cuando yo entré a la guerrilla el plan era ir recuperándolas una a una, y todo el asunto de la guerra con Argentina después nos vino bárbaro, imaginate que en Montevideo se vivía hablando de la guerra con Argentina, cuando la verdadera guerra que peleaba la dictadura era contra nosotros. Nuestra teoría era que con toda la movilización pedorra de tropas tenía que haber menos soldados cuidando el culo del mundo, si es que había algunos. O si los había serían pocos y los podíamos reducir fácil; cada uno de nosotros podía encargarse fácilmente de cuatro, vos ni te imaginás las cosas que nos habían ensañado Kostya y Rodion. Entonces pensamos que era la nuestra y fue empezando el plan de recuperación de las Madrigueras. Todas estas maniobras se hacían de noche; serían como las once, ponele, y ahí salíamos del refugio, atravesábamos el monte y nos preparábamos para tomar la Madriguera. La que teníamos prevista para esa redada era de las vigiladas, pero pensamos que serían pocos los soldados, y de hecho había dos nomás, montando guardia en una caseta que habían levantado ahí hacía un par de años, con cuchetas, una cocinita con primus y una letrina; había un soldado en la caseta escuchando radio y otro por ahí, caminando en círculos. Nosotros estábamos a unos cien metros, más o menos, escondidos en el monte. Bajamos a los dos soldados enseguida; el negro Julio, que igual era el mejor

francotirador, le metió un balazo en la pantorrilla al que andaba dando vueltas, que cayó enseguida. Nunca supe por qué no lo liquidó; Kostya le disparó al de la caseta y lo mató limpiamente, pero el otro gritaba ayuda como loco, así que hubo que silenciarlo de un balazo; Kostya no dudó y disparó. Por un momento no pasó nada; supusimos que los gritos habían sido porque en la Madriguera habría un soldado que había bajado a coger con alguna mina de la zona. Vos pensá que los soldados en esas misiones de cuidar Madrigueras estaban un poco abandonados, hacían lo que querían; pensamos que como mucho habría dos y que no importaba si subían corriendo, que teníamos la ventaja de la mejor posición y estar preparados para abrir fuego, así que bajamos del monte, picamos hacia la entrada de la Madriguera con las armas en mano, y entonces empezaron a salir soldados, uno tras otro, como si fuera un hormiguero. Te explico, las Madrigueras tenían una entrada a un túnel que bajaba unos diez metros, rodeada de unas paredes generalmente de bloques, un poco parecidas a las casetas de los milicos, como la que había ahí mismo, pero mucho más rústicas, sin nada más que paredes y techo; la idea era que podían servir para defenderse, para apostar unos cuantos soldados y disparar hacia afuera si era necesario. Y eso fue lo que hicieron. Empezaron a masacrarnos; el negro Julio cayó herido en un hombro, se quedó cuerpo a tierra mientras otros de los que habían venido con nosotros disparaban a la entrada de la Madriguera y caían, casi todos muertos. Estábamos a medio camino entre el objetivo y el monte, así que no

tenía sentido tratar de huir. Miré a Kostya y a Martín –el negro Julio seguía en el suelo y de los otros quedaban dos en pie nomás– y en el acto todos nos rendimos. Cinco soldados salieron de la Madriguera y nos apuntaron; dos fueron a levantar al negro Julio y lo arrastraron hacia la entrada, a la que nos llevaron también a nosotros. Imaginate las puteadas, comunista de mierda, vendepatrias del orto, todo lo que te puedas imaginar; los tenían bien adoctrinados a los soldaditos. Uno le arrancó una medallita de oro con la Hoz y el Martillo a Kostya justo mientras los demás bajaban por la escalerilla, todos menos el negro Julio, que quedó tirado en el piso. Nos habían desarmado y atado las manos a la espalda, entonces nos hicieron bajar hasta los túneles y nos dimos cuenta de qué mierda pasaba, por qué había tantos soldados. Parece que ahí funcionaba una cárcel; te podrás imaginar que nosotros, los de la UJC, no éramos el único grupo guerrillero que operaba en el interior en ese entonces; había por lo menos cinco de los que se sabía y muchos más de vida efímera, que conducían un operativo y luego se desintegraban, formando grupos nuevos o fusionándose con otros. Y allá abajo había por lo menos quince guerrilleros, los tenían en unas piezas llenas de mierda y meo, en harapos, haciéndolos dormir en unas casuchas como de perro, unas jaulas del tamaño mínimo para que entre una persona. Sonamos, pensé, nos quedamos acá para siempre. Entonces apareció un oficial, nos miró, me preguntó cuántos años tenía y le dije diecinueve; me quedó mirando, no me mientas comunista de mierda, me

dijo; diecinueve años, le repetí, mirándolo a los ojos. Entonces pasó a Martín y le hizo la misma pregunta. Dieciocho años, le contestó, y nada más. Después se paró frente a Kostya, le hizo unas preguntas y no tuvo respuesta. Se notaba que lo trataba de otra manera, así fuese porque el ruso era un tanque, te podrás imaginar. Entonces miró a unos soldados y les dijo a todos me los pasan por las armas, uno por uno. Y hay otro arriba mi coronel, le dijeron, que está incapacitado por una herida en la pantorrilla. A ese también me lo fusilan, carajo, dijo el oficial, y añadió al ruso arriba, y a los dos pendejos también, ahora; a los otros me los guardan en las jaulas del fondo, me los tratan con cariño y me los fusilan mañana a primera hora. Nos hicieron subir a culatazos; yo imaginate cómo estaba, o sea… no tenía ni veinte años y ya me iban a pegar un tiro… Y una vez arriba agarraron a Julio y lo empujaron contra una de las paredes de la construcción que rodeaba la entrada a la Madriguera. En total eran tres soldados arriba, todos con fusiles. ¡Primero al grandote!, gritó uno, y mirá la ignorancia de estos tipos, mirá cómo los tenían adoctrinados *¡al ruso podrido que vino a romper las bolas a la patria!*, se mandó. Los otros lo quedaron mirando, en una de esas pensando y a este qué mierda le pasa, qué se cree, pero igual empujaron a Kostya contra la pared. Sacó pecho, empezó a hablar en ruso. A mí se me caían las lágrimas. Estaba cantando algo, no sé qué, o en una de esas recitando, y de repente SLAM!, el disparo de los tres fusiles. Cayó en seco y yo sentí que el mundo se nos venía abajo. Ahora el

petiso marica de rulos, gritaron. Era yo. Me empujaron contra la pared, casi me hicieron pisar el cuerpo caído de Kostya , y entonces cerré los ojos, los apreté bien fuerte y sentí que preparaban las armas. No sé qué pensé, en mi madre, en mi padre muriendo de cáncer, en cuando jugaba de chico en el jardín, cuando miraba la tele, cuando leía las novelitas de ciencia ficción de Bruguera... Y sentí de repente un zumbido, un biiiiiiiiiiiiiiiiii que creció hasta hacerme partir la cabeza de dolor. Caí de rodillas y abrí los ojos. Los soldados también estaban en el piso y habían soltado las armas. Se babeaban y hacían sonidos… *squitter squitter skweach*; Martín se llevaba las manos a los oídos y el negro Julio me pareció que estaba desmayado. No entendía nada. Me levanté y caí un par de veces, pero logré acercarme a donde estaban los soldados retorciéndose de dolor. Yo no podía más. El zumbido parecía salir del centro de mi cerebro, me atravesaba todo el cráneo y todo el cuerpo como un cuchillo que me frotaran por los nervios. Una sensación espantosa, te juro, de lo peor que sentí jamás. Pensé en agarrar los fusiles pero quedé paralizado. En el cielo había una cosa volando; uno puede pensar en una nave espacial, leer mil cuentos, ver mil películas y estar seguro de que vio, leyó o imaginó todas las formas posibles que puede tomar una nave espacial, un plato volador, una esfera, un vehículo más aerodinámico, cualquier cosa, cualquier forma; pero lo que vi no sabría describírtelo. Te explico: parecía una mantarraya flotando en el aire; los bordes estaban hechos de unidades más pequeñas que

circulaban, que migraban por el contorno del vehículo. Es decir, supongo yo que era un vehículo, podía haber sido también un extraterrestre en sí, que podía volar y posarse justo ahí, arriba de nosotros, sobre la Madriguera. Ahora el ruido parecía haberse estabilizado, y no te digo que me acostumbré, porque supongo que eso sería imposible, pero sí que pude moverme mejor y orientarme. Pero a la vez no podía sacar los ojos de esa cosa que extendía las alas sobre nosotros, a unos veinte metros de altura como mucho, o capaz que más, no sé, era también un tema de perspectiva el tamaño que podía tener o el que aparentaba tener. Y empezó a brillar. Una fosforescencia como de alga o de algún animal marino, y brilló y sentí que enfocaba esa luz, que afinaba el haz de luz hacia mí, que me impactaba justo a mí en la frente y ahí sentí un aluvión de datos, de conceptos, de imágenes, como si la cosa quisiese comunicarse conmigo; al principio era como estar totalmente saturado pero poco a poco empecé a entender pautas. La cosa voladora o nave espacial estaba diciéndome que habían intervenido porque necesitaban salvarme, porque yo iba a tener algo muy importante que hacer. Y vi el futuro, es algo que no te puedo explicar, sentí cómo iba a ser el futuro, todo comprimido en pocos segundos, en un instante que contenía veinte años, y supe que no me iba a morir en Uruguay, y supe más cosas que después olvidé, que ahora no te podría repetir porque no puedo acordarme, a lo mejor con alguna sustancia o bajo hipnosis en todo caso, pero que en aquel momento, en las horas que siguieron a la experiencia,

estuvieron clarísimas en mi mente. Después de unos segundos la nave se fue, desapareció en dirección a los cerros. ¿Vos lo viste?, repetía Martín, ¿vos lo viste? Sí, sí, le dije, vámonos al monte rápido, y entre Martín y yo lo cargamos al negro como pudimos, pero estoy seguro de que los soldados que estaban adentro de la Madriguera también fueron afectados por la nave y por eso no salió nadie más y nadie nos persiguió. Entonces nos abrimos paso y llegamos horas después al refugio. La luz te apuntó a vos, me decía Martín. Julio ya se había despertado, pero no decía una palabra, y no se lo escuchó hacer ni un sonido por días. Cuando finalmente pudo hacerse entender juró que nunca en su vida iba a hablar de lo que había visto, que ese secreto iba a morirse con él. Pero Martín no dejaba de preguntarme qué viste, qué sentiste, qué te dijeron. Cuando llegamos al refugio yo me desmayé. Pasé con fiebre los tres días que siguieron; deliré, dije cosas que después me contaron y que todavía hoy me hacen cagar de miedo, y que parece que también hacía que quienes las escucharan se pusiesen como locos, como si se los comiera el terror, y cuando me recuperé había olvidado casi todo. Me quedaba nomás esto que te conté, el zumbido, la luz, la idea de haber visto el futuro y esa misión que todavía tenía que cumplir. El comando de nuestra guerrilla optó por silenciar el hecho y eliminar de la lista inmediata aquella Madriguera, aunque muchos sugirieron hacer una ofensiva más grande para liberar a los presos. Yo sabía que tenía que volver; es más, sabía que algo más había pasado, que

probablemente abajo también habían sido afectados por la nave. Los soldados que nos iban a fusilar nunca se levantaron mientras estuvimos ahí, antes de perdernos en el monte; yo tenía la certeza de que habían muerto, que el alien fue capaz de matarlos a ellos y dejarnos con vida a nosotros. Entonces una noche nos abrimos camino por el monte y llegamos a la Madriguera. Habían pasado dos semanas. Los cuerpos de los dos soldados todavía estaban ahí y también el de Kostya. No necesitamos decirnos nada entre nosotros; bajamos del monte y tomamos las armas que todavía estaban allí tiradas, los tres fusiles. Martín se paró ante la entrada a la Madriguera. No puedo, me dijo, no puedo bajar, pero sé que abajo están todos muertos, todos, los soldados y los compañeros. Le dije que yo tampoco podía bajar, pero que todavía tenía algo que hacer. El cadáver de Kostya estaba bastante descompuesto, imaginate en el campo, con el monte ahí nomás; le faltaba un brazo, tenía un boquete enorme en el abdomen y las piernas roídas. Pero no me importó nada. Metí la mano en un bolsillo, sabía bien en cuál, y saqué la petaca, todavía llena de vodka, el vodka que Kostya había pensado que iba a tomarse después del éxito de la misión. Me guardé la petaca y le dije a Julio, que estaba parado ante la entrada de la Madriguera, pálido de miedo, ahora sí Julio, podemos volver. Y volvimos. Y esa petaca la llevé en todas las misiones mientras permanecí en la guerrilla, hasta que me hicieron volver, primero a un plenario de la UJC en Pando, que fue cuando dejé de militar porque escuché a uno de los jerarcas decirle a otro,

a un tipo que ahora es diputado, lo que nos hace falta acá es un mártir. Y el otro, el que te digo que ahora es diputado le dijo fijate cómo se puede arreglar que la gente se entere de la muerte de uno de estos pendejos. La frase me asqueó, como te podrás imaginar, y largué todo a la mierda. No fue fácil, claro, me siguieron, me persiguieron, me asediaron durante años, o sea, ellos y los milicos, y después los judíos sionistas del orto, y los cipayos de mierda, pero a mí me importó todo un carajo e igual saqué los fanzines, igual saqué las revistas, igual dije todo lo que siempre pensé, igual me cagué en los yanquis, igual dije que la caída de la URSS fue lo peor que le podía haber pasado al mundo; eso y mucho más, todo lo que pensé lo dije, nunca me callé nada ni me creí ninguna amenaza. Y acá estamos ahora. Estoy vivo gracias a esa nave alienígena que me aseguró que tenía un destino, que el futuro dependía de mí. Entonces acá estoy, esperando, y la petaca de Kostya todavía la tengo en casa, bien guardada, como el mejor tesoro de aquellos años. Y vos sos el único que sabe de esto, vos y Matías, además de los que estuvimos ahí. Mi conclusión es que ese alien lo que está haciendo es modificar la historia humana; en otro universo yo me moría ahí, en Tacuarembó, pero las consecuencias de esa muerte creaban un futuro que por alguna razón a estos aliens o bien no les conviene o bien entienden que es malo para la humanidad; entonces lo alteraron, hicieron que no me fusilaran y entonces estoy acá, con todas las revistas encima, con todos los cuentos y novelas, esperando que

me llegue el momento de hacer eso que tengo que hacer; porque por ese entonces yo todavía no escribía; leía mucha ciencia ficción, sí, pero no me había animado a escribir. Empecé a querer ser un escritor después, ya cuando estaba por dejar la militancia. Y esta idea que te cuento se la conté a Matías; es la base de la novela que está escribiendo, *El sueño de Tesla*, en la que unos extraterrestres modifican la historia humana para facilitar la invasión. Yo no te digo que lo que pasó conmigo sea exactamente eso; a lo mejor los aliens en realidad son humanos del futuro que están arreglando la historia, eso también es posible. ¿Y sabés qué más? Poco a poco siento que me voy acercando, que el momento para el que fui salvado se acerca.

8

Vuelvo una y otra vez sobre esa historia: ahí está el nudo, ese fue el momento que jamás pude dejar pasar, que jamás logré digerir. Así, como un error que se arrastra, como ante una irregularidad en un sistema que a medida que pasa el tiempo acumula más y más consecuencias, fluctuando en las ecuaciones como un cáncer o un obstáculo en la corriente de un rio que pronto, gracias a todo lo que transportan las aguas, troncos, animales muertos, desperdicios, terminará por generar una presa, una barrera insalvable, cada vez que recuerdo a Emilio lo veo esa tarde en las calles del Cerro, hablando desde cierta tristeza fundamental, entendiendo que está inerme ante su propia locura, ante el convencimiento absoluto que tenía de haber vivido esa experiencia, de haber sido salvado, de tener un destino. Pero está claro que una parte de mí quiere creer; no necesariamente en extraterrestres y mundos paralelos sino creerle, creer que no está mintiendo, que él tiene para sí, para su mente, su carne, sangre y huesos que aquel momento fue real. Y sí, descartarlo como una mentira, como un signo más del profundo desequilibrio mitómano de Emilio Scarone, me pareció siempre una traición, la salida más fácil, propia del tipo de mente que siempre detesté, la que busca las soluciones fáciles, la

que cree conocer a las personas casi al instante y se precia de ser buen juez de carácter e interpretar a la perfección todos los dichos y las acciones, siempre bajo las pautas de sus conceptos firmemente establecidos, inmóviles, clavados al piso.

Esa era la verdadera traición para mí: aliarme con el pensamiento “correcto” o “sensato” y bajar el telón sobre todo lo que pudiera decirme Emilio a partir de allí, desvaríos, locuras y mentiras.

Podría entonces escribir a Emilio, volver a crearlo, a inventarlo en el sentido de que, ante ciertas vidas o historias, la ficción es la única estrategia posible, la única manera de acercarse a cierto núcleo fundamental de la vida que se intenta… ¿Que se intenta qué? ¿Explicar? ¿Comprender? ¿Conservar? De poco sirve la investigación, indagar en todas las fuentes, armar a la “persona” a través de todas las facetas, de todos los reflejos en los demás, en los alcanzados, los tocados, los deformados; de poco sirve que haya hablado con tantos de sus amigos y conocidos: el misterio de Emilio es doble: el de todos nosotros, el fundamental a toda vida, a toda conciencia, y el proliferado alrededor de aquella historia de guerrilla, haya sucedido o no, haya sido lo que haya sido: signos suyos todas las mentiras de todos los días, la nube de asteroides que aparecía en los radares cuando Emilio se acercaba. Su desaparición es una consecuencia de ambas; dónde está ahora es quizá una pregunta sin sentido. No podría estar en lugar alguno.

Y aquel día también me contó de la muerte de su padre. El viejo llevaba días acostado en la habitación principal de la casa, largando un olor horrible, vomitando sangre y quejándose todo el tiempo mientras Emilio leía una novela barata de ciencia ficción sentado entre las plantas del jardín; entonces escuchó un grito y corrió hacia la habitación. La cara de su padre se había convertido en una roca tallada por las olas, dijo, inmóvil para siempre en un gesto de horror.

Después habló de un mensaje alien que había descifrado a los diecisiete años.

O fue del cuento de ciencia ficción sobre una ucronía en que la revolución cubana se expandía por todo occidente. Se lo mandó por correo a Castro y la respuesta no tardó en llegar: *espero que sigas escribiendo así de bien en el futuro, muchacho.*

9

Quizá haya una lectura posible de esta novela que atienda a la figura que trazan (o deberían trazar) las piezas perdidas y los cabos sueltos; en cuanto a Martín y Julio, amigos de toda la vida de Emilio, los entrevisté hacia la mitad de mi investigación para el libro, poco después de mi encuentro con Matías. Julio se mantuvo bastante parco a la hora de responder; le pregunté por los años de la guerrilla y se limitó a asentir, a corroborar alguna fecha y a confirmar historias contadas por Emilio.

—Estoy seguro de que se suicidó —concluyó—; un tipo como Emilio no está hecho para este mundo; y él ya había hecho un intento. Se bajó un frasco de pastillas con un vino tinto caro; lo eligió y compró expresamente. Dijo que también escribió algo ahí, un papel que apoyó en el pecho cuando se tiró en la cama. Pero pasó el tiempo y no se murió el hijo de puta, así que manoteó el teléfono para llamar a la farmacia de acá a la vuelta, la que atiende la gorda Inés, que siempre fue gente de primera. Ella sintió algo raro en la voz de Emilio y mandó al pibe de los mandados, que cuando tocó timbre y no le abrieron se animó a meterse en la casa. Encontró a Emilio en un vómito solo, como sonámbulo, y gracias a que llamó enseguida a la emergencia lo pudieron salvar…

Martín, en cambio, si bien evitó hablar de los años de guerrilla, me dio bastante información sobre los ochenta y los primeros fanzines, sobre las lecturas de Emilio por aquellos tiempos, su contacto con sociedades de ufología, sus viajes a la estancia La Aurora y las notas que estaba tomando para su *La novela de las tinieblas.*

—¿Y de eso te dijo algo más? —le pregunté.

—Mirá, llegó a terminar un borrador de los cuatro primeros capítulos; dos años antes de que se fuera me lo dio, está en casa. Nunca lo leí, por respeto.

Le pedí que me enviara una copia al mail. No fue fácil convencerlo, pero explicándole que esa información era imprescindible para armar una imagen lo más exacta posible de la trayectoria intelectual de Emilio, y así hacerle justicia incluso cuando él ya no estaba allí para apreciarlo, terminó por ceder. Esa misma noche apareció el archivo .doc de la novela en mi correo. Y la lectura arrojó el resultado imaginable: estaban todas las teorías conspirativas de Emilio, todas sus experiencias, todas sus conclusiones. Esencialmente lo mismo que había dicho en el programa de televisión de Hugo Silvermann, que toda la historia humana es producto de maquinaciones extraterrestres, que en realidad lo que llamamos extraterrestres son formas derivadas de un estado supraindividual de la especie humana en plan mente -colmena, que había al menos dos facciones de esas formas supraindividuales, que a veces se nos aparecían en visiones destinadas a hacernos

obrar, que él, en los viejos años de la guerrilla, había sido contactado por una de esas formas, que había accedido a una de esas mentes años después gracias a sus experimentos con alucinógenos y que había tenido una visión vastísima del pasado, el presente y el futuro de la humanidad, el fin último al que el programa alienígena iba a conducirnos, que todo el universo que percibíamos era una realidad virtual producto de la *unimente*, la conciencia de las galaxias, los restos de la unión mental de la primera especie inteligente surgida de la primera generación de estrellas. *La novela de las tinieblas* estaba presentada como "las confesiones de Emilio Scarone, escritor", y abundaba en referencias a su obra, fácilmente reconocibles todas ellas, especialmente en cuanto a *El sueño de Tesla* y al proyecto de ucronía que me contó en nuestro último encuentro. Allí aparecía mi nombre y el de Alfredo, Matías, Marcos, Clara, Karenina, Julio, Martín y tantos otros. Todos teníamos una función en la enorme estructura que había vislumbrado; yo me imaginaba en mi casa, como al final de VALIS, de Philip K. Dick, mirando la televisión, buscando señales, esperando, cumpliendo mi misión.

Y ahora que menciono a Philip K. Dick recuerdo las dos o tres historias contradictorias que Emilio inventó para explicarnos o explicarse por qué no había

llegado a conocer a Dick cuando visitó Uruguay en 1992. Entiendo, recién en este momento vengo a entender, que en esa o esas mentiras obró cierto (y fugaz) buen tino de Emilio como narrador, en tanto la escena del encuentro entre Dick y Scarone, el apretón de manos, la charla sobre gnosticismo y conspiraciones y la *Unimente* en su interacción con el Multiverso, era tan redundante que cualquiera pensaría que o bien la visita de Dick a Uruguay debía ser un invento de Emilio o bien que él mismo era un amigo imaginario de Philip Dick, una variación de sí mismo, un alter ego sudamericano y un poco más podrido por los maltratos del cosmos.

Entonces llegamos al segundo límite. Estoy con Emilio, en su casa, hablando de la ucronía que está escribiendo, en la que los nazis han triunfado y Sudamerica se ha convertido en el campo de batalla donde se miden las fuerzas del Reich con la última Resistencia.

—Yo esto lo soñé —dice— lo percibí, es real, es un mundo que existe y desde el que están enviándome información para que yo escriba esta novela, y está claro que es el lugar donde volcar todas mis experiencias en la guerrilla, es más, te explico: en ese mundo yo soy el comandante de una unidad de resistencia que hizo su búnker en Tacuarembó, porque fijate que… —y pasa a detallar su cronología

ficticia para este mundo: Hitler no invade la Unión Soviética, concentra sus fuerzas en la Batalla de Inglaterra y vence, descubre el Proyecto Manhattan y elimina a sus científicos principales, la guerra se prolonga hasta el 48, cuando Estados Unidos, tras haber sido derrotado en el Pacífico, capitula en el frente Europeo tras el fracaso del intento desesperado de retomar Francia; en Sudamérica, Argentina se había declarado aliada del Eje; Uruguay, que insiste en su neutralidad, es ocupado. Todas las etnias originarias del continente son recluidas en campos de exterminio; Brasil, Bolivia, Paraguay y Perú son despoblados; la Patagonia, hacia los años 50, es elegida para proyectos científicos que involucran viajes en el tiempo y experimentos con universos alternativos.

—Hasta ahí llegué —dice—, tengo que detallar más elementos históricos y decidir cómo van a figurar los hechos históricos, si a modo de telón de fondo, como en *El hombre en el castillo*, o de una manera más expuesta, como en *Pavana*. Y voy a usar muchos elementos de la novela que vengo escribiendo, dejando, reescribiendo y corrigiendo desde hace más de diez años, *La novela de las tinieblas*, que ya debo haberte mencionado.

—Sí, y también lo mencionaste anoche…

Es mi segundo intento de llevarlo al tema de la entrevista con Silvermann. Emilio lo elude con desdén, como si no fuera relevante. Quizá no es consciente del ridículo que ha hecho; si se lo señalo sin rodeos sé que me responderá que todo es

parte de su plan, que exageró su personaje de siempre para asustar al conductor y llamar la atención de las dos o tres personas "en este país de mierda" que podrían entenderlo. Ya no sé si me cuenta entre esa minoría.

—Lo que todavía tengo que investigar —continua— es todo el aparato esotérico de los nazis; tengo en la computadora el libro de Robert Ambelain, *Los arcanos negros de Hitler*, deberías leer algo de eso. Mirá, te explico, no se trata sólo del asunto de la tierra hueca y convexa, tenés también el asunto del koreshanismo y la posibilidad de que, no te digo lo de la Tierra, porque eso es claramente una estupidez, sino que muchos datos científicos, o datos que asumimos como probados por la comunidad científica, no sean más que una conspiración para ocultarnos la realidad y dominarnos en la ignorancia. Justo de eso se trata la novela que vengo escribiendo hace años, *La novela de las tinieblas*, pero como llevo demasiado tiempo estancado y necesito algo diferente para ponerme en movimiento, me pareció que dándole una forma más ficcional podía tener la chance de emplear muchos de esos conceptos de otro modo. ¿Y qué mejor que una ucronía? Vos sabés que siempre me gustó… ¿te acordás de aquella que había escrito, en la que los espartanos vencían en las Termópilas y conquistaban a los persas y llegaban a un imperio oriental completamente desconocido, con tecnología extraña a la época. ¡Ah me adelanté a los gordos bobos que escriben steampunk! Cuando los micos de la cultura de acá se baboseaban con *La balada*

del popó y pichí Sosa o escuchando al sucio de Jaime Ross yo ya estaba escribiendo esa ucronía, ¿vos la leíste, no?

—Creo que sí —mentí; lo único que recordaba de esa trama es que Emilio me la había comentado hacía mucho tiempo y que pertenecía al enorme conjunto de sus relatos o bien fallidos o bien del todo ilegibles.

—Esperá… te voy a mostrar unos mapas. ¿Vos te acordás del Mapa de Piri Reis, no? Bueno, te explico, yo… —al buscar en su disco duro repara en la hora— ¡la concha de la madre! Son las seis de la tarde, había quedado con Pablo en el centro a las seis y media, hablando contigo me dejé estar, que pelotudo… ahora ya no llego… ¿no me prestás tu celular, que me quedé sin cómputos?

—Dale, llamalo —Emilio toma el teléfono y, tras consultar en la agenda del suyo, marca el número. Estoy todavía en casa, le dice, me retrasé, disculpá, pero esperame que llego en una hora. Se despiden.

—¿Pablo Arismendi? No sabía que se habían amigado de nuevo…

—Sí, tenemos un proyecto… disculpá que me tenga que ir ya, otro día si querés la seguimos… ¿Qué ómnibus te tomás?

—El 17, ¿vos?

—También, esperá que me cambio y vamos…

Salimos a los cinco minutos, esperamos un rato en la parada y el ómnibus aparece en la esquina. Emilio está contando que la semana anterior intentaron

robarlo; se había quedado dormido mirando la televisión y escuchó que abrían la puerta del fondo. Atinó a tomar su pistola y disparar apenas entró el ladrón.

—Me quedé escondido de este lado y lo herí en la pantorrilla —está diciendo—, un asco, después tuve que limpiar la sangre y los cachitos de carne… pero el mico lo único que hizo fue irse llorando, buu, buuu, no sabés, hasta daba lástima, te juro...

10

—Y la pornografía se parece a la ciencia ficción en otro punto más, quizá el más importante —dice Alfredo Kowak, de espaldas a uno de los cuatro o cinco paisajes postapocalípticos de Montevideo—: en el realismo. Sé que suena contradictorio, pero es así, mirá: la pornografía, las películas porno, son en tiempo real. En ese sentido, y aunque argumentalmente son todo lo contrario al realismo, un recurso formal las convierte en la única forma de arte donde lo representado coincide con la representación al máximo: en el tiempo. ¿Eh, qué tal? Para vos que te gusta la Teoría Literaria. Y la ciencia ficción, por otro lado, lo que hace es movilizar mitos, formas del inconsciente colectivo, arquetipos, actualizándolos, traduciéndolos a la modernidad y la posmodernidad, ¿entendés? Por debajo de la máscara la ciencia ficción habla de todo lo que hay a la vista y todo lo que se esconde, de todo lo que hay en la cultura. Lo cual la convierte en mucho más realista que tantas novelas apoyadas en convenciones de lo real. Mirá Philip Dick, por ejemplo. El tipo se lanzó a una búsqueda de lo humano, ¿entendés? No asumió ninguna esencia, ninguna definición previa a cómo… a cómo sienten los hombres, a cómo se estructuran sus personalidades, a nada de eso. Lo buscó él, y lo hizo preguntándose en qué se podían diferenciar un humano y un robot construido para

parecer humano. Y concluyó, vos lo sabrás, que no importa de qué se está hecho, que importa la empatía, y que… bueno, vos me entendiste. A mí me gusta señalar cómo la ciencia ficción opera de un modo mucho más cercano a la realidad que la novela clásica, sea de la época que sea… y en ese sentido es como la pornografía: presenta una realidad disfrazándola de un montón de mentiras, dioses y monstruos, dioses y monstruos.

—No sé, Alfredo. La pornografía también asume un montón de construcciones culturales, dominación entre los sexos, qué se yo…

—Sí, pero los revienta. O, en todo caso, dentro de la pornografía, que es inmensa, hay espacio para todo. Eso es lo interesante. Conviven una película común y corriente de sexo heterosexual con cualquier fetichismo o con abuelas, zoofilia, orgías, tortilleras, putos, lo que quieras… ¿me entendés? Interracial, incesto. La pornografía es algo amplio, es lo que tiene de bueno.

—Lo tengo que pensar más, puede ser que tengas algo por ahí. ¿Vas a escribirlo?

—Capaz —dice—; a lo mejor escribo algo sobre el sexo en la ciencia ficción, ¿qué te parece? Philip José Farmer, Ballard… Scarone, ¿por qué no? Es la fusión perfecta… ciencia ficción y pornografía. Acordate de lo que te digo…

—Si te vas a poner a estudiar eso, con Emilio tenés para rato.

Sonríe.

—Se terminaron las galletitas, master.

—¿Querés que compre más? ¿Traigo otra cerveza?

—No dejá —mira el reloj—, ya es medio tarde. La dejamos para otro día.

Pone una cara que no termino de descifrar.

—"Todo hecho es insignificante, porque si bien sucede infinitas veces en infinitos universos, también lo hacen sus infinitas negaciones y alteraciones", ¿te acordás?

—El comienzo de *El sueño de Tesla*.

—¿Sabés que me dieron ganas de leerla otra vez, no? Ahora cuando llegue a casa me hago un poco de tiempo y la empiezo… ¿y sabés una cosa? Yo te lo dije cuando me hiciste aquella entrevista… cuando empezaste a trabajar en tu libro…al final en *El sueño de Tesla* está todo. Está toda la historia de la ciencia ficción Uruguaya, entre líneas. Hay que saberlo leer, nada más.

Salimos a la calle. Ha oscurecido, siento frío. Alfredo, de golpe, me parece una astilla gris del camuflaje del mundo.

—¿O sea que toda la ciencia ficción uruguaya se resume en Emilio Scarone?

—En cierto modo sí, ¿por qué no? Escribir mal, enamorarse de los maestros, escribir para que nadie te lea, llegar a contar tus historias y después deshacerte en delirios místicos y proyectos interminables. Ascenso y caída.Y, mientras tanto,

seguís sin nadie que te lea. Pero bueno, en *El sueño de Tesla*, aunque el que lo lea piense que es de Andreoli, si lo lee bien, ahí está el misterio de Emilio Scarone.

—¿Porque hay al final un misterio? ¿Vos estás seguro? ¿No estaremos inventándolo nosotros, no estaremos inventándolo desde aquella vez que salimos de tu librería y nos mostró la tapa de *Mundo de dragones*?

Le hago la pregunta pero ya sé la respuesta: es mía. Alfredo sonríe y me tiende la mano.

—Nos vemos pronto —dice—, llamame, hacemos algo. Todavía tenemos que discutir por qué metiste a todos esos pendejos, a la Fernandez, al otro, a los de la banda esa de Las Piedras, Space Glitter… que está buena, no te lo niego, tienen ritmo, pero meter las letras de un grupo de rock en la historia de la ciencia ficción Uruguaya… no sé…

—Mirá, justo mañana me voy a la casa de ellos en Las Piedras, a ver qué más tienen para decirme… Continuará, entonces.

—Continuará —repite, y cruza la calle.

Meto las manos en los bolsillos y empiezo a caminar hacia la parada de ómnibus. Pienso en Alfredo, en Emilio, en aquellos días de 1994, en el presente. Y sé muy bien por qué han querido entrar en esta historia tantos recuerdos, sé que tengo que escribir algo más, una novela, una ficción sobre todos nosotros que calque una por una nuestras historias y sea sin embargo otra ficción, como el

misterio de Emilio, como aquellos años de revistas, miserias y pasión. Emilio debería ocupar un lugar central y su misterio surgiría de la nada para deshacerse en espuma, como en el fondo pasa con todas las historias. Escribir una novela para matar el misterio de Emilio Scarone; hacer la operación que sólo en una novela puede hacerse, el arco entre la espuma y la espuma, crear un misterio y abandonarlo a la intemperie, dejarlo a la acción del viento y del sol, como un palacio en ruinas que en realidad jamás existió más que como ruinas, que fue concebido en ruinas, levantado en ruinas y que finalmente desapareció, como desaparece Alfredo de la novela cruzando una calle, como yo que me subo a un ómnibus, como Emilio contando una vez más otra de sus mentiras, Emilio, que sale a recorrer todo El Planeta Con Una Sola Calle para llegar, eventualmente, al punto de partida . O a no llegar nunca.